

LA NOVIA EMBARAZADA

(Expectant Bride)

- Lynne Graham -

1

-¿Qué diablos llevas en la cabeza? -preguntó Meg Bucknall tras apretar el botón para llamar al ascensor de servicio.

-Es para que no me caiga polvo en el pelo -contestó Ellie llevándose una mano al pañuelo de flores.

-¿Y desde cuándo eres tan puntillosa?

Ellie suspiró y decidió ser sincera con la buena mujer:

-Hay un tipo que suele quedarse a trabajar hasta tarde en mi planta y... bueno... es...

-¿Se hace notar demasiado? -volvió a preguntar Meg sin sorprenderse, con un gesto de desaprobación. Ellie podía atraer la atención de los hombres en cualquier circunstancia. Era menudita y esbelta, joven, con un cabello de un rubio natural que brillaba como la plata y ojos verdes enmarcados por inesperadas cejas y pestañas negras-. Apuesto a que está convencido

de que con una humilde mujer del servicio de limpieza como tú es cosa hecha. ¿Es joven o viejo?

-Joven-contestó Ellie dejando que Meg pasara delante en el ascensor-. Y te aseguro que está acabando con mi paciencia. He estado pensando en contárselo al supervisor.

-No, hagas lo que hagas no lo hagas oficial, Ellie -se apresuró a recomendar Meg con una mueca -.Si ese cerdo trabaja hasta tarde es que es una persona importante. Y seamos sinceros, Ellie: de ti pueden prescindir mucho más que de cualquier ejecutivo.

-¿Acaso crees que no lo sé? Seguimos viviendo en un mundo de hombres.

-Pues ese tipo debe de ser bastante insistente cuando está acabando con tu paciencia... Escucha, haz tú mi planta esta noche y yo haré la tuya. Así por lo menos te tomas un respiro. Quizá más adelante alguien quiera cambiar definitivamente de planta contigo.

-Pero no tengo permiso para subir a limpiar la última planta -le recordó Ellie.

-¡Va, no te apures por eso! -exclamó Meg sin darle importancia-. ¿Para qué va a necesitar nadie un permiso especial para abrillantar un suelo y vaciar una papelera? Ahora, eso sí, si el agente de seguridad se da una vuelta justo cuando estás tú

apártate de su vista. Si puedes, claro. Algunos de esos sujetos serían capaces de incluirnos en su informe. Y no te atrevas a traspasar la puerta doble que hay de frente. Es la oficina del señor Alexiakis, y está prohibido entrar allí, ¿de acuerdo?

Ellie sonrió agradecida mientras Meg empujaba el carrito con los utensilios de limpieza para salir a la planta que normalmente limpiaba ella.

-Aprecio mucho tu gesto, Meg.

Ellie nunca había estado en la planta superior del edificio Alexiakis Intemational. Al salir del ascensor de servicio se dio cuenta de que era distinta de las plantas inferiores. Nada más dar la vuelta a la esquina vio, a su derecha, una lujosa y enorme área de recepción. Más allá de ella todas las luces estaban apagadas, pero a pesar de todo pudo ver una impresionante pareja de puertas en la penumbra.

Sin embargo, al mirar a la izquierda, al fondo del corredor había otra pareja de puertas idénticas. Ellie hizo una mueca y supuso que la parte en penumbra, más cercana a recepción, albergaba la oficina prohibida. Decidió comenzar a trabajar por el fondo para ir acercándose al ascensor y se relajó. Estaba encantada con la idea de que Ricky Bolton no fuera a interrumpirla aquella noche con sus monsergas.

Llevaba unas zapatillas de lona que no hacían ruido. Abrió la puerta doble y cruzó toda la habitación para vaciar la papelera. Entonces se dio cuenta de que la oficina contigua estaba ocupada. La puerta estaba entornada, y de ella salían inequívocas voces masculinas.

Por lo general en un caso como aquél Ellie hubiera anunciado su presencia, pero tras la advertencia de Meg decidió que era más inteligente retirarse en silencio. Lo último que deseaba era causarle problemas a su compañera. Justo cuando estaba a punto de salir escuchó pisadas que se acercaban por el corredor desde la zona de recepción. Aquello le produjo casi un ataque al corazón.

Sin pensar siquiera en lo que hacía se escondió detrás de una de las dos puertas. El corazón le latía acelerado. Las pisadas fueron acercándose, y de pronto se detuvieron justo al lado de la otra puerta. Ellie contuvo la respiración. En aquel silencio pudo escuchar palabra por palabra la conversación que aquellas dos voces masculinas mantenían en la oficina contigua:

- ... así que mientras yo siga fingiendo que me interesa comprar Danson Components la Palco Technic se mantendrá igual -murmuraba una voz satisfecha-, pero en cuanto se abra la bolsa el miércoles por la mañana moveré pieza.

Ellie escuchó cómo el intruso, cuyas pisadas había oído, contenía el aliento. Era una estúpida. ¿En qué diablos había estado pensando? El carrito con los utensilios de limpieza estaba fuera, delante de la puerta, como prueba evidente de su presencia.

Sin embargo el intruso ni avanzó ni entró en la habitación. Para sorpresa y alivio de Ellie volvió sobre sus pasos por el corredor con mucha más cautela de la que había entrado. Ellie volvió a respirar de nuevo. Estaba saliendo de su escondrijo, de puntillas, cuando la puerta de la oficina contigua se abrió apareciendo un hombre tremendamente alto de aspecto alarmante. Ellie se quedó helada, se ruborizó y abrió inmensamente los ojos verdes. Unos ojos más negros que el ébano la miraron desafiantes y agresivos.

-¿Qué diablos estás haciendo tú aquí? - gritó incrédulo e irritado el hombre de ojos negros.

-Ya me marchaba...

-¡Estabas detrás de la puerta, escuchando! - arremetió de nuevo lleno de ira.

-No, no estaba escuchando -contestó Ellie atónita ante tanta agresividad.

De pronto lo reconoció y se puso completamente tensa. Nunca lo había visto antes, pero había un enorme e indecente retrato de aquel tipo en el vestíbulo de la planta baja. Aquella foto era el blanco de numerosas bromas y comentarios

femeninos. ¿Por qué? Porque Dionysios Alexiakis era terriblemente atractivo. Dionysios Alexiakis, conocido popularmente como Dio, era el millonario griego, despiadado y falto de escrúpulos, que dirigía la Alexiakis International. De pronto Ellie comprendió que se había confundido de puertas y se sintió enferma. Su empleo y el de Meg estaban en la cuerda floja. Tras Dio Alexiakis apareció un hombre mayor de pelo cano. Al verla frunció el ceño y sacó un teléfono móvil.

-No es la mujer que limpia siempre esta planta, Dio. Voy a llamar a seguridad de inmediato.

-No hace falta -protestó Ellie muerta de miedo-, yo sólo he venido a sustituir a Meg esta noche, eso es todo. Lo siento, no pretendía interrumpir... ya me iba...

-Pero tú no tienes por qué subir aquí -dijo el hombre mayor.

Dio Alexiakis la escrutaba con mirada intensa, con ojos negros tan brillantes que la ponían nerviosa.

-Estaba escondida detrás de la puerta, Millar.

-Un momento, puede que pareciera que estaba escondida detrás de la puerta, pero ¿para qué iba a hacer eso? -argumentó Ellie, desesperada-. No tiene sentido, yo sólo soy del servicio de limpieza. Comprendo que he cometido un error al venir

aquí, y lo siento de veras, pero... me iré ahora mismo.

Una mano morena la agarró entonces, sin previo avisó, de la muñeca, obligándola a quedarse.

-Tú no vas a ninguna parte. ¿Cómo te llamas?

-Ellie... es decir, Eleanor Morgan... ¿qué estás haciendo? -gimoteó.

Pero era demasiado tarde. Dio Alexiakis le había quitado el pañuelo de la cabeza. Todo aquel cabello rubio platino cayó revuelto por los hombros. El le bloqueaba el camino. Ellie, sintiéndose amenazada por aquella muralla humana, miró para arriba. Sus ojos verdes se toparon con otros negros e insondables. Ellie sintió que el corazón le daba un vuelco. Sentía una extraña sensación de mareo, la cabeza le daba vueltas. El irritado escrutinio de él se había convertido en una mirada provocativa y sexy.

-No pareces una mujer de la limpieza, yo nunca he visto ninguna igual -dijo él al fin en un tono de voz duro y profundo.

-¿Y has visto muchas? -inquirió Ellie sin comprender hasta más tarde lo impertinente de su pregunta.

Lo cierto era que ella no había sido la primera en atacar. Los ojos de él expresaban sin ningún género de dudas aquella actitud masculina

arrogante y sexualmente excitada que Ellie tanto detestaba.

-Ellie... hay una Eleanor Morgan en el servicio de mantenimiento - intervino el hombre mayor al que el otro había llamado Millar -. Pero se supone que trabaja en la octava planta, y el servicio de seguridad no le ha concedido ningún permiso para subir aquí. Voy a ordenar al supervisor que venga inmediatamente a identificarla.

-No, deja ese teléfono. Cuanta menos gente se entere del incidente, mejor. Toma asiento, Ellie - añadió Dio soltándole la muñeca y acercándole una silla.

-Pero es que yo...

-¡Siéntate! -gritó él como si estuviera tratando con un animal doméstico al que tuviera que adiestrar. Ellie, atónita ante aquella forma de dirigirse a ella, se dejó caer sobre la silla con la espalda rígida y el corazón acelerado. Había entrado donde no debía, pero se había disculpado. Lo había hecho todo excepto arrastrarse por el suelo, reflexionó resentida. ¿Por qué tanto jaleo?

-Quizá quieras explicarme qué estás haciendo en esta planta, por qué has entrado en este despacho en particular y por qué te has escondido a escuchar detrás de la puerta -dijo Dio Alexiakis con dureza y precisión.

Hubo un silencio. Ellie se preguntó si serviría de algo echarse a llorar, pero aquellos ojos negros paralizaron su corazón. Aquel hombre la trataba como si hubiera cometido un asesinato, así que lo más inteligente era ser sincera.

-He estado teniendo problemas con un ejecutivo que trabaja siempre hasta tarde en la octava planta -admitió Ellie inquieta.

-¿Qué clase de problemas? -preguntó Millar.

Dio Alexiakis dejó que su intensa y negra mirada vagara provocativa por la diminuta y tensa figura de Ellie, deteniéndose sobre los pechos moldeados por el delantal, y las largas y perfectas piernas. Luego sonrió y torció la boca mientras un mortificante rubor subía a las mejillas de ella y coloreaba su blanca piel.

-Mírala, Millar, y luego dime si todavía necesitas que te explique de qué tipo de problema se trata -intervino Dio.

-Le mencioné mi problema a la mujer que limpia esta planta -continuó Ellie con respiración entrecortada-, y le pedí que me cambiara por una noche. Después de mucho insistir accedió, y me advirtió que no atravesara las puertas dobles pero... por desgracia hay dos pares de puertas dobles en esta planta.

-Eso es cierto -concedió Dio Alexiakis.

-Me equivoqué de puertas, y estaba a punto de salir cuando escuché pasos y comprendí que venía alguien. Tuve miedo de que fuera un guardia de seguridad, porque eso le hubiera podido causar problemas a Meg, por eso me escondí detrás de la puerta. Fue una estupidez...

-Por aquí no ha venido nadie de seguridad desde las seis -intervino el hombre mayor-. Y cuando llegaste tú, Dio, hace unos diez minutos, la planta estaba vacía.

-Bueno, no sé quién era el que subió. Estuvo parado delante de la puerta unos veinte segundos, y luego se marchó... -añadió Ellie mientras su voz se iba desvaneciendo, sin comprender por qué aquellos hombres ponían en entredicho su explicación.

Dio Alexiakis dejó escapar el aire contenido con un silbido, dio un paso atrás y se apoyó sobre el borde de una mesa mirando al otro hombre con ansiedad.

-Vete a casa, Millar, yo me ocuparé de esto.

-Mi deber es quedarme y solucionar este problema...

- Tienes una cita para cenar -le recordó Dio seco-. Y llegas tarde.

Millar lo miró a punto de protestar pero después, al ver la expresión expectante de su jefe, asintió. Antes de marcharse hizo una pausa y dijo:

-Pensaré en ti mañana, Dio.

-Gracias -contestó Dio Alexiakis poniéndose tenso, con los ojos nublados.

Después Dio cerró la puerta tras su empleado y se volvió hacia Ellie.

-Me temo que en este asunto no puedo confiar en tu palabra, Ellie. Has oído una conversación confidencial -dijo en un tono seguro y definitivo.

-Pero si no estaba escuchando... ¡ni siquiera me interesaba! -contestó Ellie asustada.

-Tengo dos preguntas que hacerte -añadió con más suavidad-. ¿Quieres conservar tu empleo?

Ellie se enervó. Era despreciable que aquel hombre la intimidara utilizando esas tácticas.

-Por supuesto que quiero...

-¿Y quieres que esa otra mujer que te ha cambiado la planta conserve también su empleo?

-Por favor, no involucres a Meg en esto -se apresuró a contestar Ellie pálida -. He sido yo quien ha cometido un error, no ella.

-No,ella decidió saltarse las reglas -la contradijo Dio Alexiakis con frialdad-.Está tan involucrada como tú. Si al final resulta que eres una espía pagada por alguno de mis competidores habrás

tenido que darle algo por lo que le merezca la pena arriesgar su puesto de trabajo, ¿no crees?

-¿Una espía? ¿Pero qué diablos...? -susurró Ellie sin dejar de mirar aquel rostro moreno e irritado, concentrando sobre él toda su atención.

-Eso que me has contado de una tercera persona a la que ni viste ni puedes identificar... resulta muy conveniente para ti -añadió Dio directo-. Así, si hay una filtración, tú tienes cubiertas las espaldas.

-¡No sé de qué estás hablando! -gritó Ellie tan nerviosa que ni siquiera podía pensar.

-Espero que no, por tu propio bien -concedió Dio Alexiakis con una expresión de seria sinceridad -. Pero debes comprender que si te dejo marchar ahora me estoy arriesgando mucho. Si le cuentas lo que has oído a quien no debes me causarás graves trastornos.

-¡Pero si ni siquiera podría repetir lo que he oído!

-De modo que sí recuerdas algo. ¡Y hace sólo un segundo asegurabas que no te interesaba en absoluto!

Un leve desmayo atravesó los ojos de Ellie, que se quedó mirándolo con el corazón en un puño. Recordaba perfectamente lo que había oído, pero había pensado hacer oídos sordos. Sin embargo aquel hombre la tenía atada de pies y manos. Tenía una mente retorcida, fría y dispuesta para la trampa. Era desconfiado, rápido, exacto y letal en

sus juicios. Dio Alexiakis miró el reloj de pulsera y luego a ella.

-Déjame que te explique cómo está la situación, Ellie. Tú y la estúpida de tu amiga podéis quedaros a trabajar en este edificio hasta el miércoles, mientras las cosas sigan en marcha, siempre y cuando tú no te apartes de mi vista.

-¿Cómo dices?

-Naturalmente te pagaré por todos los inconvenientes que...

-¿Inconvenientes? -lo interrumpió Ellie con voz débil pero esperanzada.

-Supongo que tienes pasaporte, ¿no?

-¿Pasaporte? ¿Y qué tiene eso que ver?

-Tengo que volar a Grecia esta noche, y si tengo que vigilarte para asegurarme de que no utilizas el teléfono necesitaré que vengas conmigo -explicó él con impaciencia.

-¿Pero te has vuelto loco? -musitó Ellie temblorosa.

-¿Vives sola o con tu familia?

-Sola, pero...

-Sorprendente. ¿Dónde guardas el pasaporte? -continuó preguntando Dio sin dejar de mirar aquel bell rostro.

-En la mesilla, pero ¿por qué...?

Dio Alexiakis marcó un número de teléfono en el móvil.

-No veo ninguna otra alternativa. Podría encerrarte en algún lugar, pero me temo que eso te gustaría aún menos. Y no puedo pedirle a mis empleados que te vigilen mientras me voy de viaje. Tienes que acompañarme, y de buen grado.

¿De buen grado? ¿Por su propia voluntad? Ellie finalmente se quedó boquiabierta al comprender que estaba hablando en serio. Dio comenzó a hablar por teléfono en griego en tono brusco y dominante. Escuchó que mencionaba su nombre y se intranquilizó aún más.

-Pero... yo... ¡te juro que no le diré a nadie lo que he oído! -protestó enfebrecida mientras él colgaba el teléfono.

-No me basta. ¡Ah! y, otra cosa más: le he ordenado a uno de mis empleados que abra tu taquilla y saque las llaves de tu casa.

-¿Que has hecho qué? -preguntó Ellie irritándose.

-Tu dirección está en los archivos de personal. Demitrios recogerá tu pasaporte y lo llevará al aeropuerto.

-Pero... ¡me voy a casa ahora mismo! -exclamó Ellie con los ojos muy abiertos, llena de incredulidad.

-¿En serio? Ha llegado el momento de la verdad, Ellie -advirtió Dio Alexiakis con mirada desafiante-

. Puedes salir por esa puerta, no voy a impedírtelo. Pero puedo echaros a las dos, a ti y a tu amiga. ¡Y créeme, si sales por esa puerta lo haré! - Ellie se detuvo a medio camino, helada-. Creo que sería mucho más sensato por tu parte aceptar lo inevitable y venir sin rechistar. Es decir, si es cierto que eres inocente, como dices -añadió en voz baja, escrutándola con ojos negros brillantes e inquisitivos.

-¡Esto es una locura! ¿Para qué iba yo a querer poner en peligro mi puesto de trabajo contándole a nadie lo que he oído?

-Esa información vale un montón de dinero, creo que es un buen motivo -contestó Dio Alexiakis caminando a pasos agigantados hacia la oficina de la que había salido-. ¿Vienes?

-¿A dónde? -musitó Ellie.

-Tengo un helicóptero esperando en la azotea, nos llevará al aeropuerto.

-¡Ah...! ¿Un helicóptero? -repitió Ellie con voz débil e incrédula.

Dio Alexiakis pareció comprender al fin que Ellie estaba paralizada e incrédula ante sus exigencias. Cruzó la habitación, puso un brazo alrededor de sus hombros y la guió en la dirección en la que quería que lo acompañara. Después hizo una pausa para recoger un grueso abrigo oscuro colgado del respaldo de un sillón y se apresuró a

cruzar con ella la principesca oficina hasta una puerta en el extremo opuesto.

-Esto no puede estar ocurriéndome a mí -susurraba Ellie medio mareada mientras tropezaba con los escalones que salían a la azotea.

-Yo opino exactamente lo mismo -contestó él escueto, subiendo detrás de ella-. Precisamente en este viaje no tenía ningunas ganas de tener compañía.

Dio alargó una mano para abrir la puerta metálica al final de las escaleras. Una ola de aire frío voló el cabello y la ropa de Ellie marcándole la esbelta figura. Ella se echó a temblar. Dio Alexiakis, que ya se había abrochado el abrigo, salió a la azotea pasando por delante y dirigiéndose hacia el helicóptero.

- ¡Date prisa! - gritó volviendo la cabeza por encima del hombro.

-¡Pero si ni siquiera llevo abrigo! -contestó ella perdiendo la paciencia.

Dio se paró en seco y dio la vuelta con aire de severa impaciencia y luego comenzó a desabrocharse el abrigo.

-¡No malgastes tu tiempo! -soltó Ellie malhumorada ante aquel despliegue de galantería tardío-. ¡No me pondría tu estúpido abrigo ni aunque pillara una neumonía!

-¡Pues hiélate en silencio! -respondió Dio con un brillo en la mirada.

Ellie se encogió de hombros. Sólo la curiosidad del piloto la hizo callar. Insensible a una respuesta como aquélla, que hubiera atemorizado al noventa por ciento de la gente, Ellie pasó por delante de Dio y se subió al helicóptero tan tranquila.

-Compraremos ropa en el aeropuerto -comentó él de mal humor sentándose junto al piloto y volviendo hacia ella su perfil griego clásico y duro-. Tendremos tiempo de sobra mientras esperamos a que llegue tu pasaporte. ¡Probablemente incluso perdamos el turno para despegar!

-¡Qué gracia! -exclamó Ellie en un tono inconfundiblemente sarcástico, provocando en él el desconcierto.

Las aspas del helicóptero giraron en el tenso silencio. Ellie volvió el rostro hacia fuera. Aquello no podía estar ocurriéndole a ella, se decía una y otra vez mientras el helicóptero se elevaba y atravesaba Londres. Se podía decir que Dio Alexiakis la había secuestrado. ¿Qué otra alternativa le había dado? Ninguna. No podía arriesgarse a que Meg perdiera su trabajo, porque la pobre mujer no contaba con el lujo de un segundo salario.

¿Pero era ella más independiente?, se preguntó Ellie. En un caso de supervivencia ella hubiera podido pasarse sin su salario como mujer de la limpieza. Después de todo tenía otro empleo de día y una cuenta bancaria con interesantes ahorros. En realidad Ellie vivía como un monje, ahorrando cada peseta, deseosa de hacer cualquier sacrificio con tal de alcanzar su objetivo en la vida.

Y ese objetivo era comprar la librería en la que trabajaba desde los dieciséis años. Sin embargo, si el incremento regular de ahorros de su cuenta bancaria cesaba justo cuando estaba a punto de hacerse cargo del negocio, el director de la sucursal bancaria se sentiría decepcionado y sus ambiciones de propietaria sufrirían un fatal revés. Aquél era un momento crucial, con su jefe cada día más anciano y ansioso por retirarse.

Dio Alexiakis era un paranoico, un absoluto paranoico, decidió. Ella, ¿una espía? ¿Acaso leía demasiadas novelas? Sólo era una mujer de la limpieza que había entrado accidentalmente en su santuario. Una mujer de la limpieza que no tenía permiso para trabajar en esa planta y menos aún para entrar en esa oficina, le recordó una débil voz en su interior. Una mujer a la que, además, habían pillado saliendo de detrás de la puerta...

Cierto, concedió Ellie reacia. Podía resultar sospechoso. Pero eso no justificaba el que

insistiera en no perderla de vista en treinta y seis horas. El hecho de que se la llevara de viaje demostraba que estaba loco.

Y además no era ése el único problema. La forma en que Dio Alexiakis la miraba la ponía furiosa. En medio de toda aquella neblina de sospechas él se había permitido el lujo de mirarla de arriba abajo, como si fuera una mercancía sexual a la venta. Ellie apretó los generosos labios y se puso a rumiar aquello.

Bastante había tenido con tolerar a Ricky Bolton, que se negaba a aceptar un no por respuesta y que estaba convencido de que era sólo cuestión de insistir. No era de extrañar que se hubiera incluso mareado. Aquel arrogante griego no había hecho sino aumentar aún más la repulsa que su subordinado había provocado en ella. Sin embargo Dio Alexiakis era diferente. Dio Alexiakis era uno de esos hombres salvajemente masculinos, la clase de tipo que no podía mirar a una mujer sin preguntarse cómo sería en la cama.

Impermeable a la creciente antipatía de Ellie, que demostraba con un frígido silencio, Dio Alexiakis la guió por el aeropuerto hasta la zona comercial. Entró directo en una boutique cara y se dirigió

hacia los trajes de chaqueta. Arrojó luego en sus brazos uno negro, de la talla más pequeña, y escogió un bolso, un sombrero y un par de guantes negros largos del estante en el que estaban expuestos.

El resto de las exquisitas prendas del estante parecieron deslucidas. Ellie se ruborizó hasta la punta del cabello. La dependienta los seguía con atenta e irritada mirada por toda la tienda. Finalmente Ellie susurró en voz baja y mortificada:

-¿Qué diablos crees que estás haciendo?

-Comprar -explicó Dio Alexiakis escueto, indiferente a las miradas de los empleados que, bien entrenados, seguían atentos cada uno de sus movimientos.

Dio Alexiakis se dirigió decidido hacia otro perchero y tiró de un vestido azul sacándolo de la percha para arrojárselo a Ellie con la misma indiferencia. Luego le siguió un largo abrigo negro y por último, tras una pausa ante un maniquí con unos pantalones cortos rosas, Dio inclinó la cabeza y dijo, dirigiéndose a la vendedora que se acercaba:

-Esto también nos lo llevamos.

-Me temo que no está a la venta, caballero.

-Entonces quítelo del maniquí -ordenó Dio.

-¡Pero señor Alexiakis! - silbó Ellie ruborizada hasta el límite.

La vendedora, cuya insignia proclamaba su rango de encargada, estuvo a punto de hacer otro movimiento, pero al oír el nombre abrió la boca atónita y miró con más amabilidad al alto y moreno cliente.

-¿Es usted el se... señor Alexiakis?

-Sí, soy el propietario de esta cadena de tiendas - confirmó Dio con una mirada de desaprobación -

.Dime, ¿es habitual que los empleados estén de pie, sin hacer nada, charlando y mirando a los clientes que los necesitan? ¿Y desde cuándo es más importante un maniquí que una venta?

-Tiene usted mucha razón, señor Alexiakis. Por favor, permítame que lo atienda.

-Esta señorita necesita ropa interior. Escoja usted algo -ordenó Dio dejando que su atención recayera entonces en el estante de los zapatos y arrastrando a Ellie hacia ellos-. ¿Qué número usas?

-Creo que nunca en la vida me he sentido tan violenta -comentó Ellie temblando-. ¿Es así como te comportas en público normalmente?

-¿Pero qué te pasa? -exigió saber él-. No hay tiempo que perder, escoge unos zapatos.

La encargada estaba al fondo luchando por quitarle los pantalones cortos al maniquí. De

pronto Ellie, con un movimiento repentino, le arrojó la ropa que llevaba en brazos a Dio.

-¿Por qué no te vas al mostrador de embarque y me esperas allí?

-Me quedaré aquí para despachar ciertos asuntos que...

-¡No vas a quedarte aquí mientras yo elijo prendas de lencería! -exclamó Ellie como una olla a presión a punto de estallar, con ojos verdes airados y tan brillantes como una joya-. ¡Además, no necesito tantas cosas!

-Te pago para que hagas lo que se te dice... -alegó él con ojos negros intensos.

- ¡Pues si voy a soportarte necesito al menos un poco de espacio!

La brillante mirada de Dio resplandeció literalmente hablando. Un rubor oscuro acentuó los esculturales pómulos. Nunca nadie le había hablado en ese tono, y la incredulidad emanaba de él por oleadas.

-¡Basta, deja ya de ejercer presión en todas partes!

-continuó Ellie.

-Pero...

-Desde que hemos entrado aquí te has comportado de un modo atroz -lo condenó Ellie sin piedad -. Vete al mostrador de embarque y cállate ya. Y procura no aterrorizar a nadie más.

Ellie le dio la espalda, imperturbable ante la ira que él trataba por todos los medios de refrenar, y eligió unas sandalias de tacón alto negras. Se las probó. Le sentaban bien. Se las pasó a Dio sin mirarlo siquiera y se reunió con la encargada en la zona de lencería, donde eligió un camisón y algunos conjuntos de ropa interior. Discutir en público no servía más que para mortificarla. Accedería a comprar la ropa y luego la dejaría abandonada en cuanto perdiera de vista a aquel horrible hombre. La idea de tener que pasar treinta y seis horas con él la enfurecía. Dio le devolvió el vestido azul y los zapatos.

-Póntelo -ordenó con una insolencia estudiada.

Ellie entró en el probador. Aquel hombre no tenía modales. Debía de encantarle discutir, no tenía pelos en la lengua y además era un desinhibido. Y en cuanto a su forma de reaccionar cuando alguien lo trataba con la misma medicina... ardía en llamas y estallaba como un cohete. Para cuando Ellie salió del probador toda la plantilla de empleados estaba atareada envolviéndoles la mercancía. Ellie nunca se había alegrado tanto en su vida de abandonar una tienda.

-Supongo que ahora querrás entrar en ésa de ahí -comentó Dio con una expresión de condena mal

disimulada, haciendo un gesto hacia una perfumería.

-No, me las arreglaré. Los hombres primitivos se lavaban los dientes con un palito, ya encontraré alguno por ahí.

Dio se quedó mirándola atónito. Y después sorprendió terriblemente a Ellie. Echó la cabeza atrás y rió con espontaneidad, realmente divertido. Ellie lo miró con el pulso acelerado. Su blanca dentadura contrastaba con la piel aceitunada, y sus ojos negros brillaban. El humor había borrado todo rastro de tensión de su rostro, y Ellie, desorientada, fue capaz por fin de apreciar lo atractivo que era.

-No me gusta ir de compras -le confió él en secreto, con voz ronca, como si ella aún no se hubiera dado cuenta-. Por lo general otras personas compran por mí.

Ellie se sintió de pronto incómodamente excitada, de modo que bajó la vista al suelo. Sin embargo en su mente seguía viendo la imagen de aquel devastador rostro oscuro y mediterráneo. Y la conciencia de ello, la mera idea, la inquietó. Dio Alexiakis no estaba haciendo el menor esfuerzo por impresionarla, y sin embargo ella era plenamente consciente de su apabullante atractivo y sexualidad masculina. No le gustaba esa

sensación, le molestaba sentirse tensa e incómoda en presencia de él.

Ellie sólo tenía veintiún años, pero ya había decidido que los hombres eran un gasto inútil de tiempo y energías. Y nunca se había arrepentido de haber llegado a esa conclusión. No odiaba al sexo masculino, pero siempre reía con ganas cuando alguien contaba un chiste sobre su inutilidad. Después de todo la experiencia de Ellie en ese campo, desde su infancia, había sido larga y traumática.

Dio trató de obligar a Ellie a que se apresurara y posó una mano sobre su espalda para que no se parara mientras caminaban por la terminal del aeropuerto. Ella se puso a la defensiva.

-Disculpa -dijo dando un paso atrás, decidida de pronto a escapar aunque sólo fuera por unos minutos.

-¿A dónde crees que vas?

-Al servicio de señoras -contestó ella con énfasis - .

¿Es que pretendes venir conmigo?

-Te doy dos minutos.

Ellie dejó caer las bolsas de la boutique a los pies de Dio, y luego echó a caminar.

-Ellie... -la llamó él tendiéndole un peine-, quizá debieras de hacer algo con tu pelo mientras estás ahí dentro.

Ellie apretó los dientes. No había tenido tiempo ni de mirarse al espejo. Se resistió a peinarse el cabello con los dedos y continuó caminando hasta desaparecer por la puerta de los servicios. En cuestión de segundos se cepilló el cabello hasta que cayó suelto y liso por los hombros. Se miró al espejo y frunció el ceño al notar que tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. El vestido era sencillo dentro de su elegancia, y eso le gustaba. Pero no era su estilo.

Apretó los labios sonrosados y generosos y examinó el peine de plata que él le había dado, recordando la facilidad con la que había adivinado su talla. Aquello no hubiera debido de sorprenderla. Dio Alexiakis, de unos veintinueve años, era un mujeriego impenitente e irrecuperable. Y era natural que lo fuera, reflexionó Ellie con cinismo. Los hombres con dinero y poder vivían en un mercado lleno de mujeres deseosas de vender. Dio era un verdadero imán para las mujeres, y él lo sabía. Y era evidente que nunca en la vida había tenido que preocuparse demasiado por endulzar sus modales, que resultaban poco menos que impresentables.

Sin embargo, a pesar de todo, iba a viajar gratis a Grecia. En un avión privado y con toda clase de lujos. ¿Desventajas? Tener a Dio Alexiakis pegado

a sus espaldas. Aquélla iba a ser toda una aventura, se dijo Ellie. Mucho más divertido que abrillantar suelos.

De repente recordó que tenía que llamar al señor Barry. Su otro jefe esperaba que ella abriera la librería a la mañana siguiente, como era habitual. Nunca llegaba hasta mediodía. A pesar de la advertencia de Dio tenía que llamar al señor Barry, pero no podía contarle la verdad. Tendría que inventarse una excusa para explicarle su ausencia.

Ellie se escondió detrás de dos mujeres altas que salían del baño y se escabulló hasta los teléfonos públicos a escasos metros. Dio Alexiakis estaba de pie, en medio de la sala abarrotada, hablando distraído por el móvil.

Ellie marcó el teléfono de la operadora. Como no tenía dinero tenía que pedir una llamada a cobro revertido. Justo cuando contestó la operadora Dio volvió la cabeza arrogante hacia ella. Ellie colgó de golpe, pero no fue lo suficientemente rápida. Dio la vio antes de que pudiera alejarse de los teléfonos.

Ellie se quedó paralizada ante los ojos negros que la miraban fijos como si hubiera cometido un crimen. El rostro de Dio se fue tensando mientras se acercaba. Y Ellie, que sabía muy bien qué se sentía cuando un miembro del sexo opuesto la

aburría o molestaba, descubrió lo que se sentía cuando la atemorizaba...

2

Unos peligrosos ojos negros escrutaron el pálido rostro de Ellie.

-¡Te pierdo de vista un instante y te pones a llamar por teléfono! ¡Estabas filtrando la información! ¡Has traicionado mi confianza! -la condenó Dio Alexiakis sin disimular su ira.

A pesar de estar temblando y de tener el estómago agarrotado Ellie no pudo dejar de sentirse fascinada ante aquel temperamento mediterráneo explosivo, volátil y lleno de dramatismo. Le resultaba completamente extraño.

-Señor Alexiakis... -comenzó a decir tratando por todos los medios de hacerle comprender que no debía de suponer siempre lo peor.

-Has hecho tu elección, así sea. ¡Voy a destruirte por esto! -añadió Dio letal.

-Lo has malinterpretado -protestó ella febril-. ¡Sólo he podido llamar a la operadora!

Dio la miró despreciativo y se alejó a grandes pasos. La ira se expresaba en cada movimiento de su cuerpo.

Por un instante Ellie se quedó paralizada, desconcertada. Dio Alexiakis la había arrastrado hasta el aeropuerto, la había maltratado y de pronto la dejaba ahí, tirada y sin dinero. Sólo el miedo a lo que pudiera sucederle a Meg la hizo correr tras él.

-¡Apártate de mi camino! -gritó él al verla.

-¡No es lo que tú crees! -explicó Ellie acalorada. Dio continuó andando sin hacerle caso-. ¡Eres un cabezota! ¡Lo único que estaba haciendo era una llamada a cobro revertido a mi jefe de la librería, ¿vale?

-¿De qué librería estás hablando? -preguntó Dio de mal humor, volviéndose hacia ella de mala gana. Ellie se quedó mirándolo con el ceño fruncido, notando de repente que faltaba algo.

-¿Qué diablos has hecho con las bolsas? ¡Por el amor de Dios, has salido corriendo y te las has dejado tiradas ahí en medio, ¿a que sí?

Ellie se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos. Vio las bolsas en el suelo y se apresuró a recogerlas para volver junto a él.

-¿Qué librería? -repitió Dio sin inmutarse al verla llegar cargada.

-Trabajo en una librería durante el día. Y además vivo justo encima... - Ellie hizo una pausa para recuperar el aliento-. Tengo que hablar con el

señor Barry para avisarle de que mañana no iré, si desaparezco de repente llamaré a la policía...

-¡Tonterías! Pensará que te has escapado con tu novio. Los empleados de tu edad son de poco fiar -aseguró Dio sin dejarse impresionar.

Ofendida ante aquella respuesta, Ellie respiró hondo y trató de mantener la calma, pero no funcionó.

-¿Sabes? ¡Estoy hasta aquí de ti! -exclamó llevándose la mano a lo alto de la cabeza-. Yo no tengo ningún novio, y además soy una empleada de fiar. No me subestimes ni me hables en ese tono, yo nunca faltó a mi trabajo. Llevo cinco años en el mismo empleo, y durante los dos últimos se puede decir que casi he llevado sola el negocio...

-¿Y entonces qué estás haciendo fregando suelos por la noche? -preguntó él incisivo.

-Necesito el dinero, ¿vale? ¿Es que es asunto tuyo?

-Tu insolencia me pone de mal humor.

-Tú a mí tampoco me gustas... ¿qué esperabas? No he hecho nada malo, sólo he cometido un error, y me estás tratando como si fuera un criminal. Me haces chantaje para que haga cosas que no quiero y... además... no me gusta esa idea de que como soy pobre no debo de ser muy honesta.

-¿Has terminado ya? -Ellie se puso colorada y apretó los labios-. No estoy de humor para

soportar estas tonterías, hoy menos que nunca. Vamos, ya hemos perdido suficiente tiempo.

-Entonces... ¿me crees? -preguntó Ellie unos segundos más tarde mientras trataba de caminar a su paso.

-Lo único que creo es que te he pillado antes de que pudieras desobedecer mi orden de no acercarte a un teléfono -dijo Dio- .Eres pequeña y escurridiza. ¿Por qué no me sorprende?

-¡Yo no soy escurridiza!

-Podías haberme dicho que tenías otro empleo, no soy una persona tan poco razonable -añadió Dio - .Pero has preferido hacerlo a escondidas.

Si volvía a pronunciar la palabra «escurridiza» lo abofetearía, se dijo Ellie con el rostro encendido. Se sentía incapaz de disculparse, pero más aún de pedirle permiso para hacer cualquier cosa. Y aquella llamada era necesaria. Por desgracia iba a tener que contarle al señor Barry una mentirijilla delante de él. Ellie no tenía por costumbre mentir. Por el contrario, era incluso demasiado directa y sincera. Conocía bien sus defectos, pero algunos de ellos eran su mejor defensa. Era una persona terriblemente independiente, no le gustaba trabajar en equipo y le encantaba disponer de libertad para decidir por sí misma. Por eso aquellos dos empleos encajaban bien con su personalidad.

Casi una hora más tarde, cuando el tenso silencio de Dio estaba a punto de acabar con los nervios de Ellie, un hombre mayor apareció con las llaves de su casa y el pasaporte. Los dos hombres se pusieron a hablar en griego ignorándola por completo.

-Espero que hayas dejado mi casa en orden -recalcó entonces Ellie en voz alta-. Y que la hayas dejado bien cerrada -añadió sin poder evitar que un gemido saliera de su boca-. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo diablos has entrado con la alarma conectada? ¿Has vuelto a conectarla...?

-Mis empleados de seguridad no son estúpidos -alegó Dio ofendido-. Lo han dejado todo en orden.

-Debe de ser reconfortante saber que cuentas con empleados tan eficientes como ladrones -comentó Ellie. Dio le lanzó una mirada tormentosa-. Es de mala educación ignorar a las personas - añadió ella dándose la vuelta.

Lo cierto era que no era más que una mujer de la limpieza, se dijo Ellie exasperada. El escalafón más bajo de todo el personal. Y estaba tratando con un hombre acostumbrado a ser servido a todas horas. El hecho de que se comportara desde ese momento como si fuera invisible no abrumó a Dio, que evidentemente esperaba que se mantuviera en un respetuoso silencio y que no hablara a menos

que le preguntaran. Sin embargo Ellie nunca había sido una persona callada.

De pronto sintió frío, así que sacó el abrigo de la bolsa, le quitó la etiqueta y se lo puso. Le llegaba hasta el suelo. Si se subía el cuello parecería un fantasma.

-Toma -dijo Dio Alexiakis tendiéndole su móvil. Ellie parpadeó confusa-. Tu historia encaja. Demitrios, el que ha ido a tu casa a por el pasaporte, lo confirma. Puedes llamar al propietario de la librería.

Ellie marcó el teléfono. En cuanto escuchó la voz del señor Barry le explicó que faltaría al trabajo un par de días y se disculpó por no haber avisado con más tiempo. Puso de excusa la enfermedad de un amigo. Luego colgó el teléfono. Dio la miró de reojo.

-Eres una buena mentirosa, resultas muy convincente.

Unas cuantas horas más tarde Ellie había cambiado de estado de ánimo. Miraba a su alrededor con curiosidad. En el interior del jet los asientos eran de piel de color crema y la

decoración elegante. El espacio destinado a los pasajeros parecía más un salón de lujo que un avión. ¿Acaso Dio Alexiakis se daba cuenta de la suerte que tenía? ¡En absoluto! Ellie observó a su anfitrión. Habían estado esperando a que el aeropuerto les concediera permiso para despegar, y mientras tanto él había recorrido la habitación de un lado a otro rebosante de frustración e impaciencia. Por fin habían despegado, pero él seguía exactamente igual.

Ellie estuvo contemplándolo. Tenía el cabello negro azulado, perfectamente peinado, con un estilo que encajaba con la forma de su cabeza. Los ojos, espectaculares, estaban enmarcados por largas pestañas negras. Las pupilas eran del color de la noche, capaces de brillar como las estrellas. Y los fuertes pómulos le añadían carácter. La nariz, arrogante, parecía advertir de ello. ¿Y aquella boca, generosa y perfecta? Inspiraba pasión y sensualidad. Ellie no pudo dejar de preguntarse cómo tal conjunto de rasgos podían dar lugar a un rostro tan devastador. Para cuando llegó a ese punto de la reflexión se dio cuenta de que estaba excitada, y tuvo que admitir algo que hubiera estado perfectamente dispuesta a negar. ¿A quién había querido engañar al decir que Dio Alexiakis le producía repulsión? Aquella revelación dejó

atónita a Ellie, que hacía años que no se sentía atraída por ningún hombre. Pero tenía que tratarse simplemente de unas pocas hormonas que, mediante trampas, pretendían recordarle que podía ser tan estúpida como cualquier otra mujer. Dio Alexiakis resultaba increíblemente sexy aún de mal humor, y si era ella quien se había dado cuenta entonces es que era verdaderamente sexy. Poseía esa extraña fluidez en los movimientos que tenían los hombres con perfecta conciencia de su propio cuerpo, se movía como un enorme gato sobre patas almohadilladas. Y su cuerpo era perfecto. Hombros anchos, estómago plano y tenso, caderas estrechas, muslos largos y poderosos... Ellie iba tomando buena nota de todos los detalles. Un hombre de ensueño... hasta que abrió la boca. O mientras no la dejara cargar con las bolsas o la mirara con aquel infinito desdén sin ocurrírsele preguntar siquiera si tenía hambre o sed. Dio Alexiakis no era un hombre de sentimientos. Era duro, egoísta, de mente cuadrada y por completo centrado en sus propios deseos...

De pronto Dio la pilló mirándolo y frunció el ceño. Ellie se encogió asustada. Los ojos de él iban del dorado intenso al topacio, observó Ellie sintiendo de pronto que le faltaba el aliento. Sin embargo aquella era una sensación nueva para ella, como si

estuviera al borde de la más pura excitación, incapaz de apartar los ojos de él. Era una excitación enfebrecida. El corazón le latía acelerado en los oídos mientras la boca se le quedaba de pronto seca. Una llama ardiente se retorció en su interior dándole color a su semblante.

-Son las tres de la madrugada en Grecia, deberías tratar de dormir -murmuró Dio con voz espesa.

El mero sonido de aquella voz profunda y masculina fue como miel para los oídos de Ellie, la hizo estremecerse. Parpadeó y se puso en pie.

-¿Dormir?

Dio alargó una mano y pulsó un botón. Sus alucinantes ojos estaban semiocultos por las espesas pestañas. Ellie se sintió intensamente violenta. Mientras se ponía en pie, mirando a todas partes menos a él, apareció una azafata que la guió hasta un compartimento con una cama. Ellie se dejó caer al borde de ella, desconcertada ante la poderosa reacción de sus pechos y de sus pezones, completamente tensos. Nunca en la vida la había mirado ningún hombre haciéndola sentir una excitación y una urgencia tan fuertes y poderosas. Pero Dio Alexiakis lo había conseguido. Ellie estaba perpleja ante aquel descubrimiento, y tan avergonzada de su reacción física que había sido incapaz de controlarse. ¿Acaso se había dado

cuenta él de lo sucedido? Cerró los ojos con fuerza. Estaba asustada ante la sospecha de que Dio no sólo lo había notado, sino que además había querido perderla de vista precisamente por eso.

Un par de horas más tarde una voz insistente y suave despertó a Ellie de un sueño poco reparador.

-¿Señorita Morgan...?

Ellie se incorporó y se apoyó lentamente sobre los codos. La azafata asomaba la cabeza por la puerta con expresión insegura y una bandeja en las manos. Ellie se incorporó otro poco más y sonrió aceptando el ofrecimiento.

-Gracias...¿sí?

-Nosotros... bueno, el personal de vuelo y yo nos preguntábamos si querría usted quizá despertar al señor Alexiakis -señaló la azafata-. Aterrizaremos dentro de quince minutos, y naturalmente ninguno de nosotros quiere molestarlo...

-¿Molestarlo? -inquirió Ellie preguntándose por qué le hacía aquel extraño ruego.

-Alguien tiene que despertar al señor Alexiakis para que se vista para el funeral.

-¿El funeral? -repitió Ellie.

-Me temo que este vuelo va muy retrasado, señorita Morgan. Entre el retraso sufrido en Londres y el de aquí, a la hora de aterrizar, no queda tiempo. El señor Alexiakis tendrá que asistir al funeral directamente desde el aeropuerto. Espero que no lo considere una intromisión, pero quería decirle que todos nos alegramos mucho de que el señor Alexiakis tenga a alguien en quien apoyarse en estos momentos -añadió volviendo a salir.

Ellie se quedó mirando al vacío, completamente despierta. De modo que Dio Alexiakis viajaba a Grecia para asistir a un funeral. Y ésa era la razón por la que le había comprado tanta ropa negra. El personal de vuelo debía de haber llegado a la conclusión de que ella era una persona importante para Dio simplemente por el hecho de que lo acompañaba. Y recordaba haberle oído decir que, precisamente en ese viaje, no deseaba tener compañía. Ellie no podía dejar de preguntarse de quién sería el funeral.

Tras dejar la bandeja del desayuno a un lado Ellie se levantó y se apresuró a entrar en el baño. Le hubiera encantado tomar una ducha, pero no había tiempo. Sacó el traje sastre negro y se lo puso. El aspecto que adquirió con él la dejó atónita. La chaqueta se le ajustaba como un guante, marcándole la cintura, destacándole los

pechos. Y la estrecha falda se le pegaba a cada curva. Estaba fantástica. Ellie se ruborizó mientras se miraba al espejo. Aquello era vanidad y superficialidad.

Volvió a la zona de pasajeros y vio a Dio dormido en una posición imposible en el sillón. Apenas cabía con aquellas largas piernas. Su corazón se enterneció. Él se había quitado la corbata y la chaqueta, y llevaba la camisa de seda abierta. El escote moreno y el mentón, con la sombra de una barba naciente, le hacían parecer más joven, más accesible. Y además parecía exhausto. Le hubiera ido bien la cama de no haber estado ella. Ellie se puso tensa. Todo el personal de vuelo temía molestarlo e inmiscuirse en su dolor, y ella no había hecho otra cosa desde el momento de conocerlo. Se sentía culpable. Era natural que no hubiera estado de humor. Puso una mano sobre su hombro y lo sacudió. Sus largas pestañas se levantaron lentamente. Dio suspiró y miró el reloj. Se puso en pie y se dirigió al compartimento en el que estaba la cama.

-¿Señor Alexiakis? -lo llamó Ellie. Dio se quedó quieto, pero no contestó-. No sabía que ibas a un funeral.

-¿Es que no lees los periódicos? -preguntó él dándose la vuelta con el ceño fruncido.

-No, no tengo tiempo.

-Es el funeral de mi padre.

Ellie respiró hondo, pero eso no la hizo sentirse mejor. La circunstancia no podía ser peor. Era natural que hubiera deseado estar solo, pero entonces, ¿por qué había insistido en que lo acompañara? Hubiera deseado comprender por qué aquella información que había oído era tan importante. Dio había estado trabajando hasta la noche antes del funeral de su padre. ¿Acaso su muerte había sido repentina? ¿No hubiera debido de estar antes con él?

Eran más de las siete de la mañana cuando Dio y Ellie aterrizaron en el aeropuerto de Atenas. El sol lucía brillante. Los guardias los saludaron con gesto grave al pasar la aduana, y pronto una ola de periodistas con cámaras, gritando, se acercó a ellos. Sólo unos cuantos guardias los contenían.

Ellie se quedó helada al sentir los flashes de las cámaras. Dio puso un brazo alrededor de sus hombros y la guió por el aeropuerto imperturbable, sin contestar a una sola de las preguntas que le dirigían en todos los idiomas.

-¿Quién es la mujer que lo acompaña? -oyó Ellie que preguntaba un hombre en inglés.

Ellie estaba escandalizada ante el comportamiento de los paparazzi. ¿Qué había sido de la intimidad? Dio Alexiakis se dirigía al funeral de su padre, ¿acaso lo seguían fuera a donde fuera?

Con frecuencia en el trabajo, durante los descansos, Ellie había oído hablar a sus compañeras sobre la vida privada de Dio. Era la comidilla interminable de los titulares y de la prensa amarilla. Había tenido aventuras con las mujeres más atractivas, y se le consideraba todo un dios del sexo. Pero Ellie siempre se había considerado por encima de todo eso. No le inspiraba el menor interés un hombre al que ni conocía ni podía conocer, así que no había prestado atención. Dio y Ellie cambiaron de terminal y entraron en una pequeña sala de espera.

-¿Es siempre así con los periodistas? -preguntó ella.

-Sí, bueno, me temo que hoy tu presencia ha causado más excitación de lo habitual -contestó Dio encogiéndose de hombros.

-Pues espero que nadie me reconozca. ¿A qué estamos esperando?

-A un avión que nos llevará a la isla en la que se celebra el funeral.

Otro vuelo, pensó Ellie reprimiendo un suspiro. El viaje parecía interminable.

-¿Otra isla?

-Chindos. ¿Pero será posible que no sepas nada de mí? ¡Es que no sabes nada! -comentó Dio sorprendido-. No estoy acostumbrado.

-Pero apuesto a que es bueno para ti... es la prueba de que no eres el centro del universo - musitó Ellie haciendo una mueca-. Lo siento, lo siento, sólo estaba pensando en voz alta.

-Tienes una desastrosa falta de tacto que debe de causarte graves problemas -comentó Dio escrutándola con una sonrisa.

-La gente ya me conoce -contestó Ellie tragando, agradecida de que él no hubiera explotado.

-¿Y por qué siempre buscas pelea? Pareces tan delicada y femenina... -continuó Dio sin dejar de observarla.

-¡No, por favor, delicada no...!

-¿Bonita?

-¡Eso es peor! -lo censuró ella-. Los hombres se niegan a tomarme en serio, es el problema de ser rubia y bajita...

-Pero si tú no eres rubia, tienes un pelo muy llamativo -comentó Dio con desdén-. Si de verdad no quieres provocar esa actitud en los hombres no te tiñas de ese color.

-Es mi pelo, es natural. Mi abuela era holandesa, y muy rubia -explicó Ellie acostumbrada a las sospechas.

-¿Natural? No te creo. Quítate el sombrero.

Tras unos segundos de vacilación Ellie lo hizo. El color de su pelo brillaba contrastando con el negro del abrigo.

-¿Lo ves? Es natural.

Dio miró fijamente aquel cabello. El silencio era tan espeso que podía cortarse. Ellie lo observó con los ojos entrecerrados. Dio era alto y reservado, y tan moreno que resultaba exótico. Y el elegante traje le sentaba de un modo impresionante. Pero no podía seguir así.

Ellie se echó a temblar, se daba cuenta de que era incapaz de mantener el control. Cada vez que miraba Dio Alexiakis sentía una desesperada e inmensa excitación sexual. No podía soportar que le ocurriera eso con ningún hombre. Era una debilidad, algo irracional, humillante...

-¿Cómo es ser una mujer de la limpieza? -preguntó Dio de pronto, medio tartamudeando.

-Escucha, no hace falta que me des conversación.

-Ha sido una pregunta sincera.

-Bueno, bien, pues es... aburrido, repetitivo y además está mal pagado -explicó Ellie con insolencia-. Así que si esperabas otra cosa siento decepcionarte.

-Y entonces, ¿por qué lo haces?

-Tengo un buen horario, y además no tengo a ningún jefe pelmazo detrás. No me gusta que me controlen.

-Ya me he dado cuenta. Deberías de solucionar ese problema y tratar de buscar un empleo mejor. Aunque quizá no tengas ninguna preparación ni experiencia en ninguna otra cosa.

-Ya tengo planes, gracias. Soy una mujer ambiciosa, dentro de lo que cabe. No estaré abriantando suelos mucho tiempo -explicó Ellie burlona.

-No es muy buena idea contarme eso precisamente a mí -comentó Dio escrutándola con duros ojos negros-. Yo nunca bromeo con los negocios, Ellie.

-Ni yo. Los negocios son lo primero en mi vida. Y lo último. Lo son todo.

-¿En serio?

-Sí, y te advierto que ya me debes bastante dinero -informó Ellie amable-. ¿Te has dado cuenta de que espero que me pagues por cada una de las horas que he perdido?

-Naturalmente.

-Con horas extra incluidas -especificó Ellie dispuesta a luchar-. Me tomo muy en serio eso de que me hagan pasar hambre, no me den tiempo

para descansar y me tengan despierta hasta las tres de la mañana.

-Eres tu peor enemigo, Ellie -murmuró Dio con ojos sonrientes-. Te hubiera pagado mil veces más si te hubieras quedado calladita.

-Bueno, no soy una avara. Y a propósito, cuando dije que no iba a seguir abrillantando suelos durante mucho tiempo no estaba pensando en lo que oí, eso ya lo he olvidado.

-¿Y cómo has podido olvidarlo? -preguntó él incrédulo.

-Aunque hubiera comprendido la importancia de ese comentario, cosa que no es así, soy una persona honesta. Nunca hubiera tratado de aprovecharme de esa información.

-Los peores son los que se pasan la vida diciéndote lo honestos que son.

-¡Es evidente que creerás lo que se te antoje, así que adelante! -exclamó Ellie ofendida.

-No puedes culparme por tomar precauciones. Aquella confiada afirmación llenó a Ellie de resentimiento. ¿A quién se creía que estaba engañando? Él no había vacilado en utilizar su poder como arma, y el hecho de que ella hubiera tratado de ver el lado positivo de la situación no lo alteraba en nada.

-No te atrevas a justificarte, llama a las cosas por su nombre -advirtió Ellie-. Si tú y yo no fuéramos quienes somos yo no estaría aquí. Y si Meg y yo no necesitáramos nuestros empleos te habría mandado a donde te mereces.

-Me lo imagino -soltó él con voz de seda.

-Y sabes muy bien que arrastrarme de este modo... bueno, no es precisamente un trato de ensueño, ¿no crees? No quisiera ser irrespetuosa, pero no me gustan los funerales.

-¡Pues a mi padre le hubieras encantado! -exclamó Dio con un brillo en los ojos.

-¿Es que él era de los buenos?

Dio volvió a ponerse tenso. Toda la expresión divertida de su rostro desapareció. En silencio, asintió con gesto duro. Luego le dio la espalda a Ellie, que hubiera deseado mantener la boca cerrada. Entonces alguien llamó a la puerta. Era hora de marcharse. Ambos salieron al creciente calor del sol y caminaron hasta embarcar en un pequeño avión. ¿Cómo había podido tener tan poco tacto?

El avión sobrevoló las aguas del Adriático. Sólo el ruido del motor llenaba el silencio. Ellie sintió que los párpados le pesaban. Se hundió en el asiento y se durmió.

Le costó despertar y tardó en comprender dónde estaba. Abrió los ojos confusa. Estaba tumbada en el enorme asiento trasero de una limusina de lunas tintadas. De pronto, con un ruido metálico y caro, la puerta se abrió. Un joven moreno se quedó mirándola.

-Así que tú eres la última conquista de Dio... Tengo que decírselo a mi primo, tiene buen gusto. No es de extrañar que no hayas querido entrar en la iglesia, algunos de los parientes de su madre son de estrechas miras. Me llamo Lukas Varios.

Ellie se incorporó, tensa ante la mirada de aquel joven, fija en sus piernas. Tiró de la falda y contestó:

-¡No soy la última conquista de Dio!

-Bien, ésa es una buena noticia -sonrió Lukas deslizándose por el asiento y cerrando la puerta-. Entonces, si no eres de Dio, ¿qué estás haciendo aquí, esperándolo a las puertas del cementerio?

-Trabajo para él, ¿de acuerdo?

-Por mí de acuerdo... -contestó el joven imperturbable ante la helada mirada de ella, alargando un brazo confiado hasta el cabello rubio platino y murmurando contra su mejilla ruborizada -: Eres verdaderamente una muñeca...

La puerta del coche volvió a abrirse, pero en esa ocasión era Dio que, echando un vistazo a la

escena, aparentemente íntima, rugió de ira. Alargó un poderoso brazo, agarró al joven del cuello y lo sacó de la limusina para echarle un rapapolvo en griego. Ellie, atónita e inmóvil, miró a Dio.

-Ella dijo que no era tu chica... ¿crees que me habría abalanzado sobre ella de no ser así? -gritó Lucas mientras se alejaba echando chispas.

Dio entró en el coche con expresión seria y rasgos endurecidos, como de bronce, sin decir palabra. Sus ojos brillaron de ira al exclamar con desprecio:

-¡No te he traído aquí para que vayas tendiendo trampas a los hombres!

3

Ellie, que tenía temperamento y que de hecho estaba ya alterada, estalló. Reaccionó instintivamente, levantando una mano y abofeteando el rostro de Dio con fuerza.

-¡Ningún hombre habla así de mí! -la mejilla de Dio quedó marcada. Él la miró con atónitos ojos negros. Ella sabía que había ido muy lejos, pero estaba demasiado enfadada como para reconocerlo-. ¡Y tu vanidoso primo se merece otra! ¿Quién diablos se ha creído que es? ¡Llamarme muñeca y acariciarme el pelo como si yo fuera un

juguete! ¿Y cómo te has atrevido tú a comportarte así, haciéndole creer me rebajaría a ser tu chica?

-¿Rebajarte...? -repitió Dio nervioso, con ojos brillantes.

-¡Sí, rebajarme! -confirmó Ellie temblando-. Las mujeres no somos objetos que los hombres puedan poseer...

-Yo podría persuadirte de que me pertenecieras si quisiera -declaró Dio medio gritando.

Ellie respiró hondo al escuchar aquello. Lo escrutó con ojos irritados y contestó:

-¿Con qué? ¿Con un hacha primitiva? Porque déjame que te diga una cosa: sólo conseguirías que entrara en la cueva familiar noqueándome y arrastrándome de los pelos.

Dio la atrajo entonces a sus brazos sin previo aviso, sin aceptar un no por respuesta, y apretó sus labios contra los de ella. El shock paralizó a Ellie, pero otra sorpresa aún más grande la esperaba. Cuando aquella sensual boca la poseyó hambrienta fue como si el mundo se hubiera detenido y ella estuviera volando por el cielo, directa hacia el sol.

Porque el ardor y el ansia que Dio hizo surgir en ella hubiera podido hacer arder todo el planeta. La cabeza le daba vueltas, todo razonamiento fue suspendido durante aquel instante de pura

sensación. Dio la estrechó con más fuerza aún, y Ellie sintió que la sangre le hervía por las venas. Dio se apartó de ella con respiración entrecortada y ojos brillantes, con una sonrisa de satisfacción que fue incapaz de ocultar.

-No necesitaría usar la fuerza contigo, Ellie. Vendrías a la cueva familiar como un corderito -comentó contento, con voz espesa.

Mientras las brumas de la intoxicación se despejaban Ellie miró aquellos bellos y oscuros rasgos. Dio se puso tenso, entrecerró los ojos y trató de apartarla de sí. Una ola de rubor invadía a Ellie, que jamás se había sentido más violenta. No podía creer que hubiera sucedido lo que había sucedido. No podía creer que él la hubiera hecho sentirse así. El silencio reinaba tenso, espeso, como una trampa en la que ninguno de los dos quisiera arriesgarse a caer.

-Yo... yo -comenzó a decir Ellie, tratando de buscar una excusa que pudiera justificarlos a los dos- ... no debería de haberte dado una bofetada, te has puesto furioso y...

-A los hombres griegos no les gusta que se ponga en entredicho su masculinidad -dijo Dio dejando que una risa irónica escapara de sus labios -.Pero la verdad es que te he besado porque he querido.

Tal y como tú acabas de decir, hay que llamar a las cosas por su nombre.

Perpleja ante aquella admisión, Ellie se quedó mirándolo para volverse luego hacia la ventana. Dio confesaba sentir la misma atracción que la estaba volviendo loca a ella.

-Naturalmente no repetiremos la experiencia -añadió Dio con sencillez, poniendo punto final a la conversación.

Ellie, de perfil, se puso tensa. Dio sólo había afirmado algo evidente, algo que ella misma hubiera podido decir, pero a pesar de todo se sintió mortificada. Aquello era una advertencia, y se sentía humillada. Al fin y al cabo era él quien la había besado, y sin embargo se sentía en la obligación de reprimir cualquier idea estúpida que ella pudiera concebir.

¿Quién diablos se había creído que era? ¿El hombre más irresistible del mundo? Sí, pensó. Y toda aquella seguridad en sí mismo no era vanidad. Dio lo tenía todo. Era atractivo, tenía dinero, poder. ¿Cuántas veces lo había rechazado una mujer? ¿Y cuántas alentado? A pesar de todo tenía que defenderse.

-He dejado que me besaras porque te has mostrado terriblemente...

-No quiero seguir discutiendo sobre esto -la interrumpió Dio-. Hoy no estoy muy centrado, me enfado enseguida.

Sin embargo Dio había cambiado las ideas de Ellie acerca de su propia sexualidad. En un santiamén. Ante el deseo de volver a estrecharlo entre sus brazos lo único que podía hacer era resistir. Nunca hubiera soñado que ningún hombre la excitara tanto, la dejara tan hambrienta. Y el hecho de que Dio Alexiakis tuviera ese poder sobre ella la tenía perpleja.

La limusina subió por una calle empinada. Sobre un acantilado de altura espectacular surgió un enorme tejado. La casa parecía más grande cuanto más se acercaban. No era un villa, era todo un palacio.

-¿Es ésta tu casa? -preguntó Ellie. Dio asintió mientras la limusina paraba delante de la gigantesca edificación -. Si vas a estar con tus amigos y tu familia será mejor que busques una habitación donde encerrarme, no quiero inmiscuirme en tus...

-Tú te quedas conmigo -la intemImpió él tranquilo.

-¿Y qué se supone que debo decir cuando la gente me pregunte? ¡Ni siquiera sé cómo se llamaba tu padre! -respondió Ellie sin disimular su incomodidad.

-Se llamaba Spiros, tenía setenta y un años y yo era su único hijo -informó Dio con voz espesa-Era una de esas buenas personas que tú has mencionado antes, y su muerte ha sido repentina e inesperada.

-No tuviste la oportunidad de decirle adiós. Eso es, difícil de asimilar -comentó Ellie recordando sus propias penas.

Dio la miró de reojo, con desdén.

-Ahórrate los tópicos, mi padre y yo llevábamos tiempo separados.

-No era un tópico. ¿De quién era la culpa de que estuvierais... separados? -se atrevió Ellie a preguntar.

-Mía...

-Pero tú no podías saber que...

-¡Eso no es asunto tuyo! -gritó Dio.

Ambos salieron del coche. Ellie miró de reojo a Dio que, tenso, reprimió un suspiro. Estaba decidido a contener sus emociones tal y como, supuestamente, todo hombre debía hacer. Hubiera sido mucho más fácil para una mujer. En aquel momento Dio Alexiakis era como un volcán, luchando por tragar toda la lava emergente, a punto de estallar.

Ellie dejó que la adelantara. Un montón de sirvientes se alineaban esperándolos en el opulento vestíbulo. Dio dijo unas palabras. Ellie

vaciló y miró a su alrededor. De pronto una morena apareció inesperadamente en el dintel de una puerta. Dio, que no la había visto, miró para atrás con gesto imperioso.

-¡Ellie! -la llamó impaciente. Ruborizada ante las miradas curiosas, Ellie aceleró el paso. Justo cuando Dio alargó una mano para tomar prisionera la de ella, la morena se acercó caminando. No debía de tener ni treinta años. Tenía el pelo corto y negro, y los ojos oscuros y exóticos. Y llevaba una ropa y unas joyas impresionantes.

-Helena... -la llamó Dio apretándole la mano a Ellie.

Helena plantó un frío beso sobre la mejilla de Dio y ambos comenzaron a hablar en griego. La morena ignoró a Ellie que, lejos de molestarle, estaba irritada por la cabezonería de Dio al mantenerla a su lado. Él continuó hablando con la griega, que Ellie supuso sería una pariente cercana, mientras las guiaba a ambas hacia un salón.

Entonces comenzó a llegar más gente y Helena asumió el papel de anfitriona. Dio había soltado ligeramente la mano de Ellie, que trataba de escabullirse hacia un rincón. Pero Dio no solo la retenía, sino que de pronto la hizo adelantarse y comenzó a presentarle a gente. No obstante Ellie

no pudo mantener ninguna conversación con nadie. Muchas miradas recaían sobre ella, pero Dio no dejaba de llevarla de un lado a otro. Intercambiaba unas palabras aquí, una frase allá... estaba tan tenso que era incapaz de dialogar con nadie.

-¡Cristos, odio esto! -murmuró Dio entre dientes, de pronto.

Unos minutos más tarde un hombre mayor lo abrazó forzándolo a soltar a Ellie. Ella dio un paso atrás y después comenzó a caminar hacia el balcón, que parecía recorrer toda la fachada de la casa. Salió y respiró hondo aquel aire cálido. Las vistas sobre el valle eran increíbles. Un interminable cielo azul abovedado cubría las crestas de los pinos sobre los que había flores que salpicaban color. Al fondo, mucho más abajo, majestuosas formaciones rocosas se internaban en el brillante azul turquesa del mar. Era tan hermoso que casi producía dolor.

Ellie estuvo admirando las vistas durante un rato. Después, consciente de su cansancio, se dio la vuelta y vio a Dio. Era tan alto que era imposible no verlo. Tenía el ceño fruncido y miraba a su alrededor sin descanso, prestando escasa atención a lo que le decían. De pronto su mirada se posó sobre Ellie, iluminándose como una estrella, y su rostro se relajó.

Ellie colisionó contra aquellos ojos negros brillantes. Su corazón comenzó a latir y se le secó la boca. Observó a Dio caminar a grandes pasos hacia ella. Tenía centrada en él toda su atención, y era tan incapaz como él de apartar la mirada. Ambos parecían ciegos a los murmullos y a la especulación que aquella escena estaba suscitando.

-¿Dónde diablos te habías metido? -preguntó él con la respiración entrecortada, fuera de tono, a dos pasos de ella. Emanaba de él tensión a manos llenas. Escrutó el rostro de Ellie con ojos negros intensos y feroces y preguntó-: ¿Pero por qué quiero estar contigo justo ahora?

-¿Será que se ha convertido en una mala costumbre eso de vigilarme para que no llame por teléfono? -preguntó Ellie.

En ese instante Helena Teriakos se acercó a ellos a paso lento. Ellie se ruborizó bajo su atenta mirada, inquisitiva y fría. Se sentía incómoda en presencia de aquella mujer, aunque no sabía por qué.

-La señorita Morgan parece exhausta, Dio. Estoy segura de que apreciaría mucho si pudiera retirarse a descansar.

-Sí, sí... me gustaría -intervino Ellie. La bella morena sonrió y miró a Ellie con aprobación. Dio

llamó a una criada con un imperioso gesto de los dedos.

-Te veré más tarde -dijo Dio volviendo a entrar en el salón.

¿Por qué sentía como si lo estuviera abandonando?, se preguntó Ellie inquieta y molesta mientras seguía a la sirvienta. Apenas lo conocía, ¿qué estaba pasando?

La sirvienta la llevó hasta un ascensor que había en el vestíbulo. Bajaron en él y luego atravesaron un corredor que las llevó directas al jardín. Intrigada, Ellie siguió a la chica por un sendero en pendiente hasta un pequeño edificio justo a la derecha de una franja de arena dorada. Era un lugar de ensueño.

El interior estaba maravillosamente fresco. Era una especie de casa de invitados, pensó Ellie admirando el espacioso salón. Con grandes ventanas y contraventanas que la protegían del sol, cómodos sofás y suelo de mármol. No había cocina, sólo un frigorífico escondido y bien surtido. Y dos dormitorios con baño tipo suite. Sus paquetes estaban de hecho ya en uno de ellos.

Ellie aprovechó la oportunidad para tomar una ducha y tratar de olvidarse de todo. Sin embargo Dio volvía a su mente una y otra vez. Su imagen se mantenía ahí, negándose a desaparecer. De pronto recordó la forma en que se había acercado a pasos

agigantados hasta ella y se echó a temblar negándose a analizar su propia respuesta. «¿Por qué quiero estar contigo justo ahora?», había preguntado él incrédulo. ¿Y por qué lo había esperado ella conteniendo el aliento?

Aquella no era la forma en que tenía por costumbre comportarse con el sexo opuesto. De hecho Dio Alexiakis debería de haberse hundido como una piedra bajo el peso de sus prejuicios. Ellie siempre desconfiaba de los hombres atractivos, y era muy consciente de que los hombres ricos veían a las mujeres como trofeos. Su propio padre había sido uno de ellos.

Sin embargo de pronto se veía forzada a admitir que ni siquiera sus más fuertes convicciones tenían porqué influir sobre su comportamiento. Dio irradiaba magnetismo, aunque eso no excusara el hecho de que se hubiera comportado como una colegiala. En la vida real Cenicienta hubiera contemplado a su príncipe de lejos, fuera de su alcance, bailando con una princesa. No, Dio Alexiakis no era un ser superior para ella, pero era una persona tan fría, despiadada, dura y con tan alto estatus que resultaba completamente fuera de su alcance. Se sentía atraída hacia él, eso era todo. Ellie se puso el camisón de tirantes y salió fuera. La sirvienta volvió a aparecer con una bandeja.

Ellie comió con apetito y luego se acurrucó en el sofá para caer dormida.

La llegada de otra bandeja de comida fue lo que la despertó. No tenía hambre. El sol comenzaba a ponerse, no podía creer que hubiera estado durmiendo toda la tarde. No iba a poder dormir durante la noche, y era una lástima no haber aprovechado para salir a pasear y ver la playa. Ellie rebuscó por entre los CDs almacenados junto al equipo de música. Sonrió para sí misma y puso uno de flamenco recordando las interminables clases que su madre le había obligado a tomar. Bailar era el mejor modo de exteriorizar las emociones. Dejó que el ritmo invadiera su cuerpo y fluyera por él creando una serie de movimientos experimentales y después relajó los músculos. Entonces, justo con el ritmo más rápido, se dejó llevar por la pasión de la música.

Su respiración era entrecortada y rápida, tenía los músculos tensos y la piel sudorosa. De pronto, al terminar la música, Ellie se detuvo. Dejó que su cabeza cayera y arqueó la espalda en una curva perfecta.

-Eso ha sido increíble... -comentó Dio Alexiakis en un murmullo lleno de énfasis, con voz ronca. Ellie giró sobre sus talones mientras su mirada ausente desaparecía para adquirir una expresión de desconcierto. Dio estaba de pie, entre sombras, cerca de la puerta. Se había quitado la chaqueta y la corbata, pero aún parecía una estatua de bronce-. Ha sido extraordinario, con tanta pasión en cada movimiento... cada gesto cuenta una historia.

Un ligero rubor subió a las mejillas de Ellie, que se enfadó.

-Deberías de haberme dicho que estabas aquí... ¿no tenías derecho a observarme en silencio!

-No quería interrumpirte... -contestó Dio con un brillo en la mirada, que quedó fija sobre los labios rosas de ella.

Ellie abrió la boca. Una tensión comenzaba a apoderarse de su cuerpo y del aire.

-Ésa no es excusa... -protestó ella.

-Cristo, ¿hay algún hombre que te haya interrumpido y siga vivo? -preguntó Dio Alexiakis echando atrás la cabeza sin dejar de contemplarla. Ellie estaba tan tensa y tan quieta que podía sentir cada uno de los latidos de su corazón. Su mirada colisionó con la de él y sintió que la intoxicaba. Mareada y desorientada, fue incapaz de pronunciar ninguna frase con sentido como

respuesta. De hecho le resultaba tan difícil seguir pensando que sencillamente se quedó mirándolo. Pero su cuerpo sí que respondía. Sus pulmones respiraron hondo arriba y abajo, y sus pezones se tensaron prominentes.

Dio dejó que sus ojos vagaran hambrientos por aquel bello rostro y después, a paso lento, por la esbelta figura. La tela del camisón colgaba de los tirantes como una segunda piel, transparentando la lujuriosa figura, moldeando sus pechos y pezones, ajustando las caderas y la línea de sus muslos. La sexualidad de aquella mirada fija cautivó a Ellie que, llena de excitación, se sintió incapaz de resistir.

-Verte bailar ha sido la experiencia más erótica que jamás haya vivido fuera de una alcoba -confesó Dio-. Nunca he sentido una necesidad como ésta de poseer a ninguna mujer. En este preciso instante estoy disfrutando como un loco adolescente ante la maravilla de sentir algo tan intenso.

Ellie se echó a temblar, atónita ante lo directo de aquella declaración, incapaz de pensar. ¿Adolescente? ¿Dio Alexiakis un adolescente? ¿Qué clase de acercamiento era ése? Ellie miró involuntariamente para abajo y se quedó helada. Apenas llevaba nada, y sin embargo no había

sentido ninguna necesidad de taparse nada más verlo.

De pronto, precipitadamente y con el rostro todo colorado, Ellie tomó lo primero que encontró en el sofá y se envolvió como si fuera una sábana. No era de extrañar que Dio se acercara a ella a pasos agigantados. Los hombres apenas distinguían o pensaban nada cuando una mujer se vestía para provocar. De hecho Ellie estaba convencida de que la mayor parte de los hombres vivían constantemente al borde de la tentación.

Dio dejó escapar una risa suave, irónica. Sus fuertes rasgos ya no mostraban tensión alguna. Observaba a Ellie, de pie con aquellos ojos verdes y el rostro ruborizado.

-Medio niña, medio mujer. ¡Qué combinación más confusa!

-Deja de hablar así -lo urgió Ellie evitando su mirada-. No sabes lo que dices. Fingiré que no te he oído, sé que no puedes evitar ser como eres, así que no voy a ofenderme...

-Quizá no sea éste el momento más apropiado para decirte que tú eres la única luz que ha brillado para mí en un día oscuro como éste - respiró Dio mientras se alejaba de ella.

-Eso es porque soy una extraña para ti... ¿es que no te das cuenta? -continuó Ellie con voz temblorosa,

emocionada a su pesar por la sinceridad del comentario-. No tengo ninguna expectativa sobre ti, no conozco tu vida. No te pido nada, ni hago juicios.

-Al contrario, no dejas de hacer juicios arbitrarios sobre mí -la contradijo Dio.

-Me voy a dar un paseo por la playa -declaró Ellie sintiéndose embargada por la tormenta emocional que comenzaba a desarrollarse en su interior.

Ellie abrió la puerta y salió. La luz de la luna se reflejaba en la superficie del agua susurrante de la playa. Era una noche clara, cálida y sin brisa. Caminó descalza por la arena y trató de luchar contra el tumulto interior que él había desatado. Era plenamente consciente de lo que él sentía y por lo que estaba pasando.

La forma en que Dio la miraba era como para quedarse helada, como para asustarse. Pero era también como para quedarse electrificada. La hacía sentirse como borracha incluso cuando no estaba presente. Era como si un loco y fatuo pensamiento se hubiera apoderado de ella hasta robarle el sentido común. En el plazo de veinticuatro horas Dio había vuelto todo su mundo del revés, había derribado todas sus defensas, había sacado de ella todo un mundo de vulnerable

emociones que por lo general guardaba bajo llave en su interior.

Y, para ser sinceros, Ellie sabía que no podía confiar en sí misma estando junto a él. Deseaba a Dio Alexiakis, lo deseaba como jamás había deseado a ningún hombre, y sólo darse cuenta de ello resultaba aterrador. Pero mucho más peligroso era aún pensar que se moría de ganas de hablar con él, de escucharlo, de estar con él...

Todo en su interior la advertía del peligro. Dio era incapaz de enfrentarse a sus propios sentimientos en aquel momento, y por eso centraba su atención sobre ella. Ésa era la cruda realidad, la verdad sobre su supuesto deseo hacia ella. Era la técnica masculina habitual para evitar la verdad. Dio Alexiakis hubiera bailado sobre cristales antes de admitir que deseaba hablar sobre las relaciones que había mantenido con su padre.

Ellie volvió de pronto sobre sus pasos tomando una decisión. Dio estaba mirando al mar con las manos en los bolsillos del pantalón.

-Apuesto a que nunca te ha ocurrido realmente nada malo -respiró Ellie.

-¿De qué diablos estás hablando? -preguntó Dio volviéndose.

-¿Tuviste una infancia feliz?

-Sí.

-¿Y tuviste una relación íntima con tu padre antes de alejarnos el uno del otro?

-Por supuesto -confirmó Dio desalentándola que preguntara más.

-Entonces, ¿por qué no puedes concentrarte en los buenos momentos que pasaste con él?

-¿Qué sabes tú de cómo me siento? -preguntó él agresivo.

-Sé cómo te sientes, pero sencillamente no comprendo cómo no aprecias más la suerte que tuviste al disfrutar de todos aquellos años de felicidad con tu padre -Dio se volvió, incapaz de pronunciar palabra, con expresión de ira-. Yo... tuve un padre que ni siquiera le dejó a mi madre inscribirme en el registro con su apellido, un padre con el que me crucé en una ocasión por la calle y que fingió no conocerme -confesó Ellie-. Y sin embargo mi madre nunca dejó de venerar la tierra que él pisaba -Dio la miró frunciendo el ceño, lleno de incredulidad-. Tuve una riña muy fuerte con mi madre el día antes de morir -continuó Ellie estremeciéndose por las lágrimas-. Yo tenía dieciséis años, y la quería tanto que me moría de preocupación por ella. Pretendía sacarla de su estado de depresión, persuadirla de que merecía la pena vivir aunque fuera sin mi padre...

Dio se había acercado sin que Ellie lo advirtiera. Cerró los brazos en torno a ella y la estrechó con fuerza. Ellie pensó fugazmente en que nada estaba ocurriendo como había imaginado. La cálida e íntima fragancia de él inundaba sus sentidos al respirar. La tranquilidad, el apoyo que significaba su poderoso cuerpo resultaba embriagador.

Era Dio quien hacía de pronto las preguntas, y sin vacilar. Y Ellie se lo contó todo. Su madre, Leigh Morgan, era la hija única de un próspero viudo, y nunca había tenido que enfrentarse a la realidad. Vivía idolatrada por su padre. A los veintiún años se enamoró y se comprometió con el padre de Ellie, Tony. Pero poco después su padre sufrió una bancarrota y todo se vino abajo.

-Tony no quería a mi madre sin su dinero -continuó Ellie-. Rompió el compromiso y poco después se casó con la hija rica de un industrial.

-¿Así que dejó a tu madre cuando estaba embarazada?

-No, no fue tan sencillo. Unas semanas después de casarse mi padre fue a ver a mi madre y le dijo que había cometido un tremendo error, que aún la amaba. Y ese mismo día me concibieron a mí. Mi madre creyó que él abandonaría a su mujer.

-Ah... -murmuró Dio-, pero no era ésa su intención, ¿no?

-Mi madre apenas tenía experiencia, y seguía loca por él -admitió Ellie suspirando-. No quiero seguir hablando de ellos.

-Tranquila -dijo Dio con voz ronca, dejando que sus manos se deslizaran por la espalda de ella hasta las curvas de sus caderas, apretándola contra su cuerpo tenso.

-Ahora te toca a ti - musitó Ellie con naturalidad, temblando y pensando en apartarse de él, decidiendo hacerlo y descubriendo que era incapaz.

-¿Que me toca a mí? -repitió él con voz espesa.

-Sí, es tu turno -insistió ella.

-Mi padre me dijo que ya era hora de que me casara. Yo le dije que no, que aún no estaba preparado... y él me dijo: «pues no quiero volver a verte ni hablar contigo hasta el día en que lo estés»

-recitó Dio de memoria, con énfasis.

Ellie levantó la cabeza para mirarlo con el ceño fruncido.

-Ésa es tu forma de decirme que me ocupe de mis propios asuntos, ¿no?

-No.

-¿Quieres decir que tu padre esperaba de verdad que te casaras cuando él quería? -repitió sin ocultar su asombro.

-Mis padres tampoco se conocieron ni se casaron así, sin más, Ellie. Se conocían desde la infancia,

crecieron sabiendo lo que se esperaba de ellos y luego, cuando llegó el momento... sus padres se reunieron y fijaron la fecha -terminó Dio en un tono de voz tenso.

-¡Por el amor de Dios, eso es de la Edad Media!

-Para ti quizá, pero mis padres fueron felices -continuó Dio apartándole el pelo de la frente con dedos tiernos, haciéndola temblar y obligándola a estrecharse contra él-. En Grecia el matrimonio sigue siendo un asunto familiar.

-No quiero criticar a tu padre pero... -comenzó a decir Ellie vacilando, volviendo el rostro de modo que rozara la palma de la mano de él y comenzando a respirar entrecortadamente-, creo que debería de haberse dado cuenta de que los tiempos han cambiado. Tú eres un hombre hecho y derecho, y él te trató como si fueras...

-Él sabía qué era lo mejor para mí -la interrumpió Dio con voz de seda-. Puede que yo haya sido educado en un colegio inglés, pero soy griego, Ellie. El matrimonio es un paso decisivo en la vida. Los ingleses confían en el amor y tienen una tasa de divorcios muy alta...

-Sí, pero...

-En esta vida es más importante escoger a una compañera con inteligencia -afirmó Dio levantándola en brazos y posando su sensual boca

sobre la de ella con hambre, como si estuviera cansado de hablar sobre ese asunto.

Ellie sintió que la cabeza le daba vueltas, que el corazón le latía con violencia. Él necesitaba hablar. Aquello no era lo que había planeado. Y desde luego no era lo que se suponía que debía ocurrir entre los dos. En cuestión de segundos se apartaría de él, pararía aquello antes de que fuera irremediable. Sin embargo sus brazos habían rodeado a Dio por el cuello y sus dedos se enredaban en el sedoso cabello. Una nube de debilidad la envolvió de tal modo que cuando pasaron los treinta segundos que se había prometido de plazo apenas recordaba por qué se lo había impuesto.

-Esto era inevitable -jadeó Dio levantándola en brazos para llevarla dentro justo cuando ella comenzaba a tambalearse y sus piernas comenzaban a flojear.

4

Ellie tenía la mente en blanco, los ojos cautivos en las pupilas negras de él. Su corazón zozobraba, tenía el pulso acelerado. El mareo y la euforia se apoderaron de ella. Levantó una mano insegura y la posó sobre la mejilla de Dio con un vergonzoso sentido de la posesión por completo nuevo para

ella. Sus dedos extendidos celebraron la duresura de su piel, sus pupilas dilatadas buscaron cada uno de los detalles de él que podían apreciarse a aquella distancia.

Las largas y negras pestañas, la expresión dramática de sus cejas, oscuras y bien definidas, la belleza masculina de su cráneo y de su estructura ósea, la perfección, recta y arrogante, de su nariz. Ellie acarició el mentón agresivo con una ternura asombrosa, absorbida por entero en la tarea. Nunca nada le había parecido tan natural.

-Eres realmente guapo -dijo sin poder evitarlo.

Dio la puso encima de algo firme y deliciosamente confortable y luego se tumbó sobre ella. Se quedó contemplando su mirada perdida con ojos ardientes y, gimiendo, dijo:

-Cuando te quité ese pañuelo de la cabeza pensé que eras la cosa más perfecta que jamás hubiera visto en mi vida. Tu pelo, tu piel, tus ojos. Me dejaste completamente fascinado...

-Pues supongo que tú me estás dejando fascinada a mí ahora- tartamudeó Ellie comprendiendo de pronto que estaba tumbada sobre una cama en una habitación en penumbras y sintiendo un desmayo.

-Bajo esa superficie dura eres muy dulce... - continuó Dio inclinando la cabeza orgullosa.

Ellie hubiera podido perderse en aquellos ojos topacio, hubiera podido sentir la debilidad que la clavaba a una hipnótica quietud. Dio tomó de nuevo sus labios abriéndoselos con la punta de la lengua. El corazón de Ellie retumbó y toda ella tembló, incapaz de respirar. Su sumisión fue absoluta, instintiva. No hubiera podido resistirse a la tentación de aquel beso ni aunque su vida hubiera dependido de ello. Era como volver a nacer, y cada nueva sensación le resultaba tan fresca e intensa que se sentía atada sin remedio, esperando deseosa la siguiente.

-Tan dulce -jadeó él en voz baja mientras Ellie gemía y respiraba sofocadamente bajo su experta boca, con respuestas temblorosas.

Dio se quitó la camisa y elevó a Ellie hacia él, haciéndola sentarse. Ella se puso tensa. Todo su campo de visión estaba lleno con aquel pecho ancho y bronceado y aquel espeso y oscuro vello rizado que marcaba cada músculo antes de serpentear para convertirse en una fina línea sedosa sobre el estómago plano. Dio levantó sus manos y las puso sobre su pecho como si el hecho de que ella lo tocara fuera lo más natural del mundo.

-Dio... -dijo ella temblorosa mientras asombrosas olas de excitación la recorrían al conocer su calor con los dedos.

Había tanto por conocer, pensó Ellie sintiendo de pronto que todo aquello se le escapaba, que él la alentaba y esperaba a una amante experta.

-Tócame -la invitó él. Ellie se examinó las manos como si esperara que ellas solas, sin ninguna orden consciente, se apartaran de él. Pero Dio era tan fascinante, la hacía sentirse tan bien que fue incapaz.

-Vas... vas demasiado rápido para mí -musitó seria, sin comprender cómo podía ser que estuvieran casi desnudos en la cama.

-Si quieres que me vaya me iré -dijo él poniendo una mano sobre las de ella.

Un miedo helado agarrotó a Ellie, que levantó la cabeza para encontrarse con aquellos ojos oscuros y aquel rostro firme y anhelante. Apartarse o quedarse. No había término medio. Y si él se marchaba quizá nunca volviera a pedirle nada. Quizá pensara incluso que ella lo había provocado en vano. Por fin Ellie pensó que si Dio no veía razón alguna para no disfrutar el uno del otro era porque no la había.

-Pero es que yo... -comenzó ella a decir sin saber muy bien cómo terminar, atemorizada pensando en que iba a parecer una virgen puritana y lo iba a echar todo a perder.

-Decídate -insistió Dio con urgencia, lleno de necesidad-. No soy de piedra, y ahora mismo me muero por ti...

Las manos de Ellie temblaron bajo las de él. No podía apartar los ojos de Dio. La intensidad de su mirada la derretía en su interior.

-Yo también te deseo... tanto.

Dio la posó con cuidado de nuevo sobre la cama.

-No te haré nada que tú no quieras que te haga, *pethi mou*.

-Por supuesto, pero...

-Abre tu boca para mí -la urgió él con voz rota.

Y Ellie lo hizo, captando de inmediato su fuego ardiente. No notó, en cambio, cuando él le deslizó los tirantes del camisón por los brazos. De pronto Dio se apartó para seguir bajando la prenda por sus caderas, y Ellie vio con asombro sus pechos desnudos y llenos, sus pezones rosas tensos.

-Eres exquisita -jadeó él. Dio volvió a ella y dejó que su dedo pulgar acariciara el hinchado pecho, que la palma de su mano lo abrazara con firmeza por debajo y, por fin, que su boca se cerrara sobre él. Y le causó tal cúmulo de sensaciones que Ellie gritó. Su cabeza cayó sobre la almohada, todo pensamiento se suspendió. Las manos de Ellie agarraron a Dio de los hombros mientras él acariciaba su sensible carne con la lengua, los dientes y los labios. De pronto era ella la que se

moría por él, la que ardía como una loca por cada caricia certera, llevada por la más urgente necesidad, dejándose consumir por el fuego.

Dio rodó por la cama sin previo aviso y deslizó las sábanas hasta abajo, con los ojos dorados fijos en la pálida y rosada piel del cuerpo de Ellie. Era como ser consumida visualmente. Ellie estaba excitada, apenas podía respirar, y sentía tal necesidad como nunca en la vida la hubiera podido imaginar. Los ojos de Ellie observaron a Dio, siguieron cada uno de sus movimientos. No podía soportar que se alejara de ella.

-¿Dio...? -musitó insegura.

-Respondes como si te murieras por mí -dijo él con orgullosa satisfacción.

Ellie lo observó bajarse la cremallera del pantalón. Sus ojos se abrieron inmensamente, sintiéndose de pronto cohibida. Segundos más tarde unos calzoncillos negros se deslizaron por las estrechas caderas, y Ellie vio por primera vez un sexo masculino excitado y completamente erecto. Y aunque Dio era aún más bello de lo que jamás hubiera imaginado también le resultó amenazador. Tardíamente consciente de su propia desnudez, Ellie se sentó y tiró de la sábana para ocultarse bajo ella. Su corazón latía acelerado.

Saber que no era sino una inexperta le producía pánico. Dio volvió a la cama con movimientos

naturales, sin ninguna inhibición. En realidad Ellie dudó de que él, en alguna ocasión, hubiera necesitado de un dormitorio en el que esconderse.

-Eres tímida -murmuró Dio casi con ternura, quitándole la sábana para unirse a ella, concediéndole poca importancia a ese sentimiento.

-Sí... Dio...

-Quiero verte -confesó él estrechándola contra su cuerpo duro, poderoso y abrasivo, con un brazo posesivo-. Estás temblando...

-Me pones nerviosa.

Dio enredó los dedos en el espeso cabello de Ellie y atrajo su boca hacia sí saboreándola en profundidad hasta que la cabeza de ella se inclinó llena de pasión y todos sus nervios desaparecieron. Y entonces él elevó la mirada y sus ojos dorados quedaron prendados en los de ella.

-Esto no es simplemente una noche de locura, es algo excepcional, algo especial. Yo no tengo por costumbre acostarme con las mujeres así -aseguró él con ronca sinceridad.

Ellie levantó una mano temblorosa y le apartó el cabello de la sien. Tenía el corazón en un puño. No podía creer que él pudiera tener tanto poder sobre ella, que al fin un hombre la tuviera pendiente de

cada una de sus palabras, esperando y rezando para que fuera digno de su confianza. Saberlo resultaba aterrador, pero cuando él sostenía su mirada o la acariciaba ni una sola fibra de su cuerpo podía resistírsele.

Dio recorrió con una mano todo su cuerpo tembloroso. Ella se estremeció y jadeó. Su cuerpo estaba tan completamente preparado que una sola caricia bastaba para despertarlo. Cuando él jugueteó con el triángulo de plata que formaban sus piernas ella gimió y dejó que su rostro se hundiera sobre el hombro de él. Dio siguió el rastro hasta el mismo centro de su ser, cálido e hinchado, con devastadora experiencia, llegando al punto más sensible. Y en ese momento Ellie se vio perdida sin remedio, atormentada por un cúmulo interminable de sensaciones que pronto se convirtieron en una tortura sin fin.

-Estás tan cerrada - musitó Dio con un gemido sensual y gozoso.

La urgencia de aquel deseo resultaba insoportable. Ellie estaba completamente fuera de sí, con la respiración entrecortada, sujetándose a cualquier parte de él que lograba agarrar.

-Dio, por favor... -gimió desesperada. Dio se deslizó sobre ella colocándola sobre la cama. Ellie se debatió con ojos brillantes, exultante de feminidad, sintiendo el férreo control de Dio y su

rendición. Un hambre fiera la abrumaba en ese instante sin vergüenza. Y entonces él la penetró y el punzante y apasionado dolor de aquella invasión la hizo llorar de sorpresa.

Dio se quedó muy quieto. Unos ojos negros atónitos la miraron de lleno.

-¡Cristos... es imposible que seas...!

-Ya no...

-Te gusta sorprenderme, ¿verdad? -preguntó él con una llama de fuego primitivo en la intensa mirada.

Ellie estaba ruborizada al máximo, era completamente consciente de cada uno de los pequeños movimientos que él hacía abriéndose paso hambriento por su interior.

-Ahora no puedo hablar -musitó atenta por completo a cada uno de los detalles de aquella nueva experiencia fascinante.

Dio rió a carcajadas. La besó en lo alto de la cabeza y comenzó a demostrarle cuán excitante podía ser aquello. Una necesidad cruda, fuera de control, iba poseyendo a Ellie cada vez con más fuerza. Apenas podía respirar. El mundo hubiera podido tocar a su fin y nada hubiera importado excepto aquella vibrante penetración. La intensidad del placer la volvió loca hasta que, finalmente, llegó al borde de la excitación y una ola de paroxismo la liberó.

-Deberías de haberme dicho que era la primera vez, *pethi mou* -pronunció Dio apenas sin aliento.

-No me pareció importante -musitó Ellie evasiva, disfrutando del modo en que él la abrazaba contra su cuerpo ardiente, cálido y húmedo, llorando contenta de que él no pudiera verlo.

¿Acaso era posible enamorarse en el plazo de veinticuatro horas?, se preguntó Ellie ensoñadora, luchando por reconocer a la nueva persona que sentía nacer en su interior, pero demasiado contenta y satisfecha como para sentir como una amenaza aquel cambio.

¿Algo especial? ¿Pero cómo de especial? Ellie sabía perfectamente cuánto de especial era Dio para ella. Hubiera deseado poder envolverlo en una sábana de amor y abrazarlo hasta la muerte, nunca había sentido nada igual.

-Para mí sí lo era -le confió Dio en voz baja-.

¿Tienes hambre?

-No, en realidad no.

-Pues yo no recuerdo cuándo comí por última vez -musitó él reflexivo.

-¡Qué sensible!

Dio la soltó y rodó por la cama hasta alcanzar un teléfono interno por el que ordenó que les llevaran comida. Luego, tomando su mano, la arrastró fuera de la cama junto a él. Con los brazos envueltos sobre sí misma, como si tuviera frío,

Ellie caminó hasta el baño y lo observó abrir el grifo de la ducha. De pronto se sintió tremendamente tímida. Se veía arrastrada hacia la más profunda intimidad sexual. Dio la metió en la ducha con él ignorando su vergüenza deliberadamente, o quizá sin darse cuenta.

-Eres menudita de verdad -suspiró.

-Mido uno cincuenta y uno -musitó Ellie añadiendo un centímetro más, sintiendo que Dio la contemplaba de arriba abajo.

-Estabas tan graciosa en el aeropuerto con aquel abrigo tan largo... eras como una niña pequeña toda vestidita - Ellie no supo qué responder-. ¿Por qué te has quedado tan callada?

-No llevo nada de ropa, y no tengo por costumbre mantener conversaciones en la ducha.

Dio rió. Luego la abrazó y la levantó como si fuera una muñeca, enlazándole los brazos a su cuello. La sujetó a su altura y la miró a los ojos, intensamente.

-¿Estás tomando la píldora anticonceptiva?

Ellie frunció el ceño y se ruborizó. No entendía por qué le hacía semejante pregunta cuando era él quien había tomado precauciones en aquella ocasión.

-No.

-Eso pensé. El preservativo se ha roto -la informó Dio sin parpadear, escueto.

-¡No...! -exclamó Ellie perdiendo el color al comprender las consecuencias que ello le podría acarrear.

-Si ocurre algo... lo cual, creo, es poco probable lo solucionaremos entre los dos, juntos -añadió Dio admirando sus labios abiertos y besándola lenta, dulcemente y con boca experta.

Asustada por un instante ante la pesimista imagen de una vida arruinada por un embarazo no deseado Ellie trató de pensar en algo más alegre. Llevaba veinticuatro horas viviendo fuera de la realidad, y no tenía ninguna prisa por volver a ella.

-Tengo planes para ti -admitió Dio entre beso y beso, mientras ella temblaba -. Vas a disfrutar de estar conmigo.

Juntos hicieron un pícnic sobre la cama. Comieron langosta y ensalada griega. Ellie no había probado nunca la langosta, y estuvo a punto de desmayarse cuando la vio sobre el plato. No dejó de dar pequeños sorbos de vino hasta que Dio tomó su vaso, y entonces ella lo imitó. Su ignorancia la hacía sentirse violenta y le recordaba lo diferentes que eran los mundos de ambos.

-Gracias por lo que me dijiste antes en la playa -murmuró Dio-. Me ha ayudado a ver las cosas con

más perspectiva. Si mi padre o yo hubiéramos sospechado en algún momento el poco tiempo que nos quedaba habríamos corrido a reconciliarnos. La gran ironía de la vida es que en realidad yo ya estaba trabajando en esa dirección.

-¿En qué sentido?

-Esa conversación que oíste -le recordó Dio-. La empresa que había planeado comprar perteneció a mi padre, él la había perdido hacía tiempo. Pensaba ofrecérsela como una rama de olivo.

-¡Oh, Dio! -suspiró Ellie enternecida-. Por eso era tan importante que te acompañara.

-Pero aún tengo mis recuerdos. Mi padre era una persona fuerte, vital. Vivía la vida plenamente. Y no hubiera querido que lo recordara con tristeza.

-Explicame la importancia de esa conversación que escuché -lo invitó Ellie tratando de evitar la tristeza y la oscura vulnerabilidad de sus ojos y de distraerlo.

-Digamos que tenemos dos empresas, A y B -comenzó a explicar Dio-. Primero compras el stock de la empresa A, y después dejas correr el rumor de que estás interesado en adquirirla. Los precios de ese stock suben. Entonces vendes el stock a un precio más alto. Y luego, sin previo aviso, te lanzas sobre la empresa B, en la que los valores del stock no se han incrementado, y te sitúas como propietario de una empresa a un buen precio.

-Es enrevesado.

-Sí, así es como me consideran en los negocios - confirmó Dio sin ofenderse lo más mínimo -. Pero si mis verdaderas intenciones salieran a la luz el precio del stock de la compañía B se dispararía y no compraría.

Ellie apartó los platos de la cama. Cuando volvió al dormitorio Dio estaba dormido. Su corazón, que se había derretido como el caramelo, volvió a agarrotarse al verlo. Parecía exhausto, pero mucho más en paz de lo que lo había estado a lo largo de todo aquel día. Por una vez en su vida Ellie se iba a dejar llevar. Por norma era muy precavida, prefería verlo todo en nítidos tonos blancos y negros antes de arriesgarse. Pero en esa ocasión era demasiado tarde...

Ellie no abrió los ojos hasta las ocho de la mañana del día siguiente. Dio estaba aún profundamente dormido. Y aún así era guapo, pensó Ellie contenta de que no la viera echa un desastre. Dio, en cambio, era la versión masculina de la perfección. Hasta su piel aceitunada brillaba contra el blanco de la sábana.

Ellie salió de la cama con menos valentía de la que había entrado la noche anterior. A la clara luz de aquella mañana griega era perfectamente consciente de que se había decidido por un camino del que no había marcha atrás. Sus sentimientos habían llegado a un nivel muy alto, y eso le asustaba.

Se puso el pantalón corto y se asombró al ver que era su talla exacta. Se sirvió un vaso de agua y picó un trozo de naranja y de manzana. Necesitaba aire fresco, distanciarse de Dio, de modo que fue a dar un paseo por la playa.

Un hombre que confesaba tener planes para una mujer desde el principio resultaba digno de confianza. Dio parecía una persona honesta y abierta. Bien, no le hacía feliz haberse rendido y caído en su cama tan deprisa, pero sí le gustaba el hecho de que él hubiera sido su primer amor. Al menos no tendría la sensación de que era una mujer fácil.

Más aún, imaginar que ellos dos hubieran podido mantener esa relación teniendo en cuenta que ella era la mujer de la limpieza de su edificio de oficinas rayaba casi en el snobismo. Pero eso a él no parecía importarle. Además ella era la encargada de la librería del señor Barry, aunque no ganara mucho. En cuanto volviera a casa iría al banco y solicitaría el préstamo. Sólo el miedo a

que no se lo concedieran la había estado reprimiendo.

Ellie miró el reloj y se dio cuenta de que llevaba dos horas paseando. Caminó de vuelta a la casa y vio a Dio apoyado sobre la barandilla, aparentemente esperándola. De pronto se le quedó la boca seca. Cuanto más se acercaba y lo miraba más la absorbía él. El aspecto de Dio era sensacional. Llevaba ropa elegante y sencilla, de diseño. Con chinos ajustados a sus poderosos músculos. Hubiera deseado que no llevara las gafas de sol que ocultaban sus ojos.

-Me han llamado por el móvil -dijo él cuando ella estaba aún a unos pasos.

Ellie se dio cuenta inmediatamente de que algo no iba bien. Su tono de voz era helado, tan carente de emoción que le causaba escalofríos. Se detuvo. Sus ojos verdes traicionaron su ansiedad e inseguridad.

-¿Qué ocurre?

-En el mismo instante de abrirse las bolsas el precio del stock de la Palco Technic ha comenzado a subir -informó Dio con una calma letal. Ellie se quedó mirándolo inquieta, demasiado temblorosa como para comprender de inmediato lo que había querido decir-. Dijiste que no habías conseguido hablar por teléfono desde el aeropuerto, pero es evidente que mentías - añadió Dio con el mismo

tono de voz indiferente-. Filtraste esa información confidencial y naturalmente alguien se ha aprovechado de ella. Espero que te haya producido importantes beneficios.

-¡La única llamada que hice desde el aeropuerto fue con tu móvil! -se defendió Ellie-. ¡Por el amor de Dios, Dio...! Si algo va mal no tiene nada que ver conmigo, yo no he filtrado ninguna información... ¡Ni siquiera hubiera sabido a quién contárselo!

-Son demasiadas coincidencias, Ellie. Por ejemplo, ¿dónde estabas esta mañana cuando me desperté?

- Yo... -Ellie parpadeó desconcertada.

-Venga, ¿a que tenías miedo de mi reacción cuando me enterara de todo? -inquirió Dio directo-. Sabías que me iba a enterar antes de que tú abandonaras la isla, pero eras demasiado avariciosa como para pararte a pensarlo, ¿verdad?

El sol caía sobre Ellie con fuerza, haciéndola sudar, pero en su interior un asombroso frío se extendía como un glaciar. Por fin comprendía de qué la acusaba y aquello, si acaso, la aturdía.

-Dio, lo has mal interpretado todo -protestó Ellie-. Siento mucho que esa información haya salido de tu oficina, pero no me gusta que me acusen de algo que no he hecho. Te advertí de que había alguien más escuchando...

-No insultes mi inteligencia... -contestó Dio curvando los labios con un hondo desprecio.

-¿Qué inteligencia? -preguntó Ellie entre irritada y asustada-. Si tuvieras alguna te darías cuenta de que es imposible que sea yo la responsable de esa filtración.

-Has arruinado mis planes, y después prácticamente te has metido en mi cama prostituyéndote para tratar de aplacar mi ira -la acusó Dio amenazador.

Aquella acusación heló el aire. Ellie tembló, se puso pálida hasta la muerte. Dio se quitó las gafas de sol y la escrutó con ojos brillantes y negros.

-No... ahora que te miro veo que se trata de algo más personal que eso -argumentó Dio con una insolencia de seda.

-¡Eres un bastardo! -susurró Ellie reaccionando a aquella crueldad calculada con una instintiva defensa.

-Así que por una noche he ido de visita a los barrios más bajos -concluyó Dio-. Ha sido toda una experiencia, pero no pienso volver a repetirla.

-No, he sido yo la que ha ido de visita a lo más bajo, Dio -le contradijo Ellie con ojos brillantes, de esmeralda, echando atrás la cabeza-. Tú lo único que tienes es una abultada cuenta bancaria,

porque desde luego clase tienes tanta como un pastor de cabras.

Dio hizo una mueca y se quedó helado en su sitio. Ellie subió al porche pasando por su lado y entró en la casa. Lo único que deseaba era ponerse unos zapatos y escapar. Se apresuró a entrar en el baño, donde tenía la ropa, y al cruzar un poderoso brazo la detuvo.

-Vuelve a decir eso otra vez -la invitó Dio en voz baja, en tono de amenaza.

-Tienes tanta clase como un pastor de cabras -repitió Ellie mirando al espacio-. Y desde luego no me cabe duda de que, con esa comparación estoy insultando al pobre pastor. El puede que sea pobre, pero si no es honrado al menos tiene una justificación.

-Mientras que yo en cambio... -continuó Dio en un tono de voz más alto.

El corazón de Ellie latía tumultuoso. Podía sentir la rabia de Dio, cruda como un huracán, crujiendo en el aire. Sin embargo no podía reprimir su deseo de contestar.

-Mientras que tú eres rico y privilegiado, un cerdo ignorante. ¡Y ahora quítame las manos de encima! Una décima de segundo más tarde Ellie dejó escapar un gemido estrangulado al sentir que él la levantaba del suelo y la ponía sobre la cama. Aterrizaron a tan increíble velocidad que se le

cortó la respiración. Ellie se quedó clavada. Él estaba pálido a pesar del tono aceitunado de su piel, y sus ojos negros brillaban intimidándola.

-¡Si fueras un hombre te habría matado por insultarme de ese modo!

-¡Me estás asustando...! -musitó Ellie.

Una expresión de terrible desagrado cruzó el rostro de Dio, que se enderezó instantáneamente

-El helicóptero te está esperando en la villa -añadió entre dientes -. ¡Haz tu maleta y márchate! ¡Y no vuelvas a poner un pie en el edificio Alexiakis International!

Ellie, tan pálida como la sábana, sacó las piernas de la cama y se sentó.

-Pensé que podría amarte, pero ahora te odio -musitó con voz espesa.

Dio dejó caer un montón de billetes sobre la alfombra, a los pies de Ellie, con un gesto de desprecio. Ellie los miró incapaz de pronunciar palabra.

-Como tú misma has dicho muy bien los negocios son lo primero y lo último en tu vida. Así que, si te sirve de consuelo, he pasado una noche fantástica. Por un momento Ellie se sintió devastada, pero después su reflejo innato de supervivencia la hizo reaccionar.

-¿Es eso lo que cuesta el billete de avión desde Atenas?

-*Cristo*, ¿qué significa eso?

-La pobre gente como yo tiene que ser práctica. No sé cuánto cuesta un billete en avión de aquí a casa -explicó Ellie negándose a mirarlo, negándose a sentir nada.

-Puedes recoger tu billete de vuelta en la terminal.

-Entonces lo único que necesito es dinero para el transporte a casa una vez que llegue a Londres -dijo Ellie tomando un billete del suelo y resolviendo mandarle el cambio-. ¿Qué hay de Meg?

-¿De la otra mujer de la limpieza? ¿Tú qué crees?

-Que si echas también a Meg vas a lamentarlo -Ellie levantó la cabeza despacio, muy despacio, con una mirada tan fría como la de él. Era el momento de proferir la peor amenaza de su vida-: Acudiré a los periódicos, Dio. Les contaré toda esta historia en verso, ya que parecen tan interesados en ti. Y con lo que saque compensaré a Meg...

Dio la observó con un disgusto y una incredulidad inconfundibles. Ellie estaba sobrecogida, pero se puso en pie por miedo a delatar su debilidad. Le dio la espalda, recogió sus zapatos viejos y se los puso. Luego, con la bolsa de la ropa de trabajo en la mano, pasó por delante de él con la cabeza bien alta.

Llegar hasta el ascensor de la villa se le antojó eterno, y lo mismo atravesar el vestíbulo. El helicóptero estaba aparcado a cierta distancia de la casa.- Subió a él tratando de mantener el control y, sobre todo, de no pensar en lo estúpida que había sido echando sobre sí aquella desgracia. Pero el primer suspiro de autocompasión escapó de su boca mucho antes de que abandonara Atenas. Ellie no estaba acostumbrada a cometer errores, y menos aún con los hombres. Era una persona cauta. Por eso, cuando volvió a recordar todo lo ocurrido, no pudo creer que se hubiera comportado de un modo tan tonto. De inmediato decidió que había recibido lo que se merecía. Ella misma había invitado toda aquella humillación. ¿Cómo había podido olvidar que aquel hombre era el modesto chico que, pavoneándose, había asegurado ser capaz de persuadirla para que se acostara con él? Y, lo que era aún peor, Ellie se veía obligada a reconocer que se había sentido muy próxima a una persona capaz de sojuzgarla y malinterpretarla. Dio ni siquiera la había escuchado.

¿Pero qué se podía esperar de alguien tan estúpido y con tantos prejuicios, por otro lado? El problema era que nunca nada le había dolido tanto como aquello...

Aquél era un día húmedo, y en la tienda no había un solo cliente.

-¿Una taza de té, Ellie? -preguntó Horace Barry .

-Gracias, sí.

Ellie observó caer la lluvia mientras sorbía el té desde detrás del mostrador. Había vuelto a casa dos días atrás, pero lo ocurrido en la isla de Chindos la obsesionaba cada día más. El sexo era algo demasiado peligroso como para jugar con él, eso siempre lo había sabido. Siempre había creído que la intimidad física era algo que pertenecía por entero a las relaciones estables. Era humillante reconocer que se había acostado con un hombre al que conocía sólo desde un día antes. Había hecho una elección y, confiando en los sentimientos más que en la razón, se había equivocado. Hubiera debido de mantener a Dio a distancia, y si el accidente de sus relaciones tenía consecuencias la culpa sería únicamente suya.

El señor Barry se fue pronto a casa. Justo antes de la hora de cerrar llegó un repartidor con un ramo de flores.

-¿La señorita Eleanor Morgan?

-No creo que sea yo la Eleanor Morgan que tú buscas.

-Pues la dirección es ésta.

El corazón de Ellie comenzó a martillear deprisa al comprender que sólo había una persona que pudiera mandarle flores. Ellie suspiró y sacó la tarjeta del sobre. Sólo había escritas seis palabras: «*De parte del pastor de cabras*». Primero se puso blanca, luego colorada. Después rompió la tarjeta en pedazos y la tiró a la papelera.

Evidentemente las rosas significaban para Dio una disculpa. ¿Acaso había descubierto que no había sido ella la fuente de la filtración? Alguien, seguramente, se lo había demostrado, porque él no había albergado duda alguna sobre su culpabilidad. No, Dio no había vacilado en creer que aquella escurridiza mujer de la limpieza le había mentado, engañado y finalmente traicionado. Esperaba que hubiera perdido un montón de dinero en aquella operación.

De pronto el teléfono sonó.

-Quisiera hablar con Ellie...

Ellie se quedó helada al reconocer la voz. El silencio pareció llenar la atmósfera.

-¿Qué quieres?

-Estaré de vuelta en Londres esta noche, hacia las nueve. Quiero verte.

-No hay nada que hacer - tartamudeó ella tras una pausa.

-Ellie... -respiró Dio, pronunciando su nombre de un modo que la hizo temblar.

-¿Sigue Meg en su puesto de trabajo?

-Sí.

-Bien... -suspiró ella aliviada, soltando el aire contenido-. ¿Significa eso que puedo volver yo también a mi empleo?

-Eso lo discutiremos más tarde...

-Dio, no vamos a volver a vernos nunca más -aseguró Ellie acalorándose por momentos-. Todo lo que tengo que decirte te lo puedo decir ahora mismo, por teléfono: ¡me debes un puesto de trabajo!

-Puedo buscarte algo alternativo...

-Escucha, ¿qué hay de malo en que siga trabajando en la octava planta? ¿Crees que voy a ir por ahí cuchicheando sobre ti? ¡Debes de estar de broma! ¡No confesaría ni aunque me dieran una descarga eléctrica!

-Hablaremos de eso esta noche.

-No voy a volver a verte. ¡No quiero volver a verte! Estás tratando de asustarme, y no voy a permitirlo. Si no me dejas volver a mi puesto de trabajo iré a un tribunal y te acusaré de despido improcedente. Conozco mis derechos, Dio.

-Ellie, acabas de decirme que no confesarías ni aunque te dieran una descarga eléctrica -le recordó él.

-¿Acaso has creído que pensaba decir toda la verdad? ¿Una mentirosa tan escurridiza y convincente como yo? ¡Por supuesto que mentiría ante un tribunal!

Un silencio tenso volvió a reinar.

-Si quieres volver al trabajo la semana que viene yo no voy a interponerme en tu camino -contestó Dio haciendo una concesión con evidente exasperación.

-Voy a volver esta noche. Tú sencillamente olvídate de que nunca nos conocimos. Yo, desde luego, ya lo he olvidado -afirmó Ellie colgando el teléfono.

¿Acaso creía que le importaba si había encontrado o no a la persona responsable de la filtración? ¿De verdad imaginaba que una disculpa iba a cambiar las cosas? ¿Es que todos los hombres ricos eran igual de arrogantes? Ellie cerró la tienda sintiendo un tumulto de emociones en su interior y subió a su casa.

Lo último que necesitaba era ver a Dio Alexiakis. ¿Quién hubiera querido enfrentarse a la persona en cuya presencia había cometido el peor error de su vida? Ellie se preparó un sándwich y veinte minutos más tarde se dirigió al edificio Alexiakis

International a trabajar. Al entrar en el vestíbulo la enorme fotografía de él la ofendió. La supervisora, una mujer mayor, frunció el ceño al verla.

-Te tomaste el lunes libre sin decir nada a nadie -la censuró-. Ni siquiera llamaste para avisar de que estabas enferma. Tendré que ponerlo en el informe para personal.

-Sí, lo sé, lo siento -se excusó Ellie culpando a Dio en silencio.

A mitad del turno Ellie se tomó un descanso y bajó a tomar café a la planta baja. Meg se dejó caer en un asiento a su lado.

-¿Dónde diablos te metiste el lunes por la noche? Me preocupé mucho cuando no bajaste a tomar café. Estaba asustada, como me contaste eso del ejecutivo...

-¿Qué ejecutivo?

-Ya sabes, el que te molestaba, ese rubio que se llama Bolton. El otro día, en cuanto me puse a trabajar en tu planta, se me acercó y me preguntó dónde estabas.

-¿Cómo dices? -preguntó Ellie pálida.

-Tuve que decírselo, cariño. ¿Subió a buscarte?

-No lo sé... yo no lo vi -musitó Ellie preguntándose de pronto si habría sido Ricky Bolton quien había escuchado la conversación de Dio.

De pronto otra conversación entre dos mujeres de la limpieza llamó la atención de Ellie.

-Apuesto a que es una secretaria o algo así...

-No tal y como iba vestida, con ese sombrero y todo eso -argumentó la otra vehemente-. Y de todos modos, ¿para qué iba a llevar a una secretaria al funeral de su padre?

-¿De quién estáis hablando? - preguntó Ellie aclarándose la garganta.

-De la misteriosa rubia con la que llegó el señor Alexiakis a Atenas -rió Meg-. ¿Una secretaria? De eso nada, no con esa ropa.

-Muchas secretarias están muy cualificadas y ganan mucho dinero -aseguró Ellie.

-Esa rubia se parecía mucho a ti -bromeó otra-. Y tú desapareciste la noche del lunes. ¿Tienes algo que confesar?

-¿Yo... yo? -repitió Ellie desconcertada.

-¡Ellie hubiera estado demasiado ocupada dándole clases sobre sexismo al señor Alexiakis como para acompañarlo! -rió alguien.

-Esta noche voy muy retrasada, será mejor que me ponga a trabajar -comentó Ellie.

Al acabar su turno Ellie tomó el autobús a casa. Nada más llegar vio una limusina aparcada. La tensión se apoderó de ella y el corazón le latió

acelerado. Al acercarse Dio Alexiakis salió del coche con toda naturalidad.

Y, como era habitual, su aspecto era sensacional. Traje sastre gris marengo, camisa de rayas, corbata de seda. El corazón de Ellie zozobró. Dio parecía exactamente lo que era: un hombre de negocios rico y sofisticado. ¿Cómo podía haber imaginado, ni tan siquiera por un segundo, que podía relacionarse con una persona así? Ellie sacó las llaves con mano temblorosa.

-No juegas limpio, Dio. Te dije que no quería verte.

-Te hice daño y lo siento -murmuró él tranquilo.

Ellie ladeó la cabeza. No estaba preparada para escuchar aquella disculpa tan penosa para su ego. De sus ojos salieron lágrimas mientras trataba de meter la llave por la cerradura. Dio le quitó las llaves, abrió y dio un paso atrás. Ellie entró y apagó la alarma.

-No tengo ganas de hablar contigo, ¿de acuerdo?

-No, no estoy de acuerdo. Yo quiero que hablemos.

Ellie tragó. Probablemente lo único que quería era ofrecerle una explicación y marcharse, pensó. Se encogió de hombros como si aquello no le importara y trató de mantener alta su dignidad. Dio la siguió por las escaleras que había detrás del mostrador. Ella abrió la puerta de su casa y encendió la luz de la mesilla.

Aquella era su casa, y tenía una sola habitación, pero estaba orgullosa de ella. Había pintado las paredes de amarillo, colgado pósters y cubierto un sillón con una bonita tela de color. Dejó las llaves sobre la mesa junto a la ventana y se volvió hacia él.

Dio la observó con una intensidad inquietante. Ellie se ruborizó y se cruzó de brazos, plenamente consciente de pronto de su pobre aspecto. Levantó la barbilla y sus miradas se encontraron. Ella se estremeció, sintió un calor inundar sus muslos, una necesidad despertar de pronto.

-Ven a casa conmigo -rogó él con voz espesa.

-¡No! -jadeó Ellie confundida ante aquella invitación.

Las densas pestañas de Dio descendieron lentamente sobre su intensa mirada mientras él respiraba hondo, lleno de tensión.

-Tienes razón, tenemos que hablar primero -concedió él a su pesar.

¿Primero?, se preguntó Ellie volviéndose temblorosa, atónita ante la idea de que él pudiera obligarla a rendirse con una sola mirada.

-El otro día, en la isla, me equivoqué totalmente contigo -admitió Dio sin vacilar-. Cuando me llamó mi gerente con las malas noticias no le dejé ni explicarse. No quería discutir sobre ese asunto. Me

temo que pensé que habías sido tú quien había hecho esa llamada desde el aeropuerto. Estaba furioso.

-Sí.

-Pero esta mañana he sabido que decías la verdad, había alguien más la otra noche. La cámara de seguridad del corredor lo tiene todo grabado - reveló Dio-. Si yo hubiera estado más centrado aquél día me hubiera acordado de la cinta de vídeo y habría comprobado de inmediato que decías la verdad -Ellie asintió en silencio, sin mirarlo -. Tengo mucho carácter, pero normalmente no llego a juicios tan precipitados sobre la base de pruebas circunstanciales únicamente.

-Bueno, es cierto que las circunstancias no me favorecían, ¿verdad? -respondió Ellie tratando de no darle importancia, deseosa de acabar con aquella visita - . Tú no me conocías, ¿cómo ibas a saber que yo no hago esas cosas?

-Eres muy generosa, pero no voy a esconderme tras esa excusa. Hemos pasado el suficiente tiempo juntos, yo debería de haberlo sabido -la contradijo Dio-. Lamento terriblemente la forma en que te traté. Fui... brutal.

Ellie no discutió ese punto. Se quedó mirando para abajo, resistiéndose a la tentación de posar los ojos sobre él. Dio se lo estaba poniendo difícil. No

quería servirse de la excusa que ella le ofrecía como hubiera hecho la mayoría de los hombres. No trataba de aminorar en nada su culpa, de negar su crueldad. El silencio era tenso. Ellie sabía que él esperaba una respuesta, pero no tenía nada que decirle.

- El empleado que fue a la competencia con la filtración fue un ejecutivo llamado...

-¿Ricky Bolton? -preguntó Ellie de improviso, sin pensar.

-¿Cómo lo sabes? Dijiste que no lo habías visto...

-Y no lo vi. Esta noche, a la hora del descanso, Meg me ha dicho que Ricky Bolton le preguntó dónde estaba ese día y que...

-¿Y por qué iba a preguntar Bolton dónde estabas tú?

-Es el tipo de la octava planta que siempre me estaba molestando -explicó Ellie con una mueca.

-Pues se me ha negado el placer incluso de despedirlo, ha dimitido. Cambió la información por un puesto de trabajo mejor en otra empresa... aunque no creo que permanezca en ella mucho tiempo, desde luego.

-¿Y por qué no?

-Porque es incapaz de lealtad alguna a ninguna empresa - sonrió Dio curvando sus sensuales

labios - . ¿Cómo va nadie a confiar en él? A la primera excusa lo despedirán.

-¡Ah! -exclamó Ellie contemplando y admirando por fin el rostro de él mientras sentía que se le secaba la boca-. Pues no pareces muy enfadado.

-Bueno, he dejado mis planes de compra para más adelante. Y vendí el stock de la empresa A antes de que se enterara nadie... -añadió Dio sosteniendo su mirada con brillantes ojos oscuros y utilizando los mismos términos que había empleado en la isla, en la cama, para explicarle a Ellie sus tácticas en los negocios. Ellie se ruborizó-. Y en cuanto a la empresa B mis competidores han creído erróneamente que si yo estaba interesado en ella era porque contaba con una nueva tecnología. Han comprado una buena parte de sus stocks -continuó Dio irónico-. Luego descubrirán que no es así, pero cuando vayan a deshacerse de la mercancía lo harán con pérdidas.

-Así que al final lo más probable es que tú la compres por nada...

Se hizo el silencio. Dio observó los ojos de Ellie con una mirada intensa y oscura. Ella se puso tensa. Era insoportablemente consciente de su potente masculinidad. Bajo la ropa sus pechos estaban duros, hinchados, y los pezones tensos y deseosos. Un rubor rosado coloreaba sus mejillas. De pronto

Dio cruzó la distancia que los separaba con un solo movimiento.

-No volveré a hacerte daño otra vez, Ellie.

-Creo que ahora deberías de marcharte, Dio -contestó ella.

-¿Por qué? -preguntó él sorprendido.

Con sólo aquella palabra, que revelaba cuán fácilmente pensaba Dio que se ganaría su perdón, Ellie se armó de valor. Toda su flaqueza desapareció.

-Creo que es evidente -murmuró ella seca-. Lo que ocurrió en la isla no volverá a ocurrir más. No tenemos nada más que decirnos el uno al otro.

-No te dejaré marchar -declaró Dio en un tono de voz sedoso pero firme.

-¿Y quién diablos te crees que eres para decirme eso a mí? -preguntó Ellie con ojos verdes brillantes de ira.

-Tu amante -respondió él en voz baja. Ellie se puso pálida-. Te dije que yo no soy de los que se acuestan con mujeres una sola noche. Aún estás enfadada conmigo, Ellie, y lo comprendo, pero no es un problema insuperable.

-No importa si yo sigo enfadada o no -protestó Ellie-. En la isla... tú y yo... bueno... fue más una fantasía que otra cosa.

-Gracias -contestó Dio sonriendo a medias.

-Pero ahora estamos en el mundo real, Dio.

-Yo no sabía que lo hubiéramos abandonado ni tan siquiera en Chindos...

-Pues yo sí -contraataco Ellie con vehemencia-. Era mi paraíso idílico preferido: una playa a la luz de la luna, un guapo extranjero haciéndome justo los comentarios correctos y... ¡zas!, de pronto estamos en la cama.

-¿Qué estás tratando de decirme?

-Que los dos nos olvidamos de quienes somos -afirmó Ellie escueta.

-¿Y qué somos, aparte de dos personas que se desean mutuamente? -exigió saber Dio.

-¡Yo soy una simple trabajadora, y tú eres un magnate de las finanzas griego! ¡Deja ya de endulzar la píldora! -se exasperó Ellie-. ¡Yo podría haberme pasado la vida limpiando la planta de arriba y tú no me habrías visto jamás!

-Sí te hubiera visto...

-¡No, no me habrías visto! ¡La gente como tú nunca mira realmente a nadie como yo!

-Pero ahora que te he mirado no voy a echarme atrás -la interrumpió Dio insistente-. Y en cuanto a eso de que eres una simple trabajadora me hará muy feliz arreglarlo.

-¿Crees que es un problema? -preguntó Ellie divertida-. ¿De qué estás hablando?

-Quiero que continuemos con esta fantasía, me las arreglo bien con las fantasías -confesó Dio con calma mientras la rodeaba con los brazos por la estrecha figura-. Creo que eres adorable, yineka mou.

-¿A...adorable? -repitió Ellie débilmente.

-No hace falta que trabajes -murmuró Dio con una voz íntima y ronca que pareció encender chispas en la piel de Ellie - . Te compraré un apartamento y...

-¿Un apartamento? -tartamudeó Ellie atónita e irritada.

Dio deslizó un largo dedo por la barbilla de Ellie, alzó su rostro y miró hambriento sus enormes ojos.

-Yo soy griego. Quiero cuidarte en todos los sentidos. Pareces sorprendida, ¿por qué? En Chindos te dije que tenía planes para ti.

Ellie estaba seria. Abrió la boca, pero ningún sonido salió de su garganta. Al segundo intento consiguió pronunciar, en un tono demasiado alto:

-Deja que trate de comprender lo que dices... ¿me estás pidiendo que sea tu amante?

-Sí, te estoy pidiendo que sigamos viéndonos -replicó Dio con frialdad.

-Que sea tu juguete... -añadió Ellie casi incapaz de respirar, al borde del colapso, sin saber si echarse a reír o a llorar.

Dio escrutó la expresión de reproche de sus ojos verdes.

-No, no es eso lo que deseo que haya entre nosotros.

-¿Le pedirías a una mujer de tu misma clase social que fuera tu amante? -exigió saber Ellie, que no pudo resistirse a hacer la pregunta.

-Tú eres la única mujer a la que se lo he pedido nunca -contestó Dio echando atrás la cabeza arrogante.

-Pues lo siento, pero no estoy disponible -replicó Ellie sin asomo de arrepentimiento.

Dio deslizó los dedos por la melena plateada haciéndola su prisionera.

-Estás atrapada, sólo que ahora mismo eres incapaz de admitirlo. Tú me deseas tanto como yo...

- En este preciso momento podría darte un buen puñetazo.

- Veamos, ¿quieres que probemos?

-¡Dio, no...!

Pero Dio apretó sus labios contra los de ella. Y después introdujo su lengua en la tierna boca de Ellie en una experta exploración carnal. La

penetró y retiró la lengua haciendo que todas las células del cuerpo de Ellie ardieran recordando el modo en que la había invadido en una ocasión. Ellie sintió que le temblaban las piernas. Impotente ante aquel abrazo y aquella excitación, se apretó contra el cuerpo duro y plano, caliente y masculino de él. Reconoció su erección al contacto y se derritió como miel caliente en su interior. Dio jadeó y tomó su rostro con ambas manos, mirándola a los ojos con un crudo deseo sexual.

-¿Por qué no quieres que te ayude económicamente? Sería tanto por mi conveniencia como por la tuya. Quiero que vengas de viaje conmigo, que estés siempre ahí, para mí...

Aquella cándida confesión logró desvanecer el calor enfebrecido que había inundado a Ellie tanto como el cambio de conversación.

-Tú lo que quieres es una esclava sexual...

-Me aburriría hasta la muerte con una esclava sexual -replicó Dio.

Una cruda e involuntaria risa salió de labios de Ellie. Luego, levantando ambas manos, se apartó con firmeza de él y dio un paso atrás.

-Eres demasiado simple, Dio. Y esta ridícula conversación no tiene en absoluto sentido. Estás perdiendo el tiempo.

-Tú me perteneces...

-No, definitivamente -respondió Ellie echando atrás la cabeza en un gesto desafiante-. No tengo el menor deseo de pertenecerle a nadie. Con todo lo que trabajo no tengo tiempo para estar con ningún hombre. Debería de estar furiosa contigo por pedirme que fuera tu amante, pero como eres griego supongo que tendré que hacer alguna concesión a nuestras diferencias culturales...

-Creo que lo que quieres es que te persiga... -afirmó Dio con las venas hinchadas y el rostro airado.

-Es tu ego el que habla. Lo que yo quiero es olvidar que nunca nos hemos conocido -lo contradijo Ellie con convicción -. Pero estás tan acostumbrado a que todas las mujeres te deseen que no puedes aceptar que si digo no significa no.

-Si me marcho ahora todo habrá terminado -la amenazó Dio con ojos negros brillantes.

Ellie sintió que se le cortaba la respiración ante aquella advertencia. Hubo un silencio. Dio caminó hasta la puerta sin decir palabra. Y de pronto se marchó.

Ellie esperó unos minutos y luego bajó tras él para cerrar la puerta. Al volver la habitación le pareció fría y vacía. Era como si Dio se hubiera llevado toda la luz y toda la fuerza con él. Ellie trató de olvidarlo. Al fin y al cabo no había argumento que

hubiera podido convencerla para llevar el tipo de vida que él le proponía.

Su madre había sido la amante de su padre durante dieciséis años. Aquella había sido una relación llena de mentiras y fingimientos. Leigh Morgan había decidido que no podía vivir sin el padre de su hija, aunque estuviera casado. Y aquella decisión había destrozado su vida.

Ellie trató de olvidar todos aquellos recuerdos de su infancia. Nunca repetiría los errores de su madre. En un par de semanas Dio ni siquiera se acordaría de ella, aunque por desgracia a ella le costaría más tiempo.

Dio la había llevado hasta un paraíso de fantasía romántica. Pero en cuestión de horas la había devuelto a la tierra con una fuerte caída. La había herido más de lo que nadie la hubiera herido nunca, y había comprendido que era mucho más ingenua de lo que creía.

No era una mala lección. Por fin había conseguido resistirse a Dio Alexiakis, había hecho lo correcto. ¿Cómo era posible, sin embargo, que se sintiera tan mal?

6

A mediados de la semana siguiente Ellie le dijo al señor Barry que había fijado una cita con

el encargado de la sucursal del banco.

-¿Y eso?

- Para pedir el crédito y comprar la librería – explicó Ellie sonriendo.

-Deja eso para más adelante, Ellie.

-Bueno, supongo que puedo cancelar la cita - murmuró ella molesta.

-Sí, es lo mejor -aconsejó el señor Barry mirando unos libros y marchándose enseguida a casa sin más explicación. Ellie frunció el ceño. El señor Barry siempre había estado deseoso por retirarse. ¿Acaso había cambiado de opinión? Horace Barry le había dado a entender que si le hacía una buena oferta para finales de ese mismo año la librería era suya. Sin embargo Ellie no quería hacer una montaña de un grano de arena. No le haría ningún daño esperar.

Pasaron dos semanas más. El señor Barry siempre había sido una persona callada, pero durante ese tiempo se mostró incluso evasivo. Distraída y preocupada, Ellie miró una noche el calendario. Fue entonces cuando, con retraso, notó que tenía otra cosa más importante de la que preocuparse. Posiblemente fuera el estrés y las noches en vela lo que le habían provocado aquel retraso en su ciclo menstrual. Llevaba una semana de retraso. Pero cuanto más pensaba y se preocupada por la

posibilidad de estar embarazada más fácil le parecía.

Aquella misma noche, al entrar en el edificio de la Alexiakis International, Ellie vio a Dio por primera vez en el plazo de casi tres semanas. Alto, moreno, bien vestido, se dirigía al ascensor con otros tres hombres. El susto la obligó a dejar de respirar. Se detuvo de pronto, involuntariamente, y comenzó a sudar.

-¿Qué tal estás, Ellie? -inquirió él con la mayor naturalidad.

Ellie parpadeó con la mirada fija en el suelo y levantó el rostro lentamente. Su enormes e incrédulos ojos se centraron en Dio, parado junto a ella, mientras el corazón le latía como un loco. Unos ojos negros la miraban insondables.

-Parece como si acabaras de ver un fantasma -continuó Dio en un murmullo.

Ellie observó que los tres ejecutivos esperaban a Dio sujetándole la puerta del ascensor, atentos a la escena. Aquello la hizo reaccionar.

-¡Vete, por el amor de Dios! ¡Se supone que no me conoces!

-¡Da igual lo que haga, todo te parece mal! ¿Por qué tendrán que ser las mujeres tan irracionales?

-¿Y por qué serán los hombres tan increíblemente estúpidos? -respiró Ellie apresurándose a pasar por su lado con la cabeza gacha.

Antes de escapar, no obstante, Ellie notó que había cerca otras mujeres de la limpieza. Y todas la miraban. Entonces sintió que se hundía.

Cuando más tarde bajó a disfrutar de su descanso habitual se sintió muy incómoda. Nada más llegar ella se produjo un silencio, y hubo miradas y murmullos cuando se marchó. ¿Pero qué otra reacción hubiera podido esperar de sus compañeras de trabajo? Meg Bucknall la siguió hasta el ascensor.

-¿Podemos hablar tú y yo? -Ellie asintió-. Ellie, las chicas han estado atando cabos y han llegado a ciertas conclusiones antes incluso de que comenzaras hoy a trabajar. Todo el mundo sabe que cambiamos de planta aquella noche y que desapareciste una semana.

-Pues no creí que le interesara a nadie.

-Por lo general no, pero algunas chicas habían comentado precisamente cómo te parecías a la rubia que salió en los periódicos con el señor Alexiakis. No es que nadie sospechara, pero hoy... esa forma de detenerse el señor Alexiakis y de acercarse a ti... es tan sospechosa...

-Yo haré que dejen de murmurar.

-Hace un par de semanas el señor Alexiakis pasó por mi lado y me saludó. ¡Me llamó por mi nombre! Fue la primera vez en la vida. Algo ha cambiado, de alguna forma. Antes hubiera jurado que ni siquiera sabía cómo me llamaba, te aseguro que siempre he pensado que ni siquiera me veía -suspiró-. No tengo tiempo para los rumores, Ellie. Eres tú quien me preocupa...

-Yo estoy bien... estoy más triste, y soy más madura -le confió Ellie mientras el ascensor de servicio llegaba a su planta.

-Me gustaría poder ayudarte... -añadió Meg con una mueca.

-Ya no soy una niña, Meg.

Una sola noche podía cambiar el curso de una vida. Su madre había sido una madre soltera, y nadie mejor que ella sabía lo difícil que era criar a un hijo en esas condiciones. Pero probablemente estuviera siendo demasiado pesimista. Ellie decidió comprar un test del embarazo y hacérselo al día siguiente. Sería más rápido que esperar a la cita del ginecólogo.

Estaba saliendo de uno de los ascensores de la octava planta cuando se abrió otro en la zona de recepción. Volvió la cabeza esperando ver al guardia de seguridad y se quedó helada. Dio Alexiakis caminaba a grandes pasos hacia ella.

Ellie se dio la vuelta y comenzó a abrillantar el suelo con el aparato eléctrico, decidida a seguir con su trabajo.

La máquina se puso en marcha pero de pronto se paró, como sin fuerzas. Ellie se volvió. Dio la había desenchufado y la miraba con ojos desafiantes.

-Deja de huir de mí.

-No sé de qué estás hablando -tartamudeó ella, poco preparada para un ataque como aquél.

-Sí, lo sabes muy bien. Estás tratando de esconderte tras el hecho de que trabajas para mí, pero es demasiado tarde -continuó él con una fría ironía.

-Yo sólo quiero que me dejes en paz.

-Cada vez que me miras tus ojos me dicen lo contrario -respondió él sosteniendo su mirada tranquilo y alcanzando la mano de Ellie antes de que ella pudiera darse cuenta de cuáles eran sus intenciones - .Tienes el pulso acelerado. Estás temblando...

-¡De ira! -respondió ella soltándose y dándole la espalda-. Sé lo que quiero en la vida y, créeme, tú no estás incluido en el lote.

-¿Y qué hay en ese lote?

-¿De verdad quieres saberlo?

-Sí, de verdad quiero saberlo.

-Muy bien. Pues quiero comprar una librería. Ésa es la razón por la que tengo dos trabajos. Llevo mucho tiempo ahorrando y pronto pediré un crédito.

-Te lo doy yo ahora mismo, con contrato legal -se ofreció Dio.

Ellie dio un grito de frustración, entró en la oficina más cercana y vació la papelera.

-¿Es que no lo entiendes? -preguntó saliendo de nuevo-. No quiero ningún favor, no necesito ninguna ayuda.

-Pero estás dejando que tu trabajo aquí sea una barrera entre nosotros dos.

-Dio... serías incapaz de reconocer que una sólida muralla de ladrillo es una barrera.

-No debería de haberte pedido que fueras mi amante -murmuró Dio.

Ellie estuvo tentada de mirarlo a los ojos. La tensión de su cuerpo se desvaneció ligeramente.

-No...

-Era demasiado pronto -añadió Dio.

-¡De verdad que eres lento a la hora de comprender!

Un brillo divertido cruzó los ojos negros asombrados de Dio.

- Te he echado de menos,*pethi mou*.

Aquella sonrisa era como el calor del sol. Ellie apartó los ojos de él como si se quemara.

-Así que estás aburrido de tanto servilismo y necesitas algo nuevo. ¿Se te ha ocurrido alguna vez llamar a una agencia matrimonial?

-Pronto terminarás tu trabajo aquí. Déjame que te lleve a cenar a algún sitio.

Ellie lo observó, apoyado contra la puerta, como un depredador que se hubiera tomado un rato de descanso. Dio era capaz de hacer surgir en ella el hambre y la pasión más poderosas. Ellie recordó todas las noches pasadas en vela, tratando de olvidarlo a él y odiándose a sí misma por su debilidad. Y sin embargo ahí estaba de nuevo esa excitación, ese anhelo doloroso que iba mucho más allá del mero deseo físico...

-Ellie... -comenzó a decir él en voz baja.

-Cuando termino mi trabajo me voy a la cama, Dio -contestó ella escueta, agachándose para seguir brillantando el suelo.

-Bien, entonces nos saltamos la cena.

Ellie se enfadó ante aquella sugerencia y se enderezó de pronto. Pero lo repentino del movimiento le produjo un mareo. La vista se le nubló, se sentía incapaz de enfocar las cosas correctamente. De pronto sintió que se caía, que caía en la oscuridad, que le fallaban las piernas.

Más tarde Ellie comenzó a recuperar poco a poco la conciencia, pero seguía mareada y sentía náuseas. Abrió los ojos lentamente. Dio estaba muy cerca de ella. Estaban en el ascensor, y él la llevaba en brazos, comprendió finalmente sintiéndose aún más confusa.

-Dio...

-¿Sí? -preguntó él sin disimular su agresividad, agarrándola con brazos firmes contra su pecho.

-¿Qué ha ocurrido?

-Te has desmayado.

-Yo nunca me desmayo... -aseguró ella luchando por recobrar el sentido.

-Ya has tenido bastante con esa abrillantadora, es evidente que eso no es para ti.

-¡Dio... suéltame!

-Si te suelto te volverás a caer. Tienes un aspecto horrible, pero no es sorprendente, ¿no te parece? -continuó Dio en tono acusador-. Trabajas seis días a la semana en la librería, y te pasas más de la mitad del tiempo sola, arreglándotelas sin nadie.

-¿Y cómo sabes tú eso? -jadeó Ellie asombrada.

-Me he molestado en enterarme -contestó él con un brillo en los ojos-. Tu otro jefe se lo ha montado bien. Se pasa por la librería hacia mediodía y luego, a media tarde, se vuelve a casa. ¿Cómo

esperas poder trabajar todo el día y después cinco noches a la semana en un trabajo físico agotador?

-Soy joven y saludable -protestó Ellie mientras las puertas del ascensor se abrían -. ¿A dónde diablos me llevas?

-A casa -contestó él dando gigantescos pasos y dirigiéndose por el vestíbulo hacia el exterior.

Ellie hizo un esfuerzo y apartó la mirada de él para fijarse en los guardias de seguridad del área de recepción. Uno de ellos se apresuraba a abrirles las puertas mientras el otro observaba la escena tratando de no delatar su reacción.

-¿Cómo crees que voy a poder seguir trabajando aquí después de esto? -inquirió Ellie.

-Buenas noches, señor Alexiakis -dijo el guardia que les abrió la puerta.

-Mm... sí, es una buena noche -contestó Dio sin inmutarse.

Ellie cerró los ojos y sintió el frío del aire nocturno quemarle las mejillas.

-Si no me sintiera tan mal te estrangularía por esto, Dio.

Dio la dejó en el asiento trasero de la limusina y se sentó a su lado sin ninguna muestra de arrepentimiento.

-Tenemos que esperar, Demetrios está vaciando tu taquilla -advirtió él.

Ellie comprendió lo que decía, pero no le dio importancia. La puerta del coche se cerró y el vehículo arrancó minutos más tarde. Sólo cuando logró calmarse y volver a la normalidad Ellie abrió los ojos. Dio la observaba desde el otro rincón de la limusina con una sonrisa de satisfacción.

-¡No me mires así!

-¿Cómo te miro? -murmuró él con voz ronca.

Igual que un hombre que contemplara su coche nuevo, pensó Ellie. Con un orgulloso sentido de la posesión.

-Nada ha cambiado -advirtió ella airada.

-A veces eres terriblemente ingenua -respondió él con fría indolencia.

-Lo fui, en la isla, pero no volveré a serlo -lo corrigió Ellie ácida-. Y si lo que buscas es ingenuidad, bueno... estoy segura de que con tanto dinero habrá mucha gente dispuesta a vender.

Una lenta y ardiente sonrisa curvó los sensuales labios de Dio.

-¿Y dónde iba yo a encontrar a una mujer con tanto coraje y tan mordaz como tú?

-Si yo estuviera en tu pellejo comenzaría a preocuparme por las cosas que te resultan atractivas en una mujer.

-Eres un continuo desafío para mí -rió él-. Me encanta ver que no te impresiona lo más mínimo

quién sea yo ni qué posea. No tienes ni idea de lo escasa que resulta esa cualidad entre la gente que me rodea.

Ellie apartó la mirada de aquellos rasgos de devastador atractivo y magnetismo con un enorme esfuerzo. Recordó el trato que Dio tenía con la gente que lo rodeaba y con sus familiares y comprendió que entre ellos había una barrera. Dio era tan reservado que todos mantenían con él una distancia formal. Excepto ella. Su orgullo había exigido siempre que la tratara como a un igual.

Y sin embargo, si se hubiera mantenido reservada y en silencio ella también, nada de aquello habría ocurrido. No tendría que enfrentarse a un casi seguro desastre. Porque si estaba embarazada, ¿cómo diablos iba a arreglárselas? Sus planes de futuro nunca habían incluido esa posibilidad. Sin embargo era una estupidez dejarse llevar por el pánico mientras no se hiciera la prueba.

-De repente estás a miles de kilómetros de distancia -dijo Dio. Ellie parpadeó y le devolvió la mirada, comprendiendo de pronto que la limusina se había detenido-. Claro, estás agotada.

-No, creo que estoy embarazada -soltó Ellie sin pensarlo siquiera. Dio se quedó helado, paralizado por el susto-. Quizá... quizá hubiera debido de decírtelo... de otro modo - musitó Ellie incapaz de

pensar en otro modo de soltar aquella bomba sin que le estallara en la cara.

Lo cierto era que no había tenido la intención de decírselo, ni siquiera lo había pensado, pero el estrés y la ira la habían traicionado. Ellie estaba en tal estado de nervios que ni siquiera se había dado cuenta de que había salido del coche y de que estaba a punto de salir de un ascensor desconocido.

-Dijiste que me llevabas a casa...

-Pensé que estarías más cómoda en mi apartamento.

-Me llamaste escurridiza, no sé cómo te atreviste.

El silencio se hizo tenso de pronto. Ellie no quería ni pensar en lo que, impulsivamente, le había dicho en la limusina. Y definitivamente no quería hablar de ello. ¿Qué esperaba de Dio? En aquellas circunstancias compartir un problema no significaba en absoluto solucionarlo.

Dio vivía en el ático. Un mayordomo griego les abrió la puerta. Los muebles eran elegantes y había una importante colección de obras de arte. Ellie se fijó en un óleo. Se parecía a una pintura de Picasso que había visto en una ocasión en un libro. Apartó la mirada comprendiendo que podía ser el original y dijo:

-Quiero cambiarme.

Dio le enseñó una lujosa habitación de invitados. Ellie se quitó la ropa y los zapatos. Se aseó en el baño y notó que le temblaban las manos. Luego sacó la ropa que Demetrios había recogido en su taquilla y se la puso, dejando la otra en el suelo. Nunca volvería al edificio Alexiakis International a trabajar. Bajo ningún concepto. Pero tenía que haber muchos otros trabajos nocturnos que pudiera hacer. Aunque quizá no todos estuvieran disponibles para una mujer embarazada.

Ellie caminó de vuelta por el pasillo buscando a Dio.

Fue entonces cuando vio una foto grande enmarcada. Estaban Dio, otro hombre mayor muy parecido a él al que creyó su padre, y Helena Teriakos. La morena había estampado su firma en una esquina. Ellie respiró hondo y buscó el salón. Y comenzó a hablar antes de que Dio se diera la vuelta y la mirara.

-No pensaba decírtelo, ha sido una estupidez. Voy a hacerme el test del embarazo mañana.

-¿Tienes ya una cita con tu ginecólogo?

-No.

-Yo te conseguiré una...

-No es necesario -replicó Ellie tensa.

-Yo creo que sí -la contradijo él con calma-. El examen de un médico siempre es mucho más fiable.

-Pero...

-Yo estoy tan involucrado en esto como tú -insistió Dio cabezota.

No, no lo estaba. Ellie podía sentir la distancia que lo separaba de él. El decía lo correcto, hacía exactamente todo lo que se suponía que debía de hacer una persona decente, la apoyaba, pero naturalmente no dejaba de rogar en su interior para que fuera una falsa alarma.

-Aquí hace mucho calor. ¿Puedo salir al balcón? Me vendría bien un poco de aire fresco.

-Hace frío esta noche.

-¡Pues entonces cierra en cuanto haya salido!

Dio pulsó un botón del mando a distancia. Las puertas de cristal del balcón se deslizaron. Ellie salió, pero ni siquiera se fijó en las vistas sobre el Támesis. Se agarró a la barandilla con fuerza. Sólo veía los ojos negros de Dio, aquellos bellos ojos oscuros como la media noche que la perseguían en sueños. Lo escuchó detrás de ella.

-¡Entrá, por el amor de Dios! ¡Estás helado! - exclamó ella sin volver la cabeza.

-No, no lo...

-Escucha, me asfixié en la casa de Grecia cuando tú apagaste el aire acondicionado en mitad de la noche. No encajamos ni siquiera en esos detalles -explicó Ellie tragando fuerte.

-Ellie...

Dio dejó escapar el aire contenido y la abrazó por la espalda obligándola a apoyarse contra su cuerpo masculino. Cada fibra de Ellie ardía en deseos de sentir aquel contacto, pero apretó los dientes y se puso rígida, negándose a rendirse a su debilidad. Lo amaba, lo cierto era que lo amaba. Era estúpido esperar que todos aquellos sentimientos y emociones desaparecieran por arte de magia. Y Dio no estaba enamorado de ella. Dio, como mucho, había deseado una aventura, y en aquel momento ni siquiera eso. Todo lo había echado a perder al no marcharse a casa a media noche como Cenicienta.

-Estás helada -dijo Dio dejando que sus dedos recorrieran los brazos de Ellie a todo lo largo-. Ven dentro.

-Sólo quiero irme a casa.

-Esta noche no, no deberías de estar sola.

-No seas tonto, siempre he estado sola -vaciló ella-. Esta vez sí que te he sorprendido, ¿verdad?

-¿Qué quieres decir?

-Lo que te dije en la playa la otra noche: nunca esperas que te ocurra a ti.

-No es así exactamente como yo describiría esta situación -contestó Dio perdiendo la paciencia y estrechándola con fuerza entre sus brazos para hacerla entrar-. Tienes que comer algo.

-No tengo hambre -contestó ella soltándose y sentándose sobre el sofá.

Dio pulsó el mando y cerró las puertas del balcón. Luego la observó con ojos insondables.

-No tiene remedio, ha ocurrido, *yineka mou* -murmuró él.

-Pero tú no creías que te iba a ocurrir a ti.

-Tengo que admitir que estoy tan acostumbrado a tratar con mujeres que se protegen del embarazo y que no había tenido en cuenta realmente el riesgo que estábamos corriendo.

-¿Por qué sigues hablando de los dos? Me dejas helada. Después de todo tú y yo no tenemos ningún tipo de relación.

-Aún estás enfadada conmigo -Ellie se ruborizó al encontrarse con su mirada. Sentía una especie de rabia interior que luchaba desesperada por salir, y él lo había comprendido antes que ella-. Ven aquí -insistió Dio con el tono de voz de un adulto que hablara con un niño difícil.

Ellie sintió que las lágrimas se agolpaban en sus ojos y trató de reponerse.

-Es muy tarde, si voy a quedarme aquí será mejor que me vaya a la cama... porque tú no pretenderás nada ahora, ¿verdad?

-No sin el látigo y la silla -concedió Dio.

Ellie se alejó un par de pasos, pero en realidad no sentía deseos de alejarse de él.

-Pensé que a estas alturas estarías dándote de cabezazos contra las paredes y jurando -confesó ella sin volverse.

-Bueno, entre el colegio y las escuelas de negocios he aprendido a controlar mis impulsos.

-Pues a mí no me gusta verte actuar así. Me molesta. ¡No he visto ni una sola reacción emocional tuya desde que te lo he dicho!

Sin embargo, mientras lo decía, Ellie se daba cuenta de que era una exigencia estúpida. ¿Cómo podía Dio mostrar su verdadera reacción? ¿Acaso deseaba realmente ver la ira tras aquella máscara de frialdad? Sí, eso era. Cualquier cosa con tal de tener una excusa para odiarlo. Todo hubiera sido mucho más soportable entonces.

Dio apretó su mano, cerrada en un puño, y la obligó a volverse hacia él. Ellie dejó caer la cabeza y luchó por controlar sus emociones. Pero Dio levantó su rostro y sus miradas se encontraron.

-Tienes pánico -dijo él tras un gemido que escapó de su garganta-. ¿Por qué? No estás sola en esto, confía en mí.

-¿Cómo puedo confiar en un tipo que me ha pedido que sea su amante? -exigió saber ella con fiereza.

-¿Y qué tiene eso que ver?

-¡Todo! Cuando me dijiste eso estabas pensando en ti mismo, no en mí. ¿De verdad crees que soy tan estúpida, Dio? ¿Cómo voy a confiar en ti? Si estoy embarazada la solución que me vas a proponer es terminar discretamente con el niño... ¡exactamente lo mismo que planeó mi adorable padre para mí!

Dio se quedó helado. Ellie rompió a llorar y sus ojos se nublaron, girándose a otro lado. Pero él volvió a tomarla en sus brazos. Ellie trató desesperadamente de soltarse, pero él era mucho más fuerte.

Por fin Ellie cedió, sintiéndose débil. Se dejó caer sobre su pecho y escuchó los latidos de su corazón. Su fragancia le resultaba familiar. Cerró los ojos con fuerza y deseó que el mundo se detuviera.

-Te prometo que no voy a sugerirte esa solución -respiró Dio con espeso acento griego.

-Es sólo que no quieio sentir esa presión... no es justo -musitó ella temblorosa, sintiendo que el nudo de su estómago se iba desatando.

-Tu madre sí que soportó bien esa presión...

-Sólo porque le asustaba terriblemente lo que hubiera podido ocurrirle de haberlo hecho -rió Ellie-. Ni siquiera se daba cuenta de que mi padre no quería que yo naciera. Él le dijo que no iba a poder soportar verla como a una madre soltera, y ella lo creyó.

-Nunca terminaste de contarme la historia.

-No tuvo un final feliz.

-¿Y bien?

Ellie levantó la cabeza y lo miró. Luego contestó:

-Mi madre fue su amante durante dieciséis años...-

Dio silbó-. Así que no diste en el clavo precisamente cuando me hiciste esa oferta - señaló Ellie con una leve sonrisa -. Aunque al menos tú no estás casado con otra... -Dio estaba perfectamente inmóvil, con los párpados entrecerrados-. Bueno, no era eso lo que yo hubiera deseado oír, pero supongo que fuiste sincero, cosa que él nunca fue...

Dio se puso tenso y apretó el abrazo. Ellie se sintió de nuevo completa. Y comprendió que el lazo que la unía a Dio era más fuerte de lo que pensaba.

-Tienes razón - murmuró él-. Cuando te pedí que fueras mi amante no estaba pensando en ti. Sólo quería que volvieras a mi cama, ésa era la razón.

-Bueno, pues no quiero ser tu amante -susurró ella temblorosa, hambrienta del roce de su piel-. Pero sí que quiero estar contigo esta noche...

Dio no fue capaz de ocultar su sorpresa. Atónita ante su propio atrevimiento, Ellie se ruborizó sin saber muy bien de dónde salía aquella confesión.

-No te merezco, Ellie -aseguró Dio tomándola en brazos.

Ellie enterró el rostro en su hombro y se vanaglorió de su fuerza física. En aquel instante lo único que deseaba era estar con él. Dio la dejó sobre un diván en un dormitorio escasamente alumbrado y le quitó las botas. Luego se enderezó con gracia y comenzó a desvestirse. Ellie, observándolo, ardía en deseos de estar con él. Se quitó los pantys y el jersey y lo escuchó decir:

-Espera, eso quiero hacerlo yo.

Ellie sintió que se le secaba la boca viéndolo acercarse desnudo, con su sexo completamente excitado. Dio le desabrochó el sujetador. Los ojos negros de él ardieron de tentación ante aquella carne rosada. Pero de pronto Dio gimió:

-¡Cristos... no debería de estar haciendo esto!

Ellie frunció el ceño. Tras aquel ataque de rabia Dio levantó la mirada y contempló sus labios abiertos y la expresión confusa de sus ojos verdes. Y de pronto pareció tomar una decisión. Tomó las

manos de ella y la estrechó entre sus brazos. Y poseyó su boca con crudó, ardiente anhelo. Ellie jadeó. Después él comenzó a quitarle el resto de la ropa.

-Te quiero toda entera -dijo él haciéndola recostarse sobre las almohadas y dejando que sus seguras manos acariciaran los sensibles pechos de ella -. Pero con tranquilidad, *pethi mou*. Ellie sintió una excitación recorrer todo su cuerpo incluso antes de que él acariciara sus prominentes pezones. Sólo pudo gemir y jadear y levantarse para tirar de él y volver a besarlo en la sensual boca. Dejó que sus dedos se detuvieran en el estómago plano mientras sentía cómo los músculos del torso de Dio se tensaban al acariciarle el vello.

Dio sonrió al ver la audacia que mostraba Ellie y se tumbó para observarla con ojos dorados, dejando que lo explorara. Y después la atrajo a sus brazos con lento erotismo y le enseñó lo que más le gustaba. Ellie, tensa e insegura como estaba, se dejó llevar por una intensa necesidad de darle placer.

-Basta -gimió Dio al poco rato, levantándola con poderosos brazos para besarla apenas sin aliento y escrutar su rostro-. Aprendes demasiado deprisa.

-¿En serio? -preguntó Ellie temblorosa. Se apoyó sobre el torso plano de él y se dejó llevar por los

besos. Dio rodó por la cama y comenzó a acariciarla hasta volverla loca. Nada existía para ella excepto Dio y aquella tumultuosa necesidad que la poseía.

-Por favor... -jadeó ella impotente. Dio, con ojos dorados como el oro, se deslizó entre sus muslos abiertos y la penetró con un gruñido terrenal de satisfacción. Aquello le causó a Ellie una intensa sensación de placer. El se movía deprisa, llegaba a lo más hondo. Cada embestida de él la hacía arder como fuego líquido. Ellie se colgó de él abandonándose salvajemente, estaba fuera de sí mucho antes de que él la condujera al clímax. Y cuando volvió en sí fue con lágrimas en los ojos y llena de extrañeza.

-Me haces sentirme tan especial... -susurró con voz trémula comprendiendo que se sentía así por primera vez en su vida. Justo entonces sonó el teléfono-. No contestes.

-Estoy esperando una llamada -respondió Dio rodando por la cama para levantar el auricular. Ellie lo observó hablar y, aunque no veía sus ojos, sintió de pronto una distancia entre ellos. Él hablaba en griego, y sus facciones estaban tensas. Segundos más tarde colgó.

-Voy a tomar una ducha, y luego puede que trabaje un poco -anunció él-. Trata de dormir, Ellie.

-¿Qué ocurre? -preguntó Ellie al verlo levantarse de la cama sin decir nada más.

-Nada que deba preocuparte.

-¡Quizá prefieras que desaparezca por arte de magia! -exclamó Ellie.

Dio se pasó la mano por los cabellos y juró largamente en voz baja, en griego. Sus ojos negros brillaban. Respiró hondo, entrecortadamente, tratando de controlar su carácter, visiblemente alterado, y dijo:

-Ellie, tú tumbate y duerme...

-Me voy a casa -contestó ella furiosa, temerosa y confundida, sacando las piernas de la cama.

-¡Yo quiero que te quedes!

-Pues no es lo que parece.

-No estoy dispuesto a suplicar, *yineka mou* -advirtió Dio.

Aquella forma de dirigirse a ella la aplacó. Al menos Ellie creyó que se trataba de un término cariñoso en griego. Escuchó el ruido del agua correr y reflexionó. Sin embargo su inseguridad fue en aumento. No pudo evitar cuestionarse su comportamiento, la renovada intimidad a la que lo había invitado, sus errores.

Se había arrojado a los pies de Dio buscando desesperadamente convencerse de que entre ellos dos había una relación. Lo amaba, pero eso no era

excusa para que se humillara. Hubiera debido de resistirse a su propia debilidad. ¿Por qué tenía que equivocarse siempre con él?

Ellie salió de la cama y recogió aprisa su ropa. Recorrió el pasillo hasta encontrar la habitación en la que se había cambiado y se tumbó en esa cama. Si Dio quería que estuviera con él la buscaría. Y si no era así entonces había hecho lo mejor.

Ellie estuvo despierta durante mucho tiempo, pero Dio no apareció ni trató de persuadirla para que volviera a sus brazos.

A la mañana siguiente el mayordomo le llevó el desayuno a la cama. Después Dio la llamó por el interfono y le dijo que había concertado una cita con un ginecólogo para aquella misma mañana.

-Nathan Parkes es amigo personal mío. Si eso te hace sentirte incómoda trataré de arreglarlo de otro modo -aseguró Dio con tacto.

-No me importa qué ginecólogo me vea -respondió Ellie.

Ellie se mostró indiferente ante todos los intentos de Dio por mantener una conversación mientras recorrían Londres. No podía soportar la mera cortesía entre ellos dos. Quizá lo amara, pero en

aquel preciso instante lo odiaba por haber sucumbido a su debilidad. Lo odiaba por sucumbir con entusiasmo y hacerla después sentirse diez veces peor. Hubiera deseado no haberlo conocido. Lo deseó con tanta fuerza que lo dijo en voz alta, justo antes de salir del fabuloso Ferrari.

-Pues yo no lo deseo -contestó Dio mientras caminaba a grandes pasos para alcanzarla -.Y estoy seguro de que tú tampoco.

-¿Y tú cómo sabes qué siento yo? ¿Y para qué has salido del coche?

-Para ir contigo, naturalmente...

-¡Al diablo! ¡Esto voy a hacerlo yo sola!

Veinte minutos más tarde la incertidumbre tocó a su fin.

-Estás embarazada -le informó Nathan Partes.

-¿Seguro? ... Es decir, ¿no cabe ninguna duda?

-Definitivamente. No cabe ninguna duda. Al principio es normal que te sientas un poco mal -continuó el médico-. Lo que no me acaba de gustar es tu peso. Estás muy delgada.

-Me he saltado algunas comidas últimamente -admitió Ellie.

-La náusea suele restar apetito, tienes que tratar de comer con regularidad. Eso suele ayudar. ¿Vas a llevar a término este embarazo?

Ellie asintió sin levantar la cabeza. Había creído que estaría preparada para aquella noticia, pero de pronto descubría que no era así. Estaba confusa, tenía miedo. Diez minutos más tarde estaba en la sala de espera vacía tratando de calmarse. Podía ver el Ferrari por la ventana. Al salir a la calle Dio caminó a grandes pasos hacia ella. Sus ojos intensos la miraron expectantes. Ellie se quedó mirándolo.

-Así que hay algo que celebrar -dijo Dio abriendo la puerta del coche y haciéndola entrar.

-¿Podrías por una vez en tu vida decir algo sincero?

-Vamos a ser padres -explicó Dio-. Yo, personalmente, creo que la concepción de mi primer hijo es un hecho importante, pero si tú no tienes nada positivo que decir será mejor que te calles.

Ellie rió. Dio se giró a su lado e inmediatamente puso en marcha el motor del vehículo. Luego ella se mordió el labio y preguntó:

-¿Cómo te sientes en realidad?

-Destrozado... orgulloso de mí mismo, en cierto sentido... sentimental -enumeró Dio con voz ronca, tomándola de la mano en el semáforo.

-Yo me siento sencillamente muy confusa.

-Pareces cansada. Te llevaré de vuelta a mi apartamento para que puedas dormir.

-No, le prometí al señor Barry que iría en cuanto pudiera... y de todos modos tengo que cambiarme de ropa -añadió insegura.

-Preferiría que te quedaras en mi apartamento - insistió Dio soltándole la mano al cambiar la luz del semáforo-. Esta tarde tengo que volar a París, y dudo mucho de que pueda volver antes de mañana por la noche.

Consternada por la noticia, Ellie miró a Dio de reojo. Estaba tenso, pero lo cierto era que había admitido con franqueza que se sentía destrozado. Si ella estaba confusa, ¿por qué no podía estarlo él también?

-Creo que estaré más cómoda en mi casa -añadió con firmeza.

-Espero que cuando seas mi esposa hagas todo lo que te diga -murmuró Dio inexpresivo. Un silencio pesado se apoderó de ambos. Ellie abrió enormemente los ojos. No podía creer que él hubiera dicho lo que había dicho-. Sobre todo cuando lo que me preocupa es tu bienestar.

-No estarás pidiéndome en serio que me case contigo, ¿no?

-Muy en serio.

-Pero si apenas nos conocemos...

-Nos conocemos lo suficiente. Tú me gustas, te respeto. Te deseo. ¿Qué más quieres?

-¿Y qué hay del... amor?

-¿Qué hay de nuestro hijo? -Ellie se puso pálida-. Quiero casarme contigo -añadió Dio con énfasis.

-No, en realidad no. Hoy en día la gente ya no se casa porque esté embarazada - protestó Ellie con el corazón acelerado.

-La gente como yo sí.

-Dio, yo... -Ellie tragó.

-Tú sabes que lo que digo tiene sentido.

-Sí, pero...

-Nos casaremos en cuanto lo haya arreglado todo - afirmó Dio resuelto.

-Lo pensaré - respondió ella.

Dio detuvo el Ferrari frente a la librería. Luego le soltó el cinturón de seguridad a Ellie y dijo:

-Deberías de estar avergonzada de ti misma, *yineka mou*. ¿Dices que lo pensarás? Anoche no podías esperar a...

-¡Dio! -gimió Ellie medio riendo, medio en tono de reproche.

-Ellie, o eres una sinvergüenza que me ha utilizado para disfrutar del sexo o... o... o eres una mujer decente que sencillamente no puede resistírseme. Ellie se ruborizó, hipnotizada por su proximidad. Levantó una mano sin darse cuenta y trazó con el

dedo la sensual y prohibida curva de los labios de Dio diciendo:

-No puedo resistirme... y tú lo sabes -reconoció desesperada por que él la besara.

Pero Dio se echó atrás.

-Te llamaré mañana.

Ellie parpadeó perpleja al ver que la dejaba libre. ¿Cómo era posible que Dio quisiera casarse con ella?

-No puedo dejar que te cases conmigo -dijo de pronto.

-Pues yo no pienso casarme con una mujer que lo discute todo.

-No bromees con cosas tan serias -rogó ella.

-Tú y yo... funcionará -aseguró Dio con voz espesa.

-Sí pero... ¿serás feliz? -insistió Ellie obsesionada con aquella pregunta cuando, en el fondo, lo único que deseaba era arrastrarlo de inmediato a la primera iglesia.

Dio gruñó lleno de frustración.

-Es evidente que debería de haberte hecho una proposición en regla, con una romántica cena, flores, anillo...

-No, esas cosas no son importantes -contestó Ellie haciendo una mueca.

-Entonces es que mi proposición ha debido de ser excesivamente torpe -explicó Dio con ojos

brillantes y rasgos ansiosos-. Quiero casarme contigo, Ellie. Y la única palabra que necesito oír ahora es sí.

-Sí.. -respondió Ellie casi sin darse cuenta.

-No ha sido tan difícil, ¿no? -la media sonrisa de Dio hizo estallar el corazón de Ellie. Luego él se volvió y miró el reloj-. Y ahora me temo que tengo que irme directo al aeropuerto. Nos vemos mañana.

-¿Y qué pasa esta noche? -preguntó Ellie mientras salía del coche.

-Estaré ocupado.

-Está bien, lo comprendo -asintió Ellie ruborizada, mintiendo.

Dio se marchó y Ellie sintió que le habían sucedido demasiadas cosas aquel día como para poder siquiera pensar. Le parecía mentira que Dio le hubiera pedido que se casaran y que ella le hubiera contestado que sí.

¿Acaso los cuentos de hadas se hacían realidad? Dio quería casarse con ella, pero no la amaba. Sin embargo el amor acabaría por surgir en él, pensó decidida a no echar a perder su felicidad.

Al día siguiente, por la tarde, una limusina se detuvo delante de la librería. Ellie creyó que Dio había vuelto antes de lo esperado, pero enseguida

se puso tensa al ver que Helena Teriakos salía del vehículo y entraba en la tienda.

-¿Hay algún lugar en el que podamos hablar? -inquirió la griega a modo de saludo.

Ellie, desconcertada ante aquella exigencia desdeñosa, se ruborizó.

-Lo siento pero, ¿de qué se trata...?

-Podemos hablar en mi coche -continuó Helena Teriakos girándose y saliendo de la tienda, esperando, evidentemente, que Ellie la siguiera.

Ellie vaciló. No le gustaba que la trataran de aquel modo, pero al fin y al cabo Helena era pariente de Dio, y si se había molestado en buscarla era porque conocía la situación y tenía algo que decir. Ellie tomó su chaqueta y salió. El chófer le abrió la puerta. Helena Teriakos la escrutó durante unos instantes antes de decir:

-¡Dependiente de una librería y mujer de la limpieza! ¡Dio debía de estar verdaderamente perturbado aquella noche en Chindos! Confieso que no me gustó que te llevara el otro día al funeral de su padre, pero en tan penosas circunstancias estaba dispuesta a hacer la vista gorda sobre una pequeña indiscreción...

-¿Pequeña indiscreción...? -inquirió Ellie ruborizada, elevando el mentón -. ¿Y por qué ibas tú a hacer la vista gorda en relación al comportamiento de Dio?

-Los hombres siempre serán hombres. Yo quiero mucho a Dio, por supuesto, pero no soy una persona celosa. Ni soy tampoco posesiva en lo relativo al sexo. Siempre supuse que Dio tendría una amante después de nuestro matrimonio...

-¿Vuestro matrimonio? -la interrumpió Ellie incrédula.

-No lo sabías, ¿verdad? -rió Helena observando su confusión-. Dio y yo estamos comprometidos prácticamente desde la cuna. Toda nuestra vida hemos sabido que algún día nos casaríamos...

-No... ¡eso no es verdad! -la interrumpió Ellie temblorosa-. Dio me lo hubiera dicho... -añadió mientras su voz se iba debilitando y recordaba la conversación que había tenido con él en la playa.

-¿Y por qué iba a decírtelo a ti? Tú no eres sino una más de la larga lista de diversiones de Dio, ninguna de las cuales tiene verdadera importancia para su vida -replicó Helena-. Si pertenecieras a nuestro círculo social sabrías que nuestras familias llevan tiempo esperando el momento de anunciar formalmente nuestro compromiso.

La neblina de la confusión se había aclarado por fin en la mente de Ellie. Se sentía absolutamente hundida, traicionada, enferma de dolor y de mortificación. Helena Teriakos no era la pariente cercana que ella había supuesto. Dio tenía

concertado su matrimonio. Y sólo él podía haber llamado a eso «escoger a una compañera con inteligencia». Spiros Alexiakis, por supuesto, tenía a una candidata en mente cuando presionó a su hijo para que se casara. Y Dio le había contestado que «aún no estaba preparado». Estaba demasiado ocupado pasándoselo bien con bellas y apasionadas mujeres como para casarse. Y mientras tanto Helena esperaba pacientemente.

-Lo que no comprendo es cómo puedes aceptar que Dio esté... con otra mujer -tartamudeó Ellie impotente.

-Dio y yo tenemos lazos que tú nunca podrías soñar. Compartimos el mismo estatus, la misma cultura, expectativas. Somos la pareja perfecta -le informó Helena con aires de superioridad -. Por desgracia Dio se siente atraído por cierta idea muy tierna, aunque destructiva. Cree que tiene que casarse contigo por el bien de su hijo.

-¿Dio te lo ha dicho...? -preguntó Ellie horrorizada ante la indiscreción de Dio, sintiéndose avergonzada.

-Ayer viajó a París y pasó la velada conmigo. ¿Es que eso tampoco lo sabías? -sonrió la morena-. Pues créeme, estaba destrozado. ¡Se siente tan culpable! Sin embargo yo soy una mujer práctica. ¿Cuánto me costaría persuadirte de que un aborto

sería la mejor solución? ¿Quinientas mil libras? - Ellie miró incrédula a Helena Teriakos-. ¿Un millón? Soy una mujer muy rica, y estoy dispuesta a ser generosa. Siempre puedes decirle a Dio que tuviste un accidente. Ni siquiera voy a insistir en que te alejes de él. Puedes seguir siendo su amante. ¡Porque, en serio, no durarías ni cinco minutos como su mujer!

-¡No quiero tu dinero... y no voy a librarme de mi hijo! -aseguró Ellie inquieta ante la frialdad de la otra mujer.

-¡Pero no puedes casarte con él! ¿Te imaginas los titulares? «Dionysios Alexiakis se casa con una mujer de la limpieza» -sugirió Helena con un gesto de repulsión-. Dio es un hombre muy orgulloso, y tú no vas a ser para él más que motivo de vergüenza. Te odiará mucho antes de que los periódicos terminen de contar las circunstancias en que naciste y toda la larga lista de tus amantes.

-¿Y qué sabes tú de las circunstancias en que yo nací? -exigió saber Ellie.

-Sé todo lo que hay que saber sobre ti, Ellie. El dinero compra información. Estás enamorada de Dio. Gracias a Dios yo nunca he sentido la necesidad de mezclarme en esas intrincadas emociones. Bien, decídetes. Si te casas con Dio

acabará en divorcio. Cierto, serás su primera mujer, pero lo perderás sin remedio.

-No voy a casarme con él.

-Ahora ya eres más sensata -concedió la morena con una fría sonrisa de satisfacción - . Cuando a un hombre se le tiende una trampa siempre se acaba en el odio y los tribunales. Y en cuanto al niño... deberías de haber aprendido de los errores de tu madre. Traerte a ti al mundo no le sirvió de mucho, ¿no crees? Y todos esos patéticos años de lealtad hacia tu padre... ¡todo para terminar viéndolo casarse con una secretaria, una mujer con la mitad de años que ella, en cuanto se vio viudo y libre!

Airada ante aquella salvaje crítica que ni siquiera venía a cuento, Ellie se puso en pie y trató de salir del coche.

-No voy a seguir escuchando ni una palabra más sobre esto...

-La puerta está cerrada. Aún no he terminado. No quiero que tengas a ese niño...

-¡Mi hijo es asunto mío! -exclamó Ellie-. ¡Y ahora abre la puerta y deja de amenazarme!

Helena Teriakos le hizo un gesto al chófer con una lánguida mano.

-Piensa en lo que te he dicho. Yo puedo ser una enemiga muy dura, y pronto descubrirás que Dio siente un tremendo respeto por mí.

Ellie salió a la calle deseosa de escapar. Subió las escaleras de la librería y se sentó al borde de la cama, pero una vez allí las lágrimas no salieron de sus ojos. En lugar de ello una especie de rabia y de dolor comenzaron a arremolinarsen en su interior. Dio no había sido honesto con ella. Ella se había visto arrastrada a una situación en la que su única defensa era la ignorancia. Estaba embarazada de un hombre que estaba virtualmente comprometido con otra mujer, se había metido involuntariamente en el terreno de otra, y de repente le echaban la culpa todo. Y en cuanto a Dio... Dio, con su detestable sentido del honor y su maliciosa y fría futura esposa tenía exactamente lo que se merecía. Y cuanto antes se lo dijera mejor.

7

Ellie oyó a Dio llegar. Al salir del trabajo había ido a su apartamento a esperarlo. Y se sentía como inestable gelatina. Cuantas más incongruencias recordaba del comportamiento de Dio más se las iba explicando y más frustrada y resentida se sentía. Dio entró en el salón a grandes pasos, con ojos insondables. Estaba tenso y estresado.

-Creo que Helena te ha visitado -dijo ácido-. Ha sido muy generosa de su parte, pero claro, no se podía esperar otra cosa de ella.

-¿Generosa? ¿Estás loco o es que eres tonto?

Dio se quedó muy quieto. De sus rasgos emanaba una expresión de disgusto que dejó a Ellie helada.

-Te ha ofrecido su apoyo, y tú te has mostrado ofensiva y mal educada. No me ha gustado nada tener que disculparme por tu comportamiento.

-¿Disculparte por mi comportamiento? -repitió Ellie comprendiendo de pronto que había subestimado a la morena. ¿Acaso era apoyarla ofrecerle dinero para abortar? Era evidente que Helena le había contado a Dio su versión antes que ella, pero no podía dejar de preguntarse qué le importaba eso a ella-. Me ofreció un millón de libras a cambio de que abortara.

Dio se quedó observándola durante diez segundos con enormes ojos negros llenos de incredulidad.

-Si tienes que mentir al menos trata de inventarte algo más verosímil y menos melodramático. Helena nunca caería tan bajo.

Ellie se quedó mirándolo en amargo silencio, atónita ante la seguridad que él mostraba.

-Realmente te la mereces -dijo en un duro tono-. Y si es tan especial, ¿por qué has estado conmigo?

Dio se quedó helado.

-No voy a discutir sobre Helena contigo, Ellie.

-¡Es una lástima que a mí no me tengas el mismo respeto que a ella! -soltó Ellie tan ciega por la ira que apenas era capaz de pronunciar palabra.

Un ligero rubor subió a las mejillas de Dio, tensas.

-Lo mínimo que le debía a Helena era una explicación sincera.

-¡Pero a mí ni siquiera pudiste mencionarme su existencia! ¡Deberías de haberte dado cuenta de que el día del funeral de tu padre yo ni siquiera tenía idea de quién era! -lo condenó Ellie apasionadamente -. Creí sencillamente que era una pariente...

-Es pariente lejana -concedió Dio.

-¡Qué bien! ¡No es de extrañar que no me la presentaras! ¡Qué relación tan enrevesada la vuestra! ¡Si ella hubiera sido una persona más amable hasta podría haberme compadecido de ella por estar tan desesperada por cazarte!

Dio posó una mirada dorada y brillante sobre Ellie, una mirada que parecía echar fuego.

-No voy a seguir escuchando cómo la injurias. No sabes de qué estás hablando.

-Y si fuera por ti nunca lo sabría, ¿no es eso? -rió Ellie desgarradamente-. Pero ahora ya no importa. Confié en ti. Pensé que eras un hombre libre.

Nunca me hubiera relacionado contigo de haber sabido que ella existía.

-Helena y yo no somos amantes -declaró Dio serio-. En realidad nunca había hablado de matrimonio con ella hasta anoche. No obstante nuestras familias siempre pensaron que nos casaríamos.

-¿Y por qué diablos no te casaste con ella cuando te lo dijo tu padre?

-Me irritaba la presión que él ejercía sobre mí, pero debo señalar que Helena nunca trató de presionarme.

-Y aquella noche que pasamos juntos... ¿sabías ya entonces que cumplirías ese deseo familiar y te casarías con ella?

-En el fondo siempre pensé que me casaría con Helena. Por mucho que te duela es una realidad, es cierto y no puedo cambiarlo -aseguró Dio con énfasis.

-Pero no fuiste sincero conmigo. No me lo dijiste ni me diste la oportunidad de elegir, y eso no puedo perdonártelo. Además, ahora que lo sé, encuentro irritante que me pidieras que fuera tu amante cuando ni siquiera estabas casado con ella -explicó Ellie con un gesto de repulsión-. ¿Qué sentido tiene casarse con alguien a quien no se es fiel?

Dio enlazó ambas manos en un repentino y violento gesto de frustración.

-Las últimas veinticuatro horas han sido un verdadero infierno para mí, no estoy de humor para soportar mucho más. Te guste o no aquí la víctima es Helena. La he herido en su orgullo y la he fallado, pero de sus labios no ha salido una sola palabra de reproche.

-Sí, es una mujer muy inteligente, mucho más que yo.

-*Cristos...* ¿Cómo puedes ser tan rencorosa? ¡Es contigo con quien me voy a casar!

Ellie se inclinó para recoger su bolso con manos temblorosas y luego se enderezó y lo miró con ojos vacíos de toda emoción.

-No me casaría contigo ni en bandeja, Dio.

-¡Juro que te estrangularé antes de llevarte al altar! -replicó Dio mirándola de reojo con una expresión negra.

-Hablo en serio -contestó Ellie tranquila, atisbando un primer brillo de perplejidad en los ojos de Dio, que comenzaba a asimilar la información -. Ayer tenía pánico y fui lo suficientemente estúpida como para aceptar tu oferta de matrimonio. Pero tu lealtad está con Helena, no donde debería de estar, y no pienso formar parte de ningún sucio triángulo...

-¡No seas irracional! -la condenó Dio.

-No, soy muy sensata.

-Pero estás embarazada de mi...

-Y ésa es la única razón por la que me pediste que me casara contigo... No es suficiente -añadió Ellie pasando por delante de él y caminando hacia el hall.

-Hay algo más entre tú y yo, *pethi mou* -gritó Dio.

-Puedo arreglármelas sin el sexo -contestó Ellie.

-¡Vuelve aquí! ¡Esto es ridículo!

Ellie se volvió para mirarlo con el rostro pálido como el mármol.

-No... lo que es ridículo es que hayamos estado juntos.

-Ellie...

-Por favor, dame tiempo -insistió ella-. No me llames por teléfono, no te acerques a mí. Quizá, cuando todo esto haya pasado, podamos hablar sobre el niño... ahora mismo no.

Ellie continuó con su vida normal durante la semana siguiente de un modo automático. Anhelaba y odiaba a Dio al mismo tiempo, y se sentía por completo apartada del mundo. Él la llamó a diario, pero Ellie llegó incluso a colgar el teléfono sin ni siquiera responder. No confiaba en sí misma, se sentía vulnerable.

Saber de la existencia de Helena Teriakos la llenaba de celos, de mortificación y de culpa, pero comprender que Dio confiaba en ella infinitamente más la destrozaba. ¿Acaso Dio ignoraba sus propios sentimientos? Había rechazado a Helena en una ocasión. ¿No sería irónico que descubriera cuánto la valoraba justo cuando tenía que renunciar a ella?

Ella nunca hubiera podido ser para Dio más que una segunda y pobre alternativa, y sin el embarazo él nunca le hubiera ofrecido nada más que una aventura.

Aquel fin de semana el sobrino de Horace Barry, Joe Barry, la llamó para contarle que su tío tenía un constipado y no iría a la librería. El domingo Ellie fue a ver a Meg para explicarle que no volvería a trabajar al edificio Alexiakis.

-Haces bien en no volver, Ellie. Algunas chicas están muertas de envidia.

-Pues si supieran cómo estoy no lo estarían. Todo ha terminado, Meg. En realidad nunca comenzó.

-Pues él está que arde, lo está poniendo todo patas arriba. Los ejecutivos de la última planta dicen que está verdaderamente de mal humor...

-No quiero oír hablar de él, Meg, en serio.

Al llegar a casa le esperaba una sorpresa. El sobrino de su jefe, un pomposo hombre de unos cincuenta años, estaba sentado en la oficina de la

trastienda revisando las cuentas. Y, lo que era aún peor, le confesó que en realidad lo que quería era verla a ella.

Joe Barry le informó a Ellie de que su tío se había retirado y de que él personalmente se haría cargo del negocio. Era lo último que le faltaba.

-Pero si usted ya tiene un trabajo... -musitó Ellie.

-Voy a acogerme al retiro anticipado. Pretendo invertir bastante dinero en remodelar todo esto, así que... siento tener que comunicártelo, pero no voy a seguir necesitando tus servicios.

-¿Cómo dice? -inquirió Ellie casi en un susurro.

-Que no necesito a ninguna dependiente a jornada completa.

-¿Pero sabe usted que su tío acordó venderme el negocio? -preguntó de nuevo ella.

-Mi abogado me ha asegurado que si no hay testigos ni nada escrito es casi imposible que pruebes que eso es cierto.

-Pero...

-Mi tío debería de habértelo dicho hace semanas, no puedes culparme a mí de que a él le diera miedo contarte que había un cambio de planes. Es natural que la familia prefiera que el negocio quede en casa. Por supuesto te pagaremos todo lo que te debemos. Te estoy avisando con un mes de antelación... ¡Ah!, y... también esperamos que

dejes la casa de arriba. Nunca hicisteis contrato de alquiler, y yo la necesito para otros fines.

-Me iré mucho antes -contestó Ellie alzando la cabeza, tensa y temblando.

Tras aquella conversación Joe Barry se marchó. Eran sólo las seis. Ellie se dejó caer sobre un escalón, al pie de las escaleras. Tras cinco años sin apenas vacaciones y un salario ínfimo ése era el trato que recibía. Había demostrado ser una estúpida concibiendo aquellos sueños. Era el momento de hacer nuevos planes. Comenzó a subir las escaleras y justo entonces llamaron a la puerta. Ellie se volvió y vio Ricky Bolton por el escaparate. No podía creerlo.

-¡Vamos, Ellie... ábrete, Sésamo!

-¿Cómo has sabido dónde vivía? -preguntó ella al abrir.

-Eché un vistazo a los archivos antes de cambiar de trabajo. Llevo años pensando en llamarte, pero ya sabes cómo son estas cosas...

-¿Demasiadas mujeres y demasiado poco tiempo?

-Sí, eso es, bueno, no puedo evitar ser tan famoso. No, seré sincero, la verdad es que he estado saliendo con una chica que...

-Cuenta, cuenta... ¿qué quería?, ¿otra cita?

-¿Podría... quieres que pase dentro?, hace frío.

-No lo creo oportuno, Ricky. Te comportaste como un tonto en la Alexiakis International. He oído decir que te marchaste en circunstancias no muy claras, ¿es eso verdad?

-¡Por supuesto que no! -la contradijo él sonriendo satisfecho-. He tenido suerte y he conseguido ascender, eso es todo.

-¿Y sigues estando en ese nuevo trabajo? -inquirió Ellie sin poder resistirse, preguntándose si Dio tendría razón.

-¡Claro que no! ¡Me he marchado de allí también! Era una empresa que no me convenía, ya me entiendes. ¿Quieres que demos una vuelta en mi coche?

-Estoy embarazada, Ricky.

-¿Que estás... qué? ¡Dios mío!, ¿qué ha ocurrido?

-Pues...

-¡Demonios! ¿Y quién es el padre? ¿Dónde está? -Ellie se encogió de hombros-. Ya comprendo. Bueno, bien... quizá vuelva a llamarte... el año que viene o algo así -musitó Ricky-. O quizá nunca. No estoy para niños en esta época de mi vida.

-Gracias por tu sinceridad -respondió Ellie impotente y divertida, poniéndose de puntillas y besándolo en la mejilla.

Ricky rió extrañado, bajó la cabeza y, con las manos sobre los hombros de ella, murmuró algo

en su oído. Un segundo más tarde algo lo apartó violentamente de Ellie. Ella levantó la cabeza y llegó justo a tiempo de ver a Dio insultándolo en griego y arrojándolo contra la pared tras darle un puñetazo.

-¡Ya basta! -gritó Ellie.

-¡Apártate de ella! -gritó Dio acorralándolo -.¿Me oyes? ¡O te apartas de mi mujer o te las verás conmigo!

-¡Te estás comportando como un salvaje, Dio! -gritó Ellie.

Dio soltó por fin a Ricky con un gesto de desprecio. Luego observó a Ellie con ojos brillantes y llenos de reproches.

-Y tú pregúntate a ti misma de quién es la culpa. Te he visto besándolo...

-En la mejilla -se apresuró a decir Ricky tratando de recuperar el aliento-. ¿Sabes? Podrías tener problemas si te acusara de asalto.

-Haz lo que te de la gana -replicó Dio sin prestarle atención.

-Y más aún si voy a los periódicos a contar cierta historia -musitó Ricky.

-Tú lo que le mereces es un buen puñetazo por haberte aprovechado de esa información que oíste en la oficina -intervino Ellie por fin.

-¿Éste es... Ricky Bolton? -preguntó Dio tras una pausa, helado.

Ricky hizo gala entonces de su instinto de supervivencia y desapareció de improviso en su coche. En un minuto se había ido. Ellie se estremeció. No podía dejar de mirar a Dio. Su pelo negro brillaba a la luz de las farolas.

-¡Ricky Bolton! ¿Qué diablos estaba haciendo él aquí?

-¡Vamos, por favor! -gimió Ellie-. Sólo pasaba por aquí. Y no me importa lo que pienses de lo que has visto. ¡No tienes derecho a comportarte como un bruto!

-¡Cristos! ¿Cómo crees que me siento al verte con otro hombre? -gruñó Dio-. ¡Me dijiste que me mantuviera alejado de ti, me estás tratando como si tuviera la lepra! ¡No puedo soportarlo más!

-Es que no sé qué va a ocurrir ahora -confesó Ellie.

-Pues yo sí... -respiró Dio alargando los brazos para levantarla y posar su boca sobre la de ella.

Aquel fiero y exigente beso dejó a Ellie atónita y tambaleándose. El crudo deseo de Dio le hizo perder el control, desató todas las emociones que ella tanto había luchado por gobernar. La cabeza le daba vueltas, el corazón le latía acelerado, y la excitación comenzaba a atenazarla. Ellie se estremeció, se agarró al fuerte y musculoso cuerpo

de él, gimió desde lo más profundo de su garganta y se agarró a sus hombros.

Dio se apartó. Sus ojos brillaban como el fuego mientras contemplaba el rostro de Ellie.

-Siempre consigues sacar el animal que hay en mí, *pethi mou* -dijo con voz ronca entrando en la tienda y dejándola en el suelo-. ¿Dónde está el sistema de alarma?

-¿La... alarma? -repitió Ellie desde otro mundo. Dio la encontró, la encendió y apagó las luces. Luego tomó el bolso de Ellie y la sacó fuera.

-¿Qué estás haciendo?

-Vamos a ir a cenar y a hablar.

-Pero si no estoy vestida para...

-Llevas ropa encima, ¿no? Estás maravillosa -añadió Dio obligándola a entrar en el Ferrari sin mirarla siquiera.

El rincón del restaurante en el que se sentaron estaba vacío. Ellie levantó la copa de vino. Dio la miró, pero luego levantó una mano y le quitó la copa.

-¡No puedes beber eso!

-¿Y por qué no?

- ¡Estás embarazada! Es mucho mejor que no bebas nada de alcohol. ¿Es que no lo sabías?

-¿Y por qué iba a saberlo?

-Bueno, pues porque eres una mujer...

-¿Y?

-Se supone que una mujer sabe ese tipo de cosas - explicó Dio frunciendo el ceño.

-Bueno, pues yo no. Tengo veintiún años, estoy soltera y mi único objetivo en la vida es... bueno, era... -musitó Ellie en voz baja-. ¿Por qué iba a interesarme lo que debe o no hacer una mujer embarazada?

-Pues no lo sé pero... ocurre que Nathan me dio este libro. Es para futuros padres, como yo - explicó Dio encogiéndose de hombros tras ver la expresión de extrañeza de Ellie-. Sólo lo he hojeado un poco.

Ellie estaba segura de que Dio había leído cada palabra. Aquello la conmovió. Él había hecho un esfuerzo mayor que ella, que además trabajaba en una librería.

-Quieres de verdad a este niño, ¿no es eso?

-Sólo si tú también entras en el lote.

-¿Y qué significa eso?

-Que por tu forma de comportarte ya no sé qué esperar. No quieres estar embarazada, no quieres

estar conmigo... excepto en la cama -se corrigió Dio con una mirada desafiante.

**-Eso no es cierto... sí que quiero a este niño -lloró-.
¿Por el amor de Dios! ¿Por qué estoy llorando?**

-Ahora estás muy alterada por tus hormonas, eso te pone muy sentimental -aseguró Dio alargando una mano hacia ella.

-¿Y has leído también en ese libro que me pondría cabezota?

-No, pero recomienda al padre mostrarse comprensivo y tratar de apoyar a la madre.

-Tú no tienes tacto.

Una sonrisa divertida curvó los sensuales labios de Dio. Ellie sintió que su corazón se aceleraba. Era tan atractivo que no podía apartar los ojos de él.

-Todavía quiero casarme contigo -declaró Dio-. Pero si tú tienes una solución mejor, dímela... mientras no implique que vas a tener al niño en una sillita todo el día, detrás del mostrador...

-No, no es eso lo que deseo.

-¿Entonces qué? ¿Dejarlo para salir tú a trabajar?

-Pues...

-¿Negándote a recibir mi apoyo financiero?

-Dio, yo...

-No, escúchame -se impuso él-. Si no nos casamos este niño crecerá fuera de mi familia. Y no voy a mantenerlo en secreto, así que no creo que te agradezca el hecho de ser diferente del resto de los

hijos que, algún día, tendré en mi futuro matrimonio... con otra mujer.

Ellie se desinfló como si fuera un balón. Otra mujer significaba Helena. Helena, que odiaría a aquel niño cada vez que fuera a visitarlos. Helena que, viéndose al fin como madrastra, no dudaría en humillar y denigrar al hijo ilegítimo. Ellie sintió que se le encogía el estómago.

-¿He dicho algo por fin que haya hecho mella en ti?

-murmuró Dio con voz de seda.

-Quizá fuera un poco exagerada al decir que no te quería ni en bandeja.

-Eso te ha quedado muy bien, *yineka mou*.

¿Significa acaso que sí vamos a casarnos? -inquirió Dio con suavidad.

-Tú no crees lo que te dije de Helena Teriakos, ¿verdad? -preguntó Ellie a su vez.

-No -confesó Dio en voz baja-. Podría mentirte con tal de hacer las paces contigo, pero no voy a hacerlo. Naturalmente comprendo que aquel día estuvieras enojada, no sabías nada de Helena, y ella... no se dio cuenta. Si ella lo hubiera sabido nunca se habría acercado a ti -Ellie apretó los labios. Era evidente que Dio nunca iba a creer su versión. Conocía a Helena de toda la vida, y su confianza en ella era absoluta. ¿Cómo podía vivir con eso?-. Ellie...la noche en que descubriste que estabas embarazada tomé una decisión

equivocada. Pensé que no era el momento más adecuado para contarte lo de Helena.

-Pero quizá nunca me lo hubieras contado.

-Tú ya tenías encima la suficiente presión. Y, de todos modos, el asunto de Helena era algo a lo que me tenía que enfrentar yo solo.

-Te sentías culpable con respecto a ella -respiró Ellie tensa.

-¿Y cómo crees que podía sentirme?

-¿La... amas?

-¿Qué tiene que ver el amor con esto?

Aquello silenció a Ellie. Era una respuesta que decía mucho, y al mismo tiempo no decía nada. Amara o no a Helena se casaría con ella, pues esperaba un hijo. ¿Pero cuánto tiempo permanecería con ella? ¿Tendría Helena razón? Y, por otro lado, si se casaban, ¿qué tenía ella que perder? Sería su mujer durante una temporada, y su hijo sería legítimo. Aquello quizá no fuera importante socialmente, pero sí lo era para Ellie después de la experiencia de su padre.

-Lo primero es el niño, después nosotros -declaró Dio entonces, poniendo punto final a la discusión. Aquello sonaba a receta para el desastre a oídos de Ellie, pero lo que en el fondo le importaba en ese momento era que lo amaba.

-Me gustaría casarme en una iglesia, y vestida de blanco. Así que si estabas pensando en un registro civil, lo siento.

8

Seis semanas más tarde Ellie entraba en la iglesia para convertirse en la mujer de Dio. Llevaba un elegante vestido color crema que ella misma había pagado con sus ahorros. Era como un acto de fe en su matrimonio. Sólo había aceptado usar la tarjeta de crédito de Dio para comprar los complementos.

-Alguien tiene que llevarte al altar -le había dicho Dio por teléfono, desde Ginebra

-Olvidalo... ¿qué crees que soy? ¿un artículo de consumo? ¡Soy una mujer casi del siglo veintiuno!

-¿Y por qué esa mujer del siglo veintiuno me ha rechazado la penúltima noche antes de nuestra boda?

-Quiero que nuestra noche de bodas sea algo especial. Dijiste que lo comprendías -le recordó Ellie.

-Bueno, es que cambié de opinión hacia las dos de la madrugada, cuando tuve que tomar una ducha fría.

Ellie caminó hacia el altar con aquel recuerdo y con una amplia sonrisa. No veía a los invitados que llenaban la iglesia. Aquél era su día. Y la

ceremonia fue muy bonita. Bebió cada palabra que se dijo, cada instante. Pero también se apresuró a pronunciar cada promesa. En el fondo de su mente yacía la imagen de Helena Teriakos poniéndose en pie y suspendiendo la ceremonia en el último momento.

Por desgracia a Ellie no se le ocurrió pensar que Dio invitaría a Helena al banquete, de modo que fue un shock cuando la vio aproximarse a las puertas de la iglesia.

-Estoy muy feliz por vosotros dos -comentó Helena-. Ellie, espero que no te importe, pero necesito hablar un momento con Dio.

Aquel nuevo aire de vulnerabilidad que había adquirido de pronto la morena resultó ser un toque mágico que afectó de inmediato a Dio. Helena lo arrastró a un lado y Ellie se quedó sola, en la escalinata de la iglesia. Y con el correr de los minutos Ellie se fue poniendo cada vez más pálida, más tensa. Los invitados lo observaron todo. Ellie hubiera deseado morir de humillación. Finalmente el fotógrafo llamó a Dio.

-¡Señor Alexiakis, por favor...!

Y sólo entonces Dio volvió al lado de Ellie.

-¡Lo ha hecho deliberadamente! -comentó Ellie impotente una vez que el fotógrafo hubo terminado su trabajo.

-¿Quién? ¿De qué estás hablando?

-¡De Helena!

Un silencio espeso reinó entre ellos. ¿Cómo podía ser Dio tan obtuso cuando se trataba de Helena? El respiró hondo.

-Helena es una buena amiga, muy buena -soltó Dio con diplomacia.

-¡Ah, creo que ya lo he entendido!

-Entonces trata de entender esto también: no voy a permitir que nos pongas en un compromiso en público, ni a ella ni a mí. Y ésta es mi última palabra. Procura acostumbrarte antes de que pierda la paciencia.

Y con aquella advertencia Dio se volvió y comenzó a hablar con su padrino, Nathan Parkes. Ellie temblaba de ira. No podía creer que él se hubiera atrevido a hablarle así, que no comprendiera lo inoportuno del ruego de Helena.

Dio se volvió hacia ella poco después. Ellie levantó el mentón y dijo:

-No puedes hablarme como acabas de hacerlo, Dio.

-¡Ah!, ¿no? ¡Tienes mucho que aprender de los hombres griegos! Y no dejaré de señalarte cuándo te equivocas.

En aquel momento Ellie pensó que había aprendido lo suficiente. Estaba rabiosa. Pero lo cierto era que no creía estar equivocada. Sin

embargo la duda comenzó a corroerla. Subieron a la limusina que los llevaría al Hotel Savoy, donde se celebraría la recepción. La actitud de Helena había sido inconveniente más que hiriente. Y probablemente se debiera más que nada a su inseguridad en su matrimonio y en Dio.

-Dio, éste no es un momento fácil para mí... -murmuró Ellie. Dio contempló aquella mirada confusa e inquisitiva, aquel cambio de actitud tan desconcertante para él-. No sabía que fuera a haber tantos invitados, apenas conozco a nadie. Y además todos tus amigos y tus parientes esperaban que te casaras con Helena.

-Sí, pero...

-Dio, es perfectamente natural que se pregunten por qué te casas conmigo en lugar de con ella, y además tan de repente... -se ruborizó-. Y si han llegado a la conclusión a la que se suele llegar en estos casos... bueno, la verdad es que es completamente cierto. ¡Estoy embarazada! Es natural que me sienta muy sensible en un día como hoy -Dio apretó la mano de Ellie con firmeza, inesperadamente. Sus ojos dejaron de tener aquella expresión fría y de distancia-. Por eso, quizá, me haya excedido con lo de Helena...

-No -suspiró Dio-. Una vez más yo me he apresurado a juzgarte, y lo siento. Te aseguro que no me había dado cuenta de cómo te sentías.

Era maravilloso comprobar el efecto que causaba una pequeña explicación. Ellie observó a Dio mientras levantaba su mano y se la llevaba a los labios. Su corazón pareció henchirse de pronto y latir acelerado, y una sincera y sencilla ola de júbilo la inundó.

-Y encima ni siquiera tienes familia propia que te apoye -añadió Dio serio.

-A mi madre le hubiera encantado la ceremonia... -sonrió Ellie.

-Diste en el blanco cuando dijiste que no tengo tacto -concedió Dio atrayéndola a su lado y suspirando-. ¿Has hecho el amor alguna vez en una limusina?

-¡Sí, por supuesto! ¡No deseo más que entrar en el Savoy con el maquillaje corrido y el pelo revuelto!

-Podría persuadirte...

-Pero no lo harás. Vas a resistir como un mártir hasta esta noche...

En el hotel Ellie y Dio saludaron a cada invitado que iba llegando. Ellie sostuvo una decidida sonrisa al ver aparecer a Helena, que se inclinó a besarla con total seguridad en sí misma y siguió su camino. Aquello enervó a Ellie.

-Trata de comprender cómo se siente ella -observó Dio.

Ellie sonrió y se ruborizó. Le molestaba que Dio tuviera que reprenderla cuando había tratado por todos los medios de mostrarse tranquila y amable. Sin embargo nunca había sabido ocultar sus sentimientos. Tenía la sensación de que sobre ella pesaba un estigma imborrable: Dio creía que había mentido sobre lo ocurrido en su primer encuentro a solas con Helena. ¿Pero acaso no era posible que la morena hubiera perdido por una vez los nervios y que se arrepintiera?, se preguntó Ellie decidiendo ser más generosa con ella.

Nathan Parkes le presentó a su mujer, Sally. Era una pelirroja amable y extrovertida.

-Me hubiera gustado conocerte antes de la boda, incluso pensé en llamarte, pero no me atreví. Supuse que estarías muy ocupada con los preparativos.

-Lástima, me hubiera encantado -contestó Ellie. Tras las presentaciones y unos cuantos ratos de charla todos se sentaron a la mesa.

-Sally y Nathan son una pareja estupenda -comentó Ellie en un susurro, sentada en la mesa principal-. ¿Desde cuándo los conoces?

-Desde los diecinueve años. Tuve un accidente de coche, y Nathan estaba de guardia como

estudiante de medicina en el hospital -explicó Dio curvando los labios en una sonrisa.

-¿Qué es tan divertido?

-Sólo tenía una contusión, pero mi padre estaba muy angustiado cuando llegamos -recordó Dio-. Actuaba como si Nathan me hubiera salvado la vida, y desde entonces nos hicimos amigos. Me hubiera gustado que mi padre te conociera -añadió mirándola a los ojos intensamente.

-No, no lo creo -respondió Ellie-. Tu padre te habría encerrado antes de dejar que te casaras con una persona como yo.

-¿Qué quiere decir eso de «una persona como yo»?

-Bueno, es sólo un modo de hablar. Tú siempre te viste protegido por tu familia, para mí, en cambio, fue todo lo contrario.

-No es de extrañar que te cueste confiar en mí, después de eso.

-No, la mayor parte de la gente en la que he tratado de apoyarme se ha desmoronado -confirmó Ellie.

-Yo no me desmoronaré, Ellie. Tienes que aprender a confiar en mí, *pethi mou*.

Dio había dicho aquello en serio, y sin embargo era él quien no confiaba en ella. O al menos su palabra no tenía para él el mismo peso y valor que tenía la palabra de Helena. No obstante no era el momento de pensar en ello. Por fin estaban

casados, pero aún era pronto. El tiempo acabaría por resolver ese problema. Ellie no sabía que Dio vería a Helena a menudo en el futuro, y era demasiado práctica como para arruinarlo todo a corto plazo sólo por aquello. Un matrimonio reciente era algo frágil. ¿No era una estupidez ponerlo a prueba sólo por Helena?

Horas más tarde Ellie se cambió de vestido en una habitación reservada del hotel y se puso la ropa de viaje. Al volver a la sala de invitados Dio la observó con una expresión de aprobación.

-Bueno, ya es hora de que tires tu ramo de flores.

-No, quiero conservarlo.

Había tanta gente que quería despedirse de Dio antes de que se marcharan de luna de miel que por un momento ambos se separaron. Ellie observó a Dio de lejos reír a carcajadas, y sintió una punzada de júbilo al verlo feliz y relajado. Era la imagen perfecta de un recién casado. Pero justo entonces, detrás de ella, una fría voz señaló:

-Me das lástima, Ellie. Hacer de mujerzuela en la cama no va a servirte para retener a Dio, y no tienes nada más que ofrecerle, ¿no crees?

Ellie se quedó helada, paralizada. Después se giró y vio a Helena Teriakos de espaldas, acercándose a charlar con otra pareja a cierta distancia. Sin

embargo Sally Parkes, a solo un paso y con la boca abierta, lo había oído y comentó:

-Venía a despedirme de ti antes de que os marcharais y... ¿será cierto que he oído lo que he oído? ¡Dios mío, nunca pensé que esa mujer pudiera ser tan malévola!

-Pues ahora ya lo sabes -respondió Ellie.

-Ve a decírselo a Dio inmediatamente -añadió Sally sería.

-No, prefiero arreglármelas sola... -respondió Ellie mortificada-. Supongo que le he robado a su hombre, así que... no la culpo si me odia.

-¿A su hombre? -repitió Sally frunciendo el ceño-. ¡Pero si ni siquiera salían juntos, no estaban comprometidos! No creerás que ha estado en casa todos estos años esperando a que Dio le pidiera el matrimonio, ¿no? ¡Te aseguro que si hubiera podido cazar a otro antes no lo habría dudado!

Ellie se sintió incómoda. No quería discutir sobre Helena. Sin embargo Sally parecía tener cuerda para rato:

-Helena es toda dulzura cuando Dio está delante, me gustaría que la viera cuando se da la vuelta. ¡Los hombres son tan ciegos a veces!

-Sí -confirmó Ellie deseosa de cambiar de tema.

-¿De qué habláis? -preguntó Dio acercándose con una sonrisa y estrechando a su mujer entre los brazos. Ellie se puso pálida-. ¿Qué ocurre?

-Creo que estoy un poco mareada -contestó Ellie con sinceridad.

-En cuanto subamos al avión te irás a la cama. No debería de haber invitado a tanta gente, se me olvidaba que estás embarazada -comentó Dio decidido.

-¡Pero si estoy bien! -protestó Ellie deseando que la besara en lugar de tratarla como a una inválida.

No obstante nada más subir al avión que los llevaría a Grecia, en donde pasarían un par de semanas, Dio llevó a Ellie al camarote y ella se quedó profundamente dormida.

-¡Basta! -musitó Ellie al sentir, bastante rato después, que alguien la molestaba.

-Hush -susurró Dio.

Ellie, adormilada, deslizó una mano por debajo de su chaqueta. Extendió los dedos posesivamente por la camisa de seda y suspiro. Y creyendo que Dio estaba en la cama, a su lado, volvió a dormirse. Finalmente, al poco rato, se despertó y desperezó, abriendo los ojos y comprendiendo que Dio la llevaba en brazos.

-¿Que... a dónde?.

-Has dormido bastante para no estar cansada, te has pasado el viaje durmiendo -explicó Dio satisfecho.

Ellie vio entonces que estaban llegando a la villa griega.

-¡Por el amor de Dios! ¡Bájame!

-No puedo. Me he dejado tus zapatos en el avión.

-¿Y cómo diablos hemos pasado por el aeropuerto de Atenas?

-Igual que ahora -rió Dio-. Hubo un momento en el que se me ocurrió pensar que el hecho de que no tuvieras la estatura de Helena era una ventaja. ¡Contigo sí que puedo todo el camino!

Ellie se quedó helada ante aquella desconcertante comparación. Dio lo había dicho casi sin pensar. Se puso tenso, cerró los ojos y rugió en voz alta, comprendiendo lo que acababa de decir. Entonces Ellie hizo un enorme esfuerzo.

-Está bien - sonrió tensa -. Ella ha sido parte de tu vida durante mucho tiempo, lo comprendo...

-Siempre había creído tener tacto hasta el momento en que te conocí -confesó Dio llegando a la puerta.

-Bueno, es todo ese peloteo que te rodea lo que te ha confundido siempre -contestó Ellie.

-No, no es eso, eres tú -la contradijo él-. Estoy tan acostumbrado a oírte decir lo que piensas en cada momento que cuando estoy contigo me relajo.

-Eso es bueno -respondió Ellie.

Al menos debía de serlo casi siempre, se corrigió en silencio. Sin embargo en aquel momento la comparación la hería. No sólo por su trivialidad, sino porque significaba que Dio tenía a Helena en mente incluso el día de su boda.

Al entrar en el hall Dio la hizo volver a la realidad.

-Me temo que tenemos compañía -suspiró.

Dos diminutas damas, bien entradas en años y casi con idéntico rostro y sonrisa, los esperaban en el salón. Ellie creía haberlas visto antes, vestidas de negro, en el funeral del padre de Dio. Él las saludó en griego, dejó a Ellie en el suelo descalza y le presentó a las hermanas gemelas de su abuela: Polly y Lefki.

-Dio no tiene madre que pueda darte la bienvenida

-dijo Polly en inglés, con un pesado acento-. Por eso hemos venido a dártela nosotras.

-A darte la bienvenida -repitió Letki contenta.

-Lefki, eso ya lo he dicho yo -la reprendió su hermana.

-Pero no vamos a quedarnos mucho tiempo -añadió Lefki mirando a su hermana.

Ellie no pudo evitar reír.

Una abundante cena los esperaba en el salón. Polly y Lefki se sentaron juntas en un sofá. Eran tan pequeñas que los pies ni siquiera les llegaban al suelo. Discutieron entre ellas y, entre disputa y disputa, presionaron a Dio para que comiera. Su amor hacia él era evidente. Cuando finalmente se marcharon Dio la miró y se disculpó:

-Lo siento. Polly y Lefki viven en la isla, y nunca han salido de ella. Comprendo que para mucha gente resultan excéntricas, salen poco de casa.

-No, no te disculpes, yo las encuentro encantadoras.

-Me alegro -contestó Dio guiándola por las amplias escaleras y enseñándole un fabuloso dormitorio amueblado con opulencia donde comenzó a quitarse la chaqueta y la corbata.

Observar a Dio desnudarse le cortó la respiración. Ellie se quedó paralizada. Los ojos de ambos se encontraron llenos de brillo sensual. Ellie sintió que el corazón le galopaba. Desnudo, con aquel vello negro y brillante que era toda una fiesta para los sentidos, Dio se acercó a ella a grandes pasos. Luego le desabrochó los botones de la chaqueta uno a uno y se la deslizó por los hombros.

-Quiero volverte loca de pasión -dijo él con voz ronca.

-Eso ya lo ha hecho mi imaginación... -confesó Ellie.

Dio le desabrochó el sujetador y curvó las manos para abrazar sus pechos llenos. Sonrió satisfecho al oírla jadear y rozó con los dedos los sensibles pezones. Y de pronto la empujó suavemente sobre la cama y se tumbó sobre ella. La boca de Dio ardía sobre uno de aquellos pechos, su lengua era como lava. Una fiera respuesta provocó en ella gemidos y labios abiertos.

Dio levantó la cabeza con ojos hambrientos, crudos. Se apartó ligeramente y le quitó la falda y el resto de la ropa con manos impacientes. Sus ojos negros recorrían aquella desnudez sin ocultar su deseo. Ellie se sintió arder.

-Eres tan perfecta que... tengo que tomar una ducha para tranquilizarme -confesó Dio.

-Yo también.

Ellie se apoyó sobre Dio bajo la cascada de agua en la ducha. Su cuerpo estaba débil y hambriento, pero su mente seguía tensa. No seguiría siendo perfecta durante mucho tiempo. Sus pechos, de hecho, estaban ya más llenos. Pronto el bebé haría magia con la esbelta figura que tanto le gustaba a Dio. Perdería la cintura, se le hincharía el vientre. ¿Seguiría Dio encontrándola atractiva entonces?

-Dentro de unos meses pareceré un balón - musitó Ellie impotente, incapaz de callar ante su temor.

-Hmm... -suspiró Dio deslizando una mano por aquel estómago aún plano y jugando con los dedos-. Espero ese día con impaciencia.

-¿Lo esperas con impaciencia? -repitió Ellie débilmente.

Dio se sentó en el asiento de la ducha y tiró de Ellie para sentarla encima. Ladeó la cabeza hacia atrás y dejó que las gotas de agua cayeran en todas direcciones sobre él antes de abrir los ojos y mirar de nuevo a Ellie. Una sonrisa amplia curvaba sus sensuales labios.

-Supongo que debe de ser un sentimiento masculino, *agape mou*. Tienes a mi hijo dentro de ti, y eso me vuelve loco de excitación.

-¿En serio? -preguntó Ellie mirándolo perpleja. Dio, con ojos brillantes como el oro, levantó a Ellie para volver a sentarla a horcajadas sobre él. Y observó divertido la reacción de ella al sentir su erección.

-¡Oh...!

Ellie se quedó de pronto sin respiración. Su cuerpo reaccionó con un violento entusiasmo al de él. Dio la tomó de la cabeza y besó sus labios apasionadamente, con brevedad pero con hambre, excitándola al máximo.

-Así que.. ¿qué crees que podemos hacer al respecto? -preguntó él con voz ronca.

-Lo que tú quieras - susurró ella apenas capaz de mantener un hilo de voz.

Dio rió, gimió de satisfacción. Y se tomó sus palabras al pie de la letra. La urgencia de aquel deseo excitó y dejó perpleja a un tiempo a Ellie. Tras el clímax Dio la secó con una toalla disculpándose y riendo a carcajadas al mismo tiempo.

-No le digas nunca a nadie que consumamos nuestro matrimonio en la ducha -respiró él-. ¡No podría mantener la cabeza alta nunca más!

-¿Y porqué?

-Hubiera debido de ser más romántico -contestó él posándola sobre la magnífica cama-. Al fin y al cabo es nuestra noche de bodas -le recordó con un brillo en los ojos-. Es que sólo de pensar en que iba a hacer el amor contigo y sin ninguna protección por primera vez en mi vida me ha puesto... a tono.

-Pues por mí perfecto que te pongas a tono -le confió Ellie riendo sofocadamente y alargando los brazos para atraerlo hacia sí.

-Me gusta esto, me gusta que riamos incluso en la cama. Nunca antes había estado así -sonrió Dio.

Ellie se despertó hacia el amanecer. Deambuló medio dormida por el baño y se quedó un rato contemplando a Dio mientras dormía. Por un segundo no pudo creer que fuera su marido. Se

retiró el pelo de la frente y sonrió. Los miedos que habían atenazado su corazón la noche anterior le parecieron de pronto exagerados y remotos. Su cuerpo clamaba por el de él. Y él la deseaba a ella, no sólo al bebé. Ni siquiera el embarazo había conseguido enfriar su deseo. Y si sólo se hubiera casado por honor nunca habría mostrado tanto entusiasmo como amante. Dio se había pasado la noche entera demostrándole, una y otra vez, que la encontraba deseable. Le había restaurado su confianza en sí misma. Ellie se deslizó en la cama al lado de Dio suspirando. Se sentía increíblemente feliz.

Una sonriente sirvienta la despertó a la mañana siguiente al abrir las cortinas. Eran más de las once, y Dio no estaba. Ellie no podía creer que hubiera dormido tanto. Le llevaron el desayuno a la cama en una bandeja. Se sentía como una reina. Tras el desayuno, Ellie se miró al espejo y se apresuró a ducharse. Cuando terminó de secarse el pelo y de maquillarse se encontró con que alguien había deshecho su equipaje y guardado su ropa en el enorme vestidor.

Se había comprado ropa de sport justo antes de la boda, así que se puso un vestido nuevo y bajó las escaleras.

Entonces escuchó la voz de Dio. Hablaba en voz alta, casi a gritos. ¿Estaría enfadado? Un hombre salió apresuradamente de una habitación hasta el hall. Miró a Ellie, se ruborizó y dijo algo en griego antes de marcharse. Ellie frunció el ceño.

Dio estaba en un despacho hablando por teléfono. Hablaba en griego y recorría la habitación furioso de un lado a otro. Ellie se quedó observándolo desde la puerta, y tras unos instantes sus ojos se desviaron hacia un periódico desplegado sobre la mesa. Era un periódico inglés. Dio colgó el teléfono y se dio la vuelta. Entonces la vio.

-*Cristos...* ¿qué estás haciendo tú aquí? -preguntó desconcertado.

Pero era demasiado tarde. Ellie se había acercado al periódico lo suficiente como para reconocer una fotografía de su boda junto a otras más pequeñas, y entre ellas una de su padre, Tony Maynard, saliendo de un Mercedes. Era la primera vez que Ellie lo veía en el plazo de cinco años.

-No creo que debas de leer esto, te vas a poner furiosa -dijo Dio soltando el aire contenido.

Ellie se quedó mirando el periódico atónita. Había una foto de la humilde calle en la que ella había

nacido y se había criado. Y debajo ponía: «*Desde la pobreza... hasta más allá de la avaricia. ¿Cómo? ¡Con un bebé de un millón de dólares!*»

-¡Oh, no... -exclamó Ellie temblando y sintiendo náuseas debido al shock y a la humillación por lo que todo el mundo leería esa mañana.

9

-No es precisamente el modo en el que me hubiera gustado anunciar la llegada de nuestro primer hijo -comentó Dio en voz baja y cargada, apenas contenida.

-No...

-Si me hubieras avisado de cuánto escándalo había en tu pasado quizá habría podido protegerte y ocultar al menos una parte.

Ellie se estremeció al escuchar cierta censura en el tono de voz de Dio, pero al leer el artículo no pudo reprochárselo. Resultaba nauseabundo. Habían incluido en él toda la cruda verdad, pero también un montón de mentiras y de exageraciones.

-Para empezar ni siquiera tenía idea de que tu madre y tú estuvierais casi marginadas en la ciudad en la que vivíais.

-Dio... era una ciudad muy pequeña, y mi madre era una madre soltera... no era aceptable para la

gente - contestó Ellie aclarándose la garganta, a punto de llorar-. Y mi abuelo murió debiendo un montón de dinero a los comercios locales. Es imposible que contara con la simpatía de la gente en esas circunstancias. Además, cuando los vecinos veían a mi padre... bueno, todo el mundo sabía que estaba casado.

-¿Por qué no me dijiste que tu padre rechazó a tu madre y se casó con una secretaria joven al poco de morir su primera esposa? -inquirió Dio.

Dio parecía concentrarse en sus tristes antecedentes más que en las ofensas y crueles comentarios sobre su situación actual. Decían de ella que era una cazafortunas que había conseguido echarle el lazo a un hombre rico y que se había aferrado a él con las dos manos. Aquello la ponía enferma.

-Ellie... -insistió Dio.

-Bueno, para ser sinceros... no es algo que me guste recordar precisamente - tartamudeó Ellie herida -. Mi padre ni siquiera se molestó en decirle a mi madre que había otra mujer en su vida, ella se enteró por los periódicos. Y se quedó destrozada.

-Sí, pero yo hubiera preferido saber por ti que se quitó la vida.

-¡Eso no es cierto! -gritó Ellie volviéndose hacia él temblorosa y enfadada-. Estaba tomando

medicamentos para la depresión, vivía en su pequeño mundo interior. Un día salió a la calle y llegó a un cruce casi sin mirar, y fue entonces cuando la atropellaron.

Dio la observó con ojos ardientes y puños cerrados.

-Tú entonces tenías dieciséis años. ¿Cómo te las arreglaste sola siendo tan pequeña?

-Mi adorado padre mandó a su abogado para que arreglara todo lo del funeral. Él no asistió, por supuesto.

-Y luego, ¿qué? ¿Por qué dejaste el colegio?

-¿Qué otra alternativa tenía? -preguntó a su vez Ellie sorprendida.

-Tu padre debería de haberse asegurado al menos de que completaras tu educación...

-¿Y por qué iba a hacerlo después de pasarse dieciséis años demostrándome que yo no significaba nada para él? Tenía miedo de que su mujer descubriera mi existencia y lo echara de casa. Todo el dinero era de ella -explicó Ellie.

-¿Entonces qué hiciste cuando murió tu madre?

-Vivíamos en un piso de alquiler, así que lo vendí todo y me marché a Londres. Estuve en un albergue hasta que encontré un empleo con el señor Barry. Y al año siguiente él me ofreció la casa de encima de la librería. Dio, ¿por qué

estamos hablando de mi infancia? -preguntó Ellie observándolo irritada-. Yo nunca te he contado ninguna mentira. Quizá no te contara todos los detalles, pero no te he ofendido.

-En este momento desearía estrangularte -confesó Dio con ojos negros brillantes-. Preferiría hablar de otra cosa, quizá así vaya calmándome.

Ellie frunció el ceño llena de confusión. ¿Acaso la culpaba a ella por el artículo? ¿Pero cómo podía hacer algo así? Ellie finalmente se lo preguntó, segura de haberlo interpretado mal.

-¡Por supuesto que te culpo! -replicó Dio lleno de ira ante una pregunta que evidentemente consideraba estúpida.

-Pero... ¿por que?

-Te han seguido la pista, Ellie. Si ahora mi imagen no es buena es porque tú, con tu falta de discreción, nos has traído toda esta infamia a los dos.

-¿Falta de discreción? -repitió Ellie pálida.

-¡Nathan ni siquiera le contó a Sally que estabas embarazada! Sabe que su mujer es una cotilla. Y ahora yo me entero de que mi mujer no sabe guardar un secreto. ¿A cuánta gente has ido contándole que estás embarazada?

-¡A nadie!

-No puede ser, se lo tienes que haber dicho a alguien, pongo la mano en el fuego por Nathan. La prensa nunca habría podido enterarse de todo esto tan deprisa si no hubiera sido porque ha salido de tu boca.

Ellie recordó entonces haberle dicho a Ricky Bolton que esperaba un niño e, inmediatamente, se ruborizó. Dio la observaba atento, sin perder detalle. Pero la mente de Ellie siguió reflexionando acelerada. Ricky conocía su embarazo, pero no sabía nada sobre su infancia. De pronto se quedó inmóvil y lo comprendió todo de súbito. No podía creer que hubiera sido tan estúpida como para no adivinar antes quién estaba detrás de todo.

-¿A quién? Ellie, quiero una confesión completa. Sólo entonces me calmaré -añadió Dio haciendo una promesa poco seguro de cumplirla.

Ellie lo observó en silencio. Si decía el nombre de la persona que, de hecho, era ya terreno peligroso dentro de su relación, Dio estallaría. Sin embargo tenía que defenderse.

-Ellie... -insistió Dio.

-¿Quieres de verdad saber quién creo que está detrás de todo esto? -preguntó Ellie tragando-. En mi opinión la candidata más probable es Helena Teriakos -Dio se quedó mirándola con ojos negros extrañados, como si pensara que estaba loca -

.Tiene que haber sido ella, lo sabía todo de mi infancia, y me odia... -continuó Ellie valiente.

-¿Pero es que has perdido el juicio? -preguntó Dio furioso, casi suplicante.

-Si te sirve de consuelo te diré que Helena te ha utilizado a ti también -añadió Ellie incapaz de seguir escogiendo cuidadosamente las palabras-. Me dijo que era fácil hacerte sentirte violento, que te revolverías contra mí.

-Estás tan devorada por los celos que ni siquiera puedes ver las cosas con objetividad, y mucho menos aún pensar con racionalidad...

-En este preciso instante no estoy celosa, Dio -declaró Ellie levantando el mentón-. Si Helena cruzara ahora esa puerta te avisaría de su visita sin rechistar.

-¡Ya basta! -gritó Dio.

-¡No he terminado! -exclamó Ellie, cuya ira aumentaba al tiempo que la de él, inexplicablemente, parecía menguar-. ¡Te la mereces! ¡Desearía que te hubieras casado con ella! ¡Te habrías congelado en tu noche de bodas!

Dio respiró profundamente, despacio, y luego dijo: -Creo que ha llegado el momento en el que la luna de miel acaba mal.

-No te soporto más, ni a ti ni a esa arpía -respondió Ellie.

-Mala suerte -dijo Dio con extrema tranquilidad.

-¿Qué quieres decir con eso de mala suerte? -
inquirió Ellie extrañada ante el cambio de actitud.

-Eres mi mujer y no vas a marcharte a ninguna
parte. De hecho, mientras demuestres que sigues
teniéndole esa manía a Helena, te quedarás en la
isla. Tengo que confesar que temblaba
literalmente ante la idea de que vosotras dos os
encontrarais. ¡Pero mírate! ¡Si estás casi saltando
de rabia!

-¿Y qué esperabas? -gritó Ellie con voz rota.
Dio puso un brazo decidido alrededor de su
temblorosa figura.

-Esto no es bueno para el niño...

-¡Quítame las manos de encima!

-¡Pero si apenas eres capaz de controlarte! Esto
tiene que ser tu nivel de hormonas -decidió Dio
observándola con gravedad, aliviado de encontrar
una explicación satisfactoria.

-¿Mi... nivel de hormonas? -susurró Ellie.

-En los primeros estadios del embarazo las
mujeres son propensas a cambios emocionales que
pueden requerir un apoyo y una comprensión
extra por parte de los demás -Ellie abrió la boca
atónita ante aquel comentario erudito-. He sido
demasiado duro contigo - añadió obligándola a
sentarse en el sofá.

-Dio... ¿a qué demonios estás jugando?

-Te has alterado mucho al ver ese artículo -explicó Dio sentándose a su lado-. Hubiera debido de ser más benevolente contigo, aunque le hubieras dicho que estabas embarazada a toda la plantilla del edificio Alexiakis International.

-Bueno, ¿y qué?

-¡Me he puesto tan furioso al ver cómo te atacaban en la prensa! -continuó Dio atrayéndola hacia sí y estrechándola-. ¡Y saber todo lo que has tenido que pasar, desde tan pequeña, con esos padres tan egoístas! Eso me ha alterado mucho, desde luego. Pero gracias a Dios al hablarme de Helena he comprendido que esto se nos estaba escapando de las manos.

-No puedo vivir contigo si no confías en mí.

-Por supuesto que confío en ti... con una sola excepción -añadió Dio sin vacilar-. Y no creo que haga falta que volvamos a discutir sobre esa excepción nunca mas.

Ellie respiró hondo. Lo único que tenía realmente era una derrota frente a Helena Teriakos. Sin embargo no podía insistir en sus acusaciones, no quería destruir su matrimonio antes incluso de que hubiera empezado. Helena ya se estaba ocupando de ello, y con éxito. ¿Cómo iba a enfrentarse a ella sin pruebas? ¿Acaso debía humillarse y pedirle a Sally Parkes que repitiera

ante Dio lo que había oído? Lo cierto era que ningún comentario probaría nunca todas sus acusaciones contra Helena.

-Y en cuanto a los periódicos mis abogados me han dicho que puedo demandarlos, y eso es exactamente lo que voy a hacer -continuó Dio.

-¿Para qué molestarte? -preguntó Ellie temblorosa, involuntariamente.

-Si alguien te ataca a ti es como si me atacara a mí. Tu reputación está en entredicho, te defenderé.

-Pues no te sientas obligado a hacerlo por mí -musitó Ellie-. Ya sabes lo que dicen, a palabras necias...

-Tendrán que retractarse en privado de todo, y publicarlo después -continuó Dio mirando de pronto el delicado perfil de Ellie-. Y tendrán que revelarme además su fuente de información.

Ellie levantó la cabeza esperanzada, pero luego volvió a bajar la mirada.

-Los periodistas jamás revelan sus fuentes -comentó.

-Te sorprendería saber lo que son capaces de hacer a puerta cerrada cuando se ejerce sobre ellos la suficiente presión -aseguró Dio-. ¿Cómo te encuentras?

-Creo que... me gustaría estar sola -confesó Ellie. Dio se puso tenso-. Lo siento, es lo único que

quiero - añadió Ellie apartándose lentamente y poniéndose en pie- .Iré a dar un paseo.

-Iré contigo.

-No.

Ellie pudo observar la frustración de Dio, sentirla. Lo amaba, y mucho. De no ser así no hubiera sentido aquel dolor. Sin embargo necesitaba tiempo para calmarse y asimilar lo ocurrido.

Ellie tomó el sendero que llevaba a la casita de invitados. En cuanto llegó a la playa de arena se quitó los zapatos y caminó hasta la orilla. El sol brillaba produciendo fuertes reflejos sobre el agua. Hacía más calor que en su última visita, pero eso le encantaba. Aquel sol parecía capaz de acabar con sus estremecimientos.

Aquél era el primer día de su luna de miel, y sin embargo Helena había conseguido separarlos prácticamente. Dio estaba ofendido, y ella se había convertido en su talón de Aquiles. Él era un hombre orgulloso, y Ellie no tenía deseos de que dejara de serlo. No obstante habían tenido otra discusión que no los llevaría a ninguna parte. ¿Cuántas más podría soportar su matrimonio antes de que Dio decidiera que no tenían futuro?

Ellie había llegado lejos cuando vio a Dio acercarse por la playa con una cesta de picnic.

-Te pedí que me dejaras sola -le recordó Ellie con suavidad.

-Llevas ya tres horas sola, *pethi mou*. Ahora tienes que comer -contestó él sosteniendo su mirada.

-¿Y eso lo sabes porque lo has leído en el libro que te dio Nathan?

-Quería estar contigo, ¿acaso es un crimen?

-No, yo también quería estar contigo -concedió Ellie.

-Pero no lo suficiente como para volver a la villa.

-Tengo que admitir que, a veces, me gusta que me persigas -admitió Ellie, suspirando.

-Nunca había conocido a ninguna mujer que estuviera dispuesta a confesar algo así -comentó Dio extrañado,riendo.

-No seas tonto, Dio. Yo puedo admitirlo porque estamos casados.

La sonrisa de Dio emocionó a Ellie, que finalmente tomó una decisión. Quizá su marido fuera incapaz de reconocer la malicia de Helena, pero los hombres en general tardaban en notar las artimañas femeninas, y aquella contrincante era muy inteligente. Y lo más importante de todo, Dio parecía feliz casado con ella. No parecía un hombre triste o desesperanzado por haber tenido que renunciar a la mujer a la que amaba. ¿O acaso era mucho más práctico de lo que pensaba?

-¿En qué estás pensando? -preguntó Dio.

-En ti.

-Pues tu expresión no era muy amable...

-Sólo pensaba en que me gustaría que nuestro matrimonio durara para siempre.

Toda la tensión entre ambos desapareció. Dio podía regocijarse de comprobar que su mujer lo tenía siempre en el pensamiento, y en efecto aquello pareció agradarle. Ellie observó la sonrisa que curvaba sus labios. Sólo entonces se dio cuenta de que él era el centro de su vida. Aunque quizá no fuera una buena idea hacérselo saber.

-Hoy en día hay que trabajar duro para mantener un matrimonio a flote -añadió ella.

-Pero nosotros no tenemos ningún problema -afirmó Dio.

Ellie echó un vistazo a la cesta del picnic y reprimió una sonrisa. Dio se había apresurado mucho a negar que tuvieran algún problema. Pero después de que él descargara su ira culpándola por el artículo del periódico, ¿qué otro daño podía causarles Helena?

-Mi reacción ante ese artículo ha sido exagerada -se disculpó Dio.

-¿En serio?

-También hay escándalos entre mis antepasados -aseguró Dio.

-Basta ya, no trates de hacerme sentirme mejor.

-Mi abuelo fue desheredado temporalmente por casarse con mi abuela.

-¿La hermana de Polly y de Lefki? -preguntó Ellie sorprendida-. ¡Por el amor de Dios! ¿Y por qué?

-Era una chica de la isla. Su padre era... -Dio vaciló-. Bueno, cuidaba cabras.

-¿Que cuidaba cabras? -repitió Ellie, incrédula.

-Pero no vayas por ahí contándolo... -advirtió Dio. Ellie fue incapaz de decir nada durante unos segundos. Recordaba haber comparado a Dio con un pastor de cabras. De pronto se echó a reír a carcajadas y se dejó caer sobre la arena.

-Lo siento, Dio, es que es... tan divertido.

-Sabía que podía confiar en ti -aseguró Dio inclinándose sobre ella y contemplando su sonrisa y sus ojos verdes y brillantes.

Ellie se estremeció. Sus dedos siguieron la línea que dibujaba la masculina mandíbula.

-¿Tienes mucha hambre? -preguntó ella en un susurro.

Dio gimió produciendo un sonido ronco y masculino y se tumbó sobre ella. Su boca se posó sobre la de Ellie invadiéndola sensualmente y contestando a la pregunta.

Ellie había visto la sauna y el gimnasio de la planta baja de la enorme mansión londinense, y se disponía a inspeccionar la piscina cubierta.

-Creo que esta casa te gusta -murmuró Dio.

-Sí, me gusta más al natural que en el vídeo que nos mandó el agente -aseguró Ellie.

-Entonces lo único que tenemos que hacer es mudarnos.

-¿A ti también te gusta? - preguntó ella girándose hacia él.

-Tiene de todo, así que la compramos.

-¡Será una casa maravillosa para nuestra familia! - exclamó Ellie arrojándose a sus brazos-. No irás a comprarla sólo por mí, ¿verdad?

-¿Me crees capaz de una cosa así?

-Sí -suspiró Ellie-. Pero es aquí donde vamos a vivir, y por eso es importante que te guste tanto como a mí. Así que dime, ¿qué te parece?

-Será una buena inversión -contestó Dio encogiéndose de hombros. Ellie gruñó-. Y la localización es excelente...

-¡Dio!

Dio la estrechó entre sus brazos dejando que la expresión seria de su rostro se desvaneciera.

-Saltas por cualquier cosa, señora Alexiakis. Me encanta la casa, ¿de acuerdo?

-Siento haberte arrastrado a ver todas las demás, temía que hubiera alguna que mereciera la pena. En realidad en cuanto vi ésta en el vídeo supe que era exactamente lo que quería, por eso la dejé para el final.

Ellie subió a la limusina en estado de éxtasis. Llevaban casados un mes. Habían pasado tres gloriosas semanas en Chindos, y Ellie se sentía tan feliz que creía vivir en el paraíso. Al principio había temido que la vuelta a Londres acabara con la magia de su matrimonio, pero nada había cambiado a pesar de estar Dio tan ocupado.

Aquella noche, en el apartamento del ático, Dio salió del baño con el cabello mojado y una toalla enrollada en las caderas.

-Ellie... tengo que decirte algo.

Ellie se sentó en la cama y sonrió.

-¿Ocurre algo?

-No, no ocurre nada malo -aseguró Dio-. Mañana por la mañana volaré a París a ver a Helena -Ellie parpadeó-. Naturalmente, espero que eso no sea un problema entre nosotros dos. Yo soy quien le lleva todos sus intereses financieros desde que su padre murió.

Ellie se quedó helada ante aquella nueva revelación.

-¿Y por qué no me lo habías dicho antes?

-Para ser sinceros no creo que eso tenga relación contigo, es una responsabilidad que acepté mucho antes de conocerte - Ellie se puso pálida. Aquello no era sinceridad, era sencillamente brutalidad. Dio, impaciente, dejó escapar el aire contenido-. Quiero que seas sensata, yo veo a Helena con regularidad...

-¿Sensata?

Su marido se veía regularmente con su peor enemigo. Y ella tenía que mostrarse sensata. Dio se acercó a la cama y se sentó. Luego la tomó de la mano, pero Ellie la apartó.

-¿Es que no puedes comportarte como un adulto? - la censuró él poniéndose en pie - . Comprendo que te sintieras insegura al principio, cuando nos casamos...

-¡Qué sensible!

-Pero ya has tenido tiempo de...

-¿Te parece?

-Lo que a mí me parece es que no tienes alternativa

- soltó Dio de pronto mirándola con ojos helados.

-Siempre hay una alternativa, Dio.

-En este caso no -la contradijo él-. Seguiré llevando los asuntos financieros de Helena mientras ella lo desee, así que voy a seguir viéndola. Es así, y tú debes aceptarlo.

-Pues es algo que no puedo aceptar -aseguró Ellie levantando la cabeza bien alta, con las mejillas coloradas, furiosa de pronto consigo misma -. ¡Qué estúpida he sido! Toda mi vida he vivido sola, y ahora... pero quería que nuestro matrimonio funcionara, que no nos separáramos nunca...

-¿Qué estás tratando de decirme?

-Te niegas a aceptar que Helena me amenazó y trató de hacerme chantaje para que abortara, ¿verdad?

-¡Por favor, basta ya, no insistas en esa estupidez!

-No me crees. Muy bien. Perfecto -contestó Ellie dando un puñetazo en la almohada y acostándose-. Es bueno saber dónde está tu lealtad, Dio, saber que te casaste conmigo pensando que era una mentirosa...

-Pero una mentirosa muy bonita... -susurró Dio con voz suave y amable.

-¡No bromees con las cosas importantes! -lo censuró Ellie-. Si te vas a París yo me marchó.

-De ningún modo vas a marcharte...

-¡Por supuesto que sí! Confías en ella más de lo que confías en mí, así que ésa es tu elección -respondió Ellie con amargura -.¡O te deshaces de ella o yo me marchó! ¡No te quiero si no puedes darme siquiera una centésima de tu lealtad!

-No hay problema -contestó Dio en voz baja. Ellie lo escuchó alejarse de la habitación. Entonces se levantó de la cama, abrió la puerta y gritó:

-¡Lo digo en serio, Dio!

Dio se volvió hacia ella y la miró con ojos airados.

-Haz lo que te de la gana, yo me voy mañana a París, y no pienso darme prisa en volver.

-Dio... no estoy mintiendo. Escúchame...

-¡No, escúchame tú a mí! Tú no eres mi dueña, no puedes decirme lo que tengo que hacer, a dónde tengo que ir ni con quién. ¿Has comprendido bien eso? ¡Cuando hayas logrado controlar ese ataque de celos llámame! Pero no tardes demasiado, al fin y al cabo Helena es mucho más de lo que eres tú -murmuró Dio despectivo.

Ellie sintió que el color y la ira se desvanecían de sus mejillas. Dio juró en griego y se volvió hacia ella, pero Ellie le cerró la puerta en las narices echando el pestillo.

-¡Ellie, abre la puerta!

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Ellie, que se hizo un ovillo en la cama. «Helena es mucho más de lo que eres tú», repitió Ellie en silencio. Por fin Dio había revelado sus sentimientos en un momento de ira, y las comparaciones que seguía estableciendo la herían terriblemente. «Es más importante escoger a una compañera con

inteligencia», había dicho él en una ocasión. ¿Y qué había de inteligente en su precipitada boda?, se preguntó Ellie sollozando en la cama. Durante las últimas semanas él había fingido ser feliz, y lo había hecho a la perfección. Pero en el fondo de su corazón Dio sabía que ella no era más que la peor alternativa. Y Ellie no podía vivir con él así...

10

El rostro ansioso de Sally Parkes se iluminó en el instante en que vio a Ellie acercarse por el parque.

-¡Gracias a Dios que has venido! -exclamó levantándose del banco.

-No quería mezclarte en esto, Sally, en serio. Sólo te llamé porque necesitaba que le dieras un mensaje a Dio, pero ahora veo que ha sido un error...

-¡No, de ningún modo ha sido un error!

-Sí, lo es -suspiró Ellie-. No quería escribirle una carta, no sabía qué decirle... y tampoco quería hablar personalmente con él pero... nunca hubiera debido de involucrarte en esto.

-¡Ellie, Dio está destrozado!

-¿Le diste mi mensaje?

-¿Acaso crees que diciéndole que estás bien y que quieres el divorcio va a sentirse mejor? -preguntó Sally extrañada.

-Es lo mejor. ¿Te acordaste de decirle que le dejaré ver al bebé siempre que quiera?

-Sí, pero no le sirvió de consuelo como tú creías -respondió Sally -. Al fin y al cabo el bebé no nacerá hasta dentro de seis meses...

-Bueno, eso no puedo evitarlo. ¿Está aún en París?

-No, según Nathan se pasó la semana buscándote. Y después se agarró la peor borrachera de su vida. Nathan lo trajo a casa a dormir la mona en la habitación de invitados...

-¿La peor qué? Cuéntamelo otra vez.

-Muy bien. Por orden cronológico: Dio se levanta y se encuentra con tu nota, ¿no es así?

-No lo sé, para entonces yo ya me había ido. Supongo que se marchó a París.

Aquella misma noche Ellie había metido unas cuantas cosas en la maleta y había salido del apartamento decidida a evitar cualquier nueva disputa con Dio. Sentía que habían discutido demasiado, que sólo le quedaba su orgullo. Y sólo podría conservar ese orgullo manteniéndose a distancia de Dio, al menos hasta que pudiera controlar sus reacciones.

-Bueno, pues si me permites decirlo la mayor parte de los maridos no discuten y luego simplemente

siguen adelante como si fuera un día normal y corriente -explicó Sally-. Incluso los más testarudos como Dio tienen sus sentimientos.

-Escucha, tú estás de su parte porque no comprendes nada y lo conoces a él mejor que a mí, pero...

-¡Qué va! La verdad es que me ha sorprendido mucho cómo se lo ha tomado. Nunca pensé que Dio dormiría una borrachera en mi casa.

-Así que se pasó la primera semana buscándome...

-dijo Ellie expectante, incitando a Sally a contarle más.

-¿Cómo crees que nos enteramos nosotros de que habías desaparecido? Dio llamó a Nathan. Y estaba realmente de mal humor. Tuviste suerte de no estar delante.

-Nunca le he visto beber... -confesó Ellie.

-A la segunda semana, sencillamente, se derrumbó. Se sentó y se puso a beber y a beber hasta el estupor. Nathan estaba terriblemente preocupado por él. Dio nunca hace ese tipo de cosas. Lo tienes bien agarrado, Ellie y creo que si de verdad has decidido abandonarlo deberías de haberlo hecho de un modo más considerado.

-¡Pero si le dije que me marchaba! -se defendió Ellie levantando el mentón.

-¡Pero él no creyó que lo decías en serio!

-Para mí era evidente que nuestro matrimonio no funcionaba.

-Pues el día de vuestra boda yo pensé que estabas loca por él, y cuando comimos juntos a la semana de volver de Chindos me lo pareció aún más. Te pasabas el tiempo hablando de él.

-Y estoy loca por él -musitó Ellie.

-Pero entonces, ¿porqué diablos le estás haciendo esto? -preguntó Sally paralizada.

-Espero que se lo hayas contado absolutamente todo, Sally -intervino entonces Dio-. La búsqueda interminable, la desesperación, las borracheras y los ataques de autocompasión...

Ambas mujeres se dieron la vuelta. Sally ruborizada, Ellie pálida. Pero Dio sólo tenía ojos para su mujer. Sally, con un gesto de culpabilidad, dio un paso atrás.

-Esta vez sí que la he hecho buena, ¿verdad? -inquirió Dio.

-Dio... ¿me permites que te diga que no es ésa la actitud que deberías de tomar? -sugirió Sally.

-No... tú no sabes qué ha pasado, ni nunca lo sabrás -le informó Dio-. Es una suerte que hable en griego cuando bebo. Lo que ha ocurrido aquí es y continuará siendo un misterio para ti, Sally.

-Helena... -murmuró entonces la pelirroja con aires de superioridad antes de marcharse.

Dio se quedó perplejo, perdió el color.

-Teniendo en cuenta que te has valido de Sally para llegar hasta mí no has sido muy amable con ella -observó Ellie-. Nunca habría accedido a verla si hubiera sabido que ibas a aparecer.

-Bueno, es que Sally me torturó con sus preguntas en el peor momento -contestó Dio tenso, tratando de calmarse. Ellie lo miró con los ojos llenos de dolor-. No me mires así, me lo pones todo mucho más difícil -gruñó Dio.

Ellie miró a otro lado instantáneamente. Sí, por supuesto que Dio veía en sus ojos cómo se sentía. Siempre había sido capaz de ver en su interior. Perpleja ante la idea de que su amor le resultara tan evidente, Ellie no puso pegas cuando él alargó un brazo y la condujo hasta la limusina. Dio recogió el ticket del aparcamiento y traspasó las puertas. Era evidente que se sentía culpable. Sabía cuánto daño le había hecho. ¿Y qué iba a lograr tratando de evitar un encuentro que él estaba decidido a celebrar?

Ellie lo miró de reojo, en silencio, mientras el opulento vehículo transitaba entre el tráfico. En dos semanas y media él había perdido bastante peso, observó. De pronto le pareció como si un abismo inconmensurable los separara. Nunca hubiera creído posible que Dio tuviera un aspecto tan sombrío. Aquél era el fin de su matrimonio.

-Está bien... -dijo ella.

-No, no está bien -la contradijo Dio-. ¿Dónde has estado viviendo?

-En una casa de las afueras, no tenía muchas ganas de buscar -admitió Ellie.

-¿Y no se te ocurrió que yo me volvería loco buscándote? -exigió saber Dio, de pronto de mal humor.

-¿Y por qué iba a pensarlo? -suspiró Ellie-. He cuidado de mí misma durante mucho tiempo, yo no soy una de esas chicas inútiles e impotentes. El silencio se hizo más denso.

-No -concedió Dio-, pero puedes hacerme sentirme impotente a mí.

-¿Cómo? ¿Quieres decir impotente al buscarme y no encontrarme? No había ninguna necesidad. No pretendía desaparecer para siempre ni ninguna estupidez de esas. Te lo dije bien claro en la nota...

-Eh... sí: «Dio, lo siento, pero he tenido que vaciar tu cartera... -recitó él de memoria-. Casarme contigo ha sido un error. Estaremos en contacto. No me busques... Bueno, supongo que no ibas a hacerlo, ¿verdad?»

-No sé por qué tienes que recitar toda la nota que te escribí -protestó Ellie sintiéndose como una estúpida-. Estaba enfadada, y no disponía de

mucho tiempo. ¡Tienes suerte de que te dejara una nota!

-Supongo que en eso tienes razón -susurró al fin Dio.

Ellie lo miró molesta, notando su tensión.

-Te aseguro que no pensé que te darías cuenta hasta mucho más tarde...

-Más tarde. Tardaste once días en llamar a Sally -le recordó Dio.

-Tenía cosas que hacer.

Como por ejemplo tratar de vivir sin él, tratar de descubrir cómo seguir existiendo con aquel dolor agónico que se intensificaba con cada hora que pasaba, tratar de olvidar todos los buenos recuerdos, el sexo. Para Ellie hacer el amor con Dio había sido alucinante, perfecto. ¿Pero cómo podía saber qué había sido para él? Dio se había mostrado entusiasta, pero quizá fuera sexualmente insaciable.

-Y bien, ¿qué has estado haciendo?

-He estado haciendo planes -mintió Ellie, que no había hecho sino vagar de un lado a otro. Ellie salió de la limusina y se dio cuenta entonces de que no habían llegado al apartamento de Dio, sino a la preciosa mansión georgiana que habían estado visitando justo el mismo día en que lo abandonó-. ¿Qué diablos estamos haciendo aquí?

-La compré -explicó Dio.

-Sí, dijiste que sería una buena inversión -recordó Ellie abriendo la puerta.

-Era una broma.

¿Sería eso cierto?, se preguntó Ellie, que había pasado dos semanas recordando cada una de las frases de Dio y tratando de fortalecerse. Había sido una pérdida de tiempo. Un simple vistazo a aquel cuerpo y estaba hipnotizada. A pesar de aquel nuevo aspecto se sentía tan atraída hacia él como la misma primera noche de Chindos.

-¿Y qué has hecho con el resto de mis cosas? -preguntó Ellie tratando de llenar el silencio.

-Están aquí.

-¿Dónde?

-En el dormitorio principal.

-Ah, bien. Así que no les has dicho a los sirvientes que no iba a volver -comentó Ellie comenzando a subir la enorme escalera.

-¿A dónde vas?

- Voy a hacer la maleta, así aprovecho que estoy aquí.

-Ellie... -comenzó Dio a decir con voz cansada- ... sé que me he comportado como un completo idiota...

-Dio, no quiero oírlo -anunció Ellie subiendo las escaleras deprisa-, no ha sido culpa de nadie. Nos casamos simplemente porque estaba embarazada,

y fue una estupidez... ¿de acuerdo? Pero no es para tanto, ¿vale?

-¿Cómo que no es para tanto? -repitió Dio.

Ellie no pudo resistirse. Al llegar al descansillo de la escalera volvió la vista hacia él.

-Escucha, lo único que trato de decirte es que no quiero hablar de ello. No hace ninguna falta.

Dio apareció en la puerta del vestidor mientras Ellie descolgaba frenéticamente su ropa de la percha. Las manos le temblaban. ¿Qué le estaba ocurriendo? Un minuto más y se humillaría y lloraría histérica preguntándole qué tenía aquella helada mujer del Ártico para que la prefiriera antes que a ella.

-Helena estaba detrás de aquel artículo de la prensa... -declaró Dio.

Ellie se quedó muy quieta y luego, de pronto, se dio la vuelta con los ojos muy abiertos. Dio le devolvió la mirada con ojos negros y atormentados, con los puños cerrados.

-Entonces supongo que habrá caído de ese pedestal donde la tenías... -comentó Ellie sintiendo que si dejaba de hablar se derrumbaría y hundiría en sollozos.

Por fin veía en los ojos de Dio aquello que más temía ver: el horror ante el descubrimiento de la verdadera naturaleza de Helena.

- Yo no la tenía en un...

-Lo siento, Dio, pero cualquier mujer la habría calado a un kilómetro de distancia. Pero claro... -Ellie cambió de tema enseguida, incapaz de hablar de algo tan doloroso-. ¿No es reconfortante saber que estaba completamente decidida a conquistarte?

-Sólo por... sólo por quién soy y lo que tengo.

-Sí, bueno -sonrió Ellie-. Sé sincero. Tú valoras las mismas cosas que ella. Toda esa educación similar, el estatus, las convicciones, el dinero.

-No espero que me perdones por haberme negado a creerte -aseguró Dio cerrando los ojos con la cabeza bien alta.

-Bien, porque no iba a hacerlo -continuó Ellie buscando por el enorme vestidor-. Así que pensabas que ella estaba muy por encima de todo eso, y ahora que conoces la verdad te sientes bastante mal. Y, por cierto, ¿cómo has sabido la verdad? -preguntó de pronto curiosa.

-Un periodista cantó. Helena había estado investigándote.

-Eso podría habértelo dicho yo.

-Concertó una cita con un periodista y le entregó el informe completo. Se lo dio bajo la condición de que el artículo debía humillarte. Incluso fue tan

arrogante que ni siquiera se molestó en tratar de borrar su rastro.

-Quizá pensara que era demasiado arriesgado confiarle el trabajo a otro -sugirió Ellie con las mejillas llenas de lágrimas, sin dejar de descolgar ropa del perchero.

-¿Viste la entrevista que hice sobre ti?

-No... -respondió Ellie sorprendida.

-Esperaba que eso te hiciera volver a casa. Sabía que le habías prometido a Sally encontrarte con ella, pero me advirtió de que le costó bastante que accedieras -confesó Dio tenso-. Y eso de que sólo quisieras fijar tu cita con ella con una semana de antelación sinceramente, tenía pocas esperanzas de que aparecieras hoy por el parque.

-Yo no le haría nunca eso a Sally, es una buena persona.

-Al principio, cuando hablé con Helena la primera vez, ella no dejó de mentir. Luego mencioné el comentario que Sally le había oído hacer el día de nuestra boda y...

-¿No es maravilloso comprobar que crees a todo el mundo menos a mí? Crees al periodista, a Sally... -lo condenó Ellie con amargura.

-Honestamente, no podía creer que Helena fuera capaz de ese comportamiento -respondió Dio apretando los dientes-. Es decir... hasta hace dos

semanas, cuando fui a verla y finalmente ella perdió los nervios al comprender que había perdido.

-Ella nunca perdió, Dio, ha salido victoriosa todo el tiempo -lo contradijo Ellie con sencillez mientras las lágrimas corrían por sus mejillas-. Tú y yo no teníamos mucho en común para empezar... pero cuando ella terminó su trabajo ya no teníamos nada. Sin embargo no debes engañarte a ti mismo creyendo que la culpa es de ella.

-Sé de quién es la culpa. Sé que te defraudé y que te hice infeliz. Me odias, ¿verdad?

-A veces... como por ejemplo ahora mismo, ¡sí! -soltó Ellie de pronto dando la vuelta por donde estaba él, con ojos verdes y brillantes-. Aquel día me asustó de verdad. ¡Hizo todo cuanto estuvo en su mano para persuadirme de que abortara! Insultó a mi madre, me insultó a mí de todos los modos en que se le ocurrió, ¡Y tú ni siquiera me escuchaste!

-Ellie... yo -comenzó a decir Dio dando un paso adelante.

-¡Cállate! -lo interrumpió Ellie furiosa -. ¡Fui una estúpida casándome contigo! Ese día estaba tan enfadada que...

-Tenías todo el derecho del mundo a estarlo. Lo único que sé es que nunca he estado tan cerca de la violencia como el día en que me enfrenté a Helena

-declaró Dio con crudeza-. ¡La forma en que habló de ti era casi como para pegarla!

-¿En serio? -preguntó Ellie, contenta por fin de poder gobernar sus emociones para escuchar gozosa aquel detalle-. Entonces, ¿significa eso que no va a haber una reconciliación? -Dio la miró perplejo-. Quiero decir, ¿Ya no vas a casarte con ella después del divorcio?

-¿Tú estás loca? ¿Casarme con ella? -exclamó Dio incrédulo-. ¡Pero si es una lagarta!

-Bueno, te ha costado toda una vida darte cuenta, pero al fin lo has comprendido. Enhorabuena. ¿Podrías darme una maleta?

-¿Una maleta?

Ellie se sentía poseída por una necesidad imperiosa de mantenerse ocupada. Dio estaba minando su resistencia, y ella estaba decidida a que eso no ocurriera. Ellie dio un paso adelante y estuvo a punto de caer ante una montaña de ropa tirada en el suelo. Miró para abajo y vio que era de Dio. La sorteó y pasó al lado de él. Pero entonces Dio la agarró de la mano.

-¡Tienes que escucharme!

-¿Me escuchaste tú a mí? ¡No, cuando trataba de explicarte lo que ocurría tú siempre decías o que estaba celosa o que estaba irritada a causa del embarazo! ¿Pues quieres que te diga algo, Dio?

Ahora no me ocurre nada de eso, ahora lo que me ocurre es que estoy al límite de mi paciencia. ¡Suéltame!

Dio la soltó. La ira coloreaba sus duras y masculinas mejillas, pero era el dolor escondido en sus ojos oscuros lo que emocionó a Ellie y la dejó atónita.

-Siento todo esto mucho más de lo que jamás imaginarás -respiró él.

Pálida y temblorosa, Ellie comenzó a buscar una maleta. Era una locura, era absolutamente irracional seguir haciendo la maleta en medio de aquel torbellino sentimental, pero no podía soportar ver a Dio herido. Y todo por culpa de aquella lagarta, que le había sorbido el seso. Ellie se estremeció. Por fin encontró las maletas.

-Deja que te la baje yo -se ofreció Dio quitándosela de las manos.

-¿Sabes?...aún no eres consciente, pero antes o después te darás cuenta de la suerte que has tenido librándote de mí -musitó ella en voz baja, apresurándose a volver al dormitorio que nunca compartirían.

-Ellie... por favor, siéntate para que podamos hablar -insistió Dio con una humildad casi patética-. Necesito contarte cosas sobre Helena.

Ellie se sintió tan perpleja ante aquel ruego que se derrumbó al borde de la cama. Quizá Dio necesitaba un hombro en el que llorar, ¿pero por qué tenía que ser el de ella? Entonces lo comprendió. Dio quería hacerle una confesión completa. Su conciencia no se conformaba con menos. Estaba a punto de escuchar una confesión que la deprimirían durante los próximos treinta años. Dio la observó en silencio y dejó la maleta. Luego se aclaró la garganta.

-Yo...

-¿No podrías tratar de abreviar? -rogó Ellie. Dio se puso aún más tenso. Su aspecto era tan lamentable que Ellie se compadeció. Tenía que enfrentarse, por fin, a aquella declaración. Dio había amado a Helena. Quizá en ese momento sintiera repulsión hacia ella, pero la había amado.

-Mi padre me dijo por primera vez que Helena sería una maravillosa esposa para mí cuando yo tenía cinco años.

-¿Cinco años? ¿Y cuántos tenía ella?

-Ocho.

- ¡Cinco años! ¡Dios de mi vida, eso es lavar el cerebro! -exclamó Ellie.

-Mis abuelos murieron en un accidente automovilístico cuando mi padre era aún joven. Él se crió con la familia de su padre. Y tienes que

comprender que a él le enseñaron a sentirse avergonzado de la familia de su madre, que era más humilde.

-¿Quieres decir que lo criaron para que fuera un completo snob? - Dio asintió-. Y él quería asegurarse de que tú no fallabas en ese sentido, ¿no es eso? -Dio volvió a asentir-. Así que desde pequeño te adoctrinaron en la creencia de que Helena sería tu futura mujer.

-Sí, en un futuro que yo no dejaba de posponer - respiró Dio hondo-. No podía ni siquiera confesarme a mí mismo que no me gustaba Helena...

-¿Que no te gustaba Helena? -lo interrumpió Ellie atónita.

-¿Es que a ti te resultó agradable cuando la conociste en Chindos?

-No, pero...

-Nunca supe poner ninguna pega a su comportamiento -continuó Dio endureciendo su expresión-. Todos se pasaban el día halagando su comportamiento ante de mí, y es cierto que tiene muchas virtudes. Forjaron mi mente de modo que siempre creí que tenía que casarme con ella.

-Así que decidiste casarte con ella y tener una amante que te resarciera.

Dio comprendió que aquello era una rabieta de Ellie y la miró con una expresión de reproche.

-Ese tipo de matrimonios no es tan raro en el mundo en el que yo vivo. Nunca supe qué me iba a perder hasta el día en que te conocí.

-Eso no puedo creerlo -suspiró Ellie.

-Bueno.. es cierto que hubo unas cuantas mujeres en mi pasado -admitió Dio-, pero ninguna me caló tan hondo como tú. Tú y yo tuvimos aquella primera noche mágica y luego yo lo eché todo a perder. Pero no podía permanecer lejos de ti...

-Así que te casaste conmigo y volviste a echarlo todo a perder -terminó Ellie por él.

Dio se acercó a Ellie y levantó los ojos para observarla. Luego alzó las manos tratando de tomar las de Ellie, pero ella las retiró. Dio torció la boca.

-La noche en que me dijiste que estabas embarazada comprendí que estaba enamorado de ti... completamente loco por ti.

-Serías capaz de decirme cualquier cosa con tal de no perder a tu hijo, ¿verdad? -musitó ella medio sollozando.

Los brillantes ojos de Dio temblaron. Tomó las manos de Ellie y las agarró con fuerza.

-Mi peor error fue no decirte cómo me sentía aquella noche en mi apartamento. En aquel momento comprendí que nunca me casaría con Helena, pero fue entonces cuando comencé a sentirme terriblemente culpable. Además,

justamente me llamó ella después de que tú y yo hiciéramos el amor, y eso me hizo sentirme aún peor.

Ellie vio un atisbo de esperanza. No podía dejar de mirar la expresión del rostro de Dio, atenta a cada una de sus palabras. Y recordaba su forma de reaccionar tras la conversación telefónica, en la cama.

-Debiste de contármelo todo entonces.

-No quería que te enfadaras -explicó Dio soltando el aire contenido-. Ni me parecía bien, a esas alturas de nuestra relación, hablarte de ella. Primero tenía que verla a ella y decirle que me había enamorado.

-¿Y fue eso lo que le dijiste?

-¿Qué otra cosa hubiera podido decirle? -preguntó Dio a su vez con ojos inquisitivos-. Sabía que la noticia no la impresionaría, pero era la verdad. Cuando saliste de la consulta de Nathan y me dijiste que estabas embarazada me sentí muy feliz, pero me temo que mi sentimiento de culpa hacia Helena era tan fuerte que arruiné lo que hubiera debido de ser una ocasión muy especial

-Comprendo cómo has debido de sentirte.

-No, no lo comprendes. Estaba enfurecido conmigo mismo por haberle dejado pensar a Helena que nos casaríamos durante tanto tiempo, sentía que la defraudaba -confesó Dio-. Pero eso

no fue nada comparado con lo que sentí cuando fui a verla a París.

-¿Qué te dijo? -preguntó Ellie agarrando con fuerza las manos de Dio.

-Jugó conmigo -contestó él enervándose con el recuerdo-. Me dijo que era el hazmerreír de todo el mundo, que ningún hombre querría casarse jamás con ella. Pero no dejó de repetir que por supuesto me comprendía y me perdonaba... ¡Estuve horas con ella! Me sentí como un bastardo, estaba convencido de que había arruinado su vida.

-Es una terrible actriz... o quizá... quizá realmente te quisiera, Dio.

-¡Debes de estar de broma!

-Yo te quiero... ¿por qué no iba a quererte ella? Te conoce desde mucho antes que yo...

-Ellie... -la llamó Dio dando un salto y arrastrándola con él. Su mirada, fija, mostraba un intenso placer y alivio ante aquella sencilla confesión -.Ellie, cariño, deliciosa Ellie... -respiró entrecortadamente-. Helena no me prestaría ni un minuto de su tiempo si yo no tuviera dinero. Está obsesionada con casarse con un hombre rico, no puede creer que no me guste ni que no quiera hablarle de amor... Incluso me dijo que si quería podía conservarte a ti como...

-Como amante...

-Pero yo le dije que te amaba demasiado como para hacerte eso -continuó Dio apartándole el pelo de la frente con dedos cariñosos y ojos tan tiernos que Ellie tuvo finalmente que creer en sus palabras-. Cuando la vi hace dos semanas, sin embargo, fue sincera. Me dijo que si le hubiera surgido algún partido mejor se habría casado hacía años.

-Me alegro de que estuviera enfadada en lugar de herida - admitió Ellie.

-¿A pesar de todo el daño que te ha hecho? - preguntó Dio sin disimular su incredulidad.

Ellie le soltó las manos con cuidado y contestó:

-Puedo ser generosa cuando gano.

Dio la estrechó entre sus brazos con fuerza y posó los labios sobre los de ella con pasión. Luego, al enterrar el rostro en el cabello de Ellie, ella tembló y se sintió débil.

-Nunca soñé que significaría tanto para mí el que una mujer me confesara su amor -admitió Dio.

-Y pensar que tú podrías habérmelo dicho a mí en lugar de ir a contárselo a Helena... -comentó Ellie sin poder resistirse-. Si me hubieras dicho que me amabas nunca te habría abandonado.

-Pero no vas a volver a abandonarme nunca más -exigió Dio con entusiasmo.

-No me atrevería ni a soñarlo... -bromeó ella regocijándose en aquella nueva intimidad de mutua confianza que le permitía hacer y decir lo que quería -.No si vas a emborracharte y a autocompadecerte...

Dio la llevó a la cama y la miró con intensos ojos negros.

-Eres una picaruela...

-Te conozco bien... así que será mejor que te andes con cuidado...

-Te adoro -declaró Dio con voz ronca-. Pero no vas a decirme lo que tengo que hacer.

Ellie deslizó los dedos por la negra cabellera y susurró:

-Bésame...

Y Dio lo hizo. Después levantó la cabeza con un brillo cómplice en los ojos y mirada intensa y comentó:

-Embarazada, descalza y en el dormitorio, *agapi mou*.

-Lo has dicho mal, no era así.

-Lo he hecho a propósito -contestó él con una sonrisa.

-Bueno, pues si estamos negociando, ¿qué hay de todo eso de «tú no eres mi dueña, no puedes decirme lo que tengo que hacer, a dónde tengo que ir ni con quién»? -inquirió Ellie.

-Sabía que recordarías cada palabra.
-Me reservo ese derecho.
-Podrías haber sido un agente realmente provocador en el departamento de mantenimiento del edificio Alexiakis Intemational -comentó él con ojos brillantes y oscuros, llenos de deseo y de satisfacción -. Creo que es mucho más seguro tenerte en mi cama.
-Pues yo debo de confesar que la cueva familiar resulta bastante confortable -suspiró Ellie feliz, con una mirada de aprobación a su alrededor.
Y, tras una risa ronca, Dio la besó y procedió a demostrarle los beneficios de compartir aquella cueva familiar.

Ellie dejó a su hijo Spiros en la cuna. Tenía cuatro meses, y era adorable. Con el pelo plateado y los ojos negros, la combinación resultaba espectacular. Y dormido parecía un ángel.
Las últimas veinticuatro horas habían estado repletas de acontecimientos. Dio había celebrado una fiesta en Londres para conmemorar su primer aniversario de boda, y luego habían viajado a la isla y pasado el día con la familia de él. Había transcurrido todo un año. Ellie apenas podía creer

que llevaran tanto tiempo casados. Y la magia no sólo había perdurado, sino que se había fortalecido.

Ellie entró en el dormitorio y se puso un vestido de satén dorado de estilo flamenco, una prenda especial para la ocasión. Y después se dirigió a la casita de la playa tras encargarle a una sirvienta que le diera un mensaje a Dio. Llevaba en las manos una revista en la que había un artículo sobre la espléndida boda de Helena Teriakos. Apenas había tenido tiempo de leerlo.

El novio era un aristócrata de sangre azul, y el aspecto de Helena era triunfante. Sin embargo se rumoreaba que la ausencia de la familia del novio en la ceremonia era indicio de que no aprobaban la unión. Según parecía Helena no era lo suficientemente buena. Su árbol genealógico no iba lo suficientemente atrás. Pero en opinión de Ellie aquel matrimonio marcharía bien. El marido de Helena era tan frío como ella.

Ellie dejó la revista a un lado, encendió las velas y apagó la luz. Y se puso a bailar. Aquél era su regalo especial de aniversario para Dio. Le encantaba sorprenderlo. Y cuando vio por el rabillo del ojo que entraba hizo un enorme esfuerzo para no mirarlo. La música llegó a un momento de salvaje

crescendo y después finalizó. Entonces Ellie miró a Dio y ardió ante la intensidad de su mirada.

-¡Es tan fácil impresionarte! -comentó en broma. Dio la estrechó en sus brazos como un hombre de las cavernas. Ellie se estremeció de excitación. Por sus venas corría el fuego del deseo sensual.

-Así que volvemos al principio...

-Pero ahora tenemos a Spiros -asintió Ellie.

-No he olvidado a nuestro hijo ni por un instante... ni a la maravillosa y sexy mujer que me lo ha dado -contestó Dio con impresionante intensidad -. Creo que te amo aún más que antes.

-¡Me haces tan feliz! -contestó ella abrazándolo.

-Ésa es la razón de que haya venido -continuó Dio mientras trataba de besarla y de llevarla a la cama al mismo tiempo, cosa que al fin logró-. Y también para darte esto... antes de que te atrevas a sugerir que he venido sólo porque no podía soportar más no acostarme contigo.

Ellie contempló el exquisito anillo de diamantes que él deslizó en su dedo.

-Oh, Dio, es... precioso.

-He mandado que le graben la fecha del día en que nos conocimos.

-¡Te estás volviendo tan romántico! - suspiró Ellie.

-Sí, puede que tú te hayas encargado de las velas, pero yo me he ocupado del champán y de poner una rosa en la almohada.

-¿Quieres decir que no te he sorprendido?

Dio asintió con un gesto. Ellie curvó la boca en una sonrisa y lo empujó sobre la almohada.

-Me encanta tu falta de tacto.

-No te comprendo -contestó Dio observándola con ojos llenos de admiración.

Ellie se tumbó sinuosamente junto a él. La ansiosa mirada de Dio cuando temía haberla herido la volvía loca de pasión.

-Las mentes grandes piensan de un modo parecido -susurró ella.

-Eres asombrosa... -continuó Dio estrechándola con tal fuerza que apenas podía respirar.

Respirar, sin embargo, no era en aquel momento algo importante. Mucho más urgente resultaba compartir su amor de un modo íntimo. Ellie hubiera deseado decirle que él también era asombroso, pero la electrificante combinación de pasión y felicidad desatadas lo hacía imposible en ese momento. Lo haría a la mañana siguiente.